
Carlos
Lozano
Ascencio
Ana
desde
hace
tiempo
La contra-corriente
del Golfo (1)

Ana desde hace tiempo

Carlos Lozano Ascencio

En recuerdo de mamá Conchita
(mi abuela teatrera),
a quien no le importaba invitar
a toda la compañía (de vez en cuando)
a cenar tamales

Portada: Thomas Hoermann
Fotografía: Carlos Lozano Ascencio
El soneto pertenece a la inspiración de Andrés S. Piotrowsky

Primera etapa

Necesito estar sola

Alameda Central: lugar cero

Dos semanas después del 19 de septiembre de 1985, la señalada fecha en que uno de los más mortíferos terremotos devastó la Ciudad de México, Ana Barberena estaba sentada en uno de los bancos de hierro de la Alameda Central. Desde ahí, no reparaba en las conversaciones de la gente, ni en los cláxones de los carros que se oían a lo lejos. Más bien contemplaba la destrucción del lugar más emblemático de encuentro y reconocimiento que han tenido los mexicanos desde hace más de cuatrocientos años. En ese mismo lugar, muy cercano al corazón de una historia que Diego Rivera supo atrapar en un mural abigarrado, Ana Barberena se pellizcaba la piel hasta hacerse daño. No daba crédito a que hubiese alcanzado la vida en medio de los escombros y de tanta desolación. Pensaba en quienes nacían muertos o morían sin haber nacido, no obstante, en tales circunstancias, daba gracias por poder pellizcarse las dos manos y reconfortarse al sentir dolor.

Ana no estaba sola, la acompañaba un enano que era incapaz de articular una frase inteligible, solo articulaba gritos y gemidos, exabruptos y regaños. Desde que se conocieron, momentos después del terremoto, el enano la había cuidado con mucho esmero. Esa noche estaban sentados en un banco de hierro de la Alameda Central esperando a que sucediera algo que les pudiera ayudar a sobrevivir. Fue entonces cuando se fijaron en el torpe deambular de una persona mayor que vestía de traje oscuro, camisa blanca sucia, sombrero, bastón, barbas y gafas gruesas. Lo siguieron con la mirada y vieron que unos metros más adelante el viejo calamitoso se desplomaba por el suelo. Ana, al oír el golpe seco, intentó incorporarse del banco para socorrerlo, pero le fallaron las fuerzas porque en ese momento estaba técnicamente muerta de hambre y de frío. A pesar de que su amigo bajito y mudo intentó ayudarla a incorporarse, vieron que una muchacha pelirroja, que casualmente pasaba por ahí, se les adelantaba.

—¡Padrino! ¿Es usted? —interrogó la muchacha zarandeando la

cabeza del anciano con las manos—, padrino, soy yo, Meli. Lo andamos buscando desde hace catorce días..., ¿en dónde se había metido?

—Meli, hija, qué alegría verte —reaccionó el viejo—, ¿en dónde iba a estar sino aquí? ¡En mi alameda!

—Ya, por eso he venido todos los días desde que ocurrió el sismo, pero no lo encontrábamos por ninguna parte. Estábamos desesperados.

—Es que, verás, hija, me quedé sin casa... el edificio se vino abajo...

—Sí, ya, ya..., eso ya lo sabíamos. Lo que no sabíamos era si se había quedado bajo los escombros, padrino... —soltó todas las lágrimas contenidas y lo abrazó con mucha fuerza—, mis papás también están muy preocupados.

—Mi compadre Demetrio y mi comadre Lucilda son unos ángeles. No había por qué preocuparse tanto, es que me han traído de albergue en albergue hasta esta noche que me escapé porque quería ver cómo había quedado mi alameda. ¡Hostias! Me haces daño. Ayúdame a ponerme de pie.

La muchacha intentó levantar a su padrino del suelo, pero resultó ser una tarea muy complicada, porque el anciano tampoco podía colaborar mucho. Ana, que seguía la escena desde un banco cercano, comenzó a sentir que el corazón se le salía por la boca. Con muchos esfuerzos intentó incorporarse, pero antes de conseguirlo vio que un muchacho, que también pasaba por ahí, se acercaba rápidamente.

—¡Don Juan a secas! —exclamó el muchacho—, pensaba que el terremoto se lo había tragado.

—¡Hostias! ¡Ese es Eze! ¡Amigo! Ya ves. Me salvé del sismo, pero, no te vayas a creer, mi vida desde mucho antes del terremoto ya era un puto escombro.

—No diga eso, ¡hombre! —apuntó el muchacho sujetándole de los brazos—, la verdad, llegué a pensar que ya nunca lo volvería a ver.

—Gracias a que mi guapísima ahijada, aquí presente, me encontró tirado, que si no...

—Te agradezco tu ayuda —reaccionó la muchacha dibujando una tímida sonrisa.

—Estoy tan contento —afirmó el muchacho—, que no me resisto a proponerle un proyecto de “tortugas ganadoras”.

Entre los dos levantaron al anciano y se lo llevaron poco a poco hasta el estacionamiento donde ella tenía su carro.

—Bueno, creo que aún no nos hemos presentado —dijo el muchacho inclinando la cara hacia el suelo y levantando la mirada

al mismo tiempo—, yo me llamo Ezequiel Linares.

—Gusto en conocerte —respondió la muchacha con muchos formalismos, quitándose el cabello rojo de la cara y luciendo su cara pecosa—, yo soy Melania Pucheta.

—Y yo a partir de hoy me llamo “Juan Cupido” —bromeó el anciano abrazado a sus rescatadores.

Ana, al oír el nombre de “Ezequiel”, sacó energía de flaquezas y consiguió pronunciar un grito sordo: “¡Ezequiel!, ¿no me reconoces? ¡Soy yo! ¡Ana!”. No se oyó nada. El curso de los acontecimientos continuó su paso. Ella y el enanito siguieron sentados en el mismo banco durante un buen rato.

—Dime una cosa. ¿Lo que hemos visto ha sido realidad o ficción? —preguntó Ana a su acompañante que, al no poder hablar, solo levantaba los hombros y movía la cabeza de arriba abajo y de izquierda a derecha. Aunque presenciaron toda la escena de cerca, solo pudieron esperar un buen rato hasta que la noche consiguió su mayor nivel de silencios. Aprovecharon la somnolencia de los vigías y se colaron fácilmente en las ruinas del Hotel del Prado.

(1)

El 16 de septiembre de 1983, día de la fiesta nacional, el ingeniero Mario Barberena acudió muy temprano al Palacio Nacional vestido con un traje gris hecho a medida. Estaba invitado por el secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal para cerrar un negocio multilateral con algunos socios extranjeros. Mario sentía que su sangre nacionalista le corría orgullosa por las venas. Sabía que el origen de esa emocionante festividad se debía a que en la madrugada de ese mismo día, pero del año 1810, el maestro y padre de la parroquia del pueblo de Dolores, en el Estado de Guanajuato, Miguel Hidalgo y Costilla, criollo, de casi sesenta años, acomodado, influyente y brillante exalumno de los jesuitas, mandó tocar las campanas de la iglesia para incitar a sus fieles, campesinos, mineros indígenas y mestizos, a unírsele en una revuelta con la que se proponía derribar al mal gobierno virreinal. La arenga del párroco en aquel amanecer, mundialmente conocida como “el grito de Dolores”, se ha ido modificando con el paso del tiempo adecuándose a los intereses de los gobiernos de turno. Así, por ejemplo, se han llegado a escuchar expresiones como "¡Viva la América española!", "¡Mueran los gachupines!" o el tradicional "Viva México". Mario se identificó en la entrada de Palacio y más tarde se encontró con el secretario de Estado, a quien le dio un abrazo muy efusivo. Con una sonrisa impostada, a Mario no le cabía en la cabeza reconocer la evidencia de que el cura Hidalgo jamás pudo haber gritado “Viva México”, dado que aquella noche no podía haberse determinado el nombre del futuro país independiente, ni tampoco se podría saber, en ese momento, si la independencia se llegaría a consumar. El tiempo, sin embargo, ha fijado que en los 16 de septiembre se organice un enorme desfile militar por las calles más céntricas de la Ciudad de México. Numerosas familias suelen acercarse, con banderas tricolores y niños en hombros, a la ruta por donde los soldados desfilan acompasadamente con sus armas reglamentarias. A la gente le gusta ver los impolutos uniformes de los cadetes de la Escuela Militar. Los soldados suelen recibir generosos aplausos de la concurrencia, que también se emociona con los tanques blindados, los redobles de los tambores, las marchas marciales y, sobre todo, lo que más gusta a los pequeños son los caballos adiestrados, que también saben marchar impregnando con su mierda el aire respirable y compartible del patriotismo

exacerbado en ese día tan especial para todos los mexicanos de dentro y de fuera del país. Mario también saludó a los socios españoles e italianos que formaban parte del negocio, y les comentó enfáticamente que uno de los mejores lugares para ver y disfrutar el desfile militar eran los balcones del Palacio Nacional, no solo por las inmejorables vistas, ni por ser el lugar donde los militares se esmeraban en demostrar lo que mejor sabían mostrar, sino porque si se tenía la suerte de haber conseguido una invitación o colarse en Palacio ese día, se podía beber, comer, bailar y disfrutar a lo grande, sin ningún tipo de cortapisas que pudieran poner en peligro a la patria. Mario, el secretario y los socios extranjeros esperaron a que llegara el presidente de la República mexicana. El besamanos duró un buen rato. Cuando le tocó el turno a Mario, además de apretarle la mano, hizo un movimiento inútil con el pie y consiguió tropezar ante el asombro de toda la concurrencia. El presidente era el que mejor podía ayudarlo porque todavía sujetaba su mano, así que lo levantó del suelo de un tirón y el resto de invitados respondió con un fuerte aplauso improvisado.

—¡Menos mal que no cayó en saco roto! —apostilló el presidente.

Mario se incorporó y se fue con el secretario de Energía al balcón donde tenían reservados sus asientos. Estuvo toda la mañana intentando descifrar el sentido de las palabras del presidente.



Las trompetas y los tambores marciales del desfile militar también se escuchaban por la televisión en la residencia de Mario. El cronista, en cadena nacional, se entretenía en contar a la audiencia que, durante la guerra de Independencia, Vicente Guerrero fue el único insurgente que llegó a ser presidente de México sin saber leer y escribir… La televisión estaba encendida, pero nadie le prestaba atención: llenaba la mansión de las Lomas de Chapultepec con un sonido audible y compartible de patriotismo exaltado.

—Se han reunido en México los más importantes chefs del mundo —leyó Betty en *El Universal* del día anterior, recostada en el sofá grande de la sala y dejando caer el periódico a cualquier parte.

—¡Hija! ¿Qué modales son esos? —reprobó Carmen, que en ese momento llegaba de jugar al tenis con una vecina.

—¡Ay, mamá!, hoy es un día festivo, ¿no? Hoy debería estar permitido todo, ¿no te parece?

—¿Qué tendrá que ver un 16 de septiembre con este tiradero? —apagó el televisor.

—Pues que hoy —sentenció Betty estirando los brazos con el

ombligo al descubierto por debajo de la camiseta—, debería ser un día dedicado a la flojera.

—No deberías expresarte así de una fecha tan importante para nuestra Historia —volvió a reprobar Carmen recogiendo del suelo las secciones del periódico.

—¡Mamá! No me salgas con tus cumplidos patrioteros. ¿Qué tendrá que ver la Historia de México con el placer que brinda la holgazanería? ¿Qué tiene de malo pasarse el día tumbada? Sí, todo el día del sillón al sofá, luego del sofá a la mesa, de la mesa otra vez al sillón y así hasta cansarse. Esto es vida, ¿no? Pues, ¡viva México!

Carmen no tuvo una respuesta rápida. Mientras Betty se subía en el sofá a tararear el himno nacional a ritmo de rock and roll, su madre se tragó su orgullo nacionalista con la poca saliva disponible que tenía en ese momento. No le gustaba el desprecio y la ligereza con los que su hija menor se refería a los valores patrios.

—Deberías aprender de tu papá, niña tonta, él sí que es un mexicano auténtico, de los de verdad. Hoy, por ejemplo, está viendo el desfile militar desde un balcón del Palacio Nacional. ¡Cómo me habría gustado estar ahí con él!

—¿Tú crees que por ver el desfile desde un balcón de Palacio ya lo convierte en un nacionalista irreprochable, íntegro y edificante? Ay, mamá, por favor, él va a ese lugar a hacer puros negocios.

—¡Beatriz! ¡No te permito que hables así de tu padre! —zanjó Carmen levantando la mano—, tu padre es una persona muy respetada y honorable. Le ha costado mucho llegar a donde está y conseguir lo que tiene. Así que, por favor, no te olvides de eso.

Betty elaboró una respuesta de las suyas, de las que solía pergeñar sin pensar muy bien lo que quería decir. Pero se detuvo de golpe cuando vio que su mamá estaba temblando de rabia y decepción. Se le acercó y le dio un abrazo y un beso en la mejilla. A Carmen no le quedó más remedio que ponerse a suspirar como una madre tonta.

—Tranquila, mamá —sosegó Betty con caricias en el cabello—, que no me has agarrado bien la onda Solo que me parece que perdemos el tiempo con esto de “La patria que nació de un grito”, la que nos dio un soldado guadalupano en cada hijo, la que mis maestros de primaria elogiaban sin distancia…

—Basta, no puedo más —huyó Carmen de los brazos de su hija —. Ay, Betty, razón tenía tu padre cuando me decía que te estabas saliendo del huacal desde que dejaste el colegio de los Legionarios de Cristo. Mírate, una señorita hecha y derecha con esas pintas, sin peinarse, sin maquillarse, sin nada…

—¿Sin qué exactamente, mamá?

—Ay, Betita, es que estoy muy preocupada por tu porvenir.

—¡Ya salió el peine!

—Sí, hija, me preocupa mucho que hayas terminado con Gustavo Adolfo después de dos años largos de noviazgo.

—Es que con ese nombre… tan… romántico…

—Lo que quiero decirte es que… no está bien que… después de dos años, ya…

—¿Ya qué, mamá?

—Tú sabes de qué estoy hablando, hija.

—Sí. Hablas de haber tenido relaciones sexuales, perder el honor de la familia y no encontrar nunca la aceptación de otro hombre —declamó Betty la lección aprendida—. Ya hemos tenido esta discusión muchas veces y sabes que yo no soy capaz de hacer algo así. Todavía creo en las cosas puras.

—Me alegra oír eso hija —la volvió a abrazar—, piensa que tu relación con Gustavo Adolfo no la vas a sustituir fácilmente, ¿o sí?

A Betty le llegaron muy adentro esas palabras, se quitó una lágrima inexistente de la mejilla y se quedó muy pensativa. Aunque Gustavo Adolfo era un chavo muy fresa, al mismo tiempo era muy detallista; era muy conservador y religioso en sus planteamientos vitales y por otra parte estaba muy bueno; era insoportablemente correcto, prudente, puntual y capaz de hacer muchas extravagancias para llamar su atención. En una fiesta, por ejemplo, se derramó una copa de vino encima de la camisa para decirle que, al verla, su corazón sangraba de alegría; en otra ocasión, paseando por el Paseo de Reforma, se detuvieron ante un hotel, él insinuó que podrían entrar a hacer el amor por primera vez, ella se negó rotundamente, y en respuesta, Gustavo Adolfo, desafiando al tráfico rodado, se tiró vestido a la fuente de la Diana cazadora para apaciguar sus sofocos.

—Bueno, bueno, Betita —consoló Carmen—, no es para tanto. No te preocupes, ya volverá, dentro de poco aparecerá con la cola entre las patas. Que yo conozco muy bien a los hombres.

—¡Eso sí que no! —saltó muy enfadada Betty—, si se fue a estudiar su mugroso postgrado a esa apestosa universidad de California fue porque apreció más su profesión que a mí.

—No seas tonta, Beatriz. Nunca debiste oponerte a sus planes de superación. Si se fue lo hizo para ser un profesional competente.

—Te advierto que no voy a seguir escuchando tus sermones. Si él se fue lo hizo porque no me quería y se acabó. Y que conste que le propuse que me llevara, pero no quiso el muy desgraciado. Pero, por favor, vamos a dejar este tema que ya es agua pasada.

Carmen no hizo nada. Se sentó en un sillón pequeño de la sala a observar cómo su hija cambiaba de conversación. Pensaba que se iría a encerrar a su habitación como solían hacer ella y su hermana mayor, Lucía, siempre que atravesaban por una situación en las que

sus hormonas estaban con el volumen a tope. Betty reaccionó, esta vez, por la tangente, recogió los periódicos que su madre había ordenado y buscó con ahínco la cartelera cinematográfica.

—¿Quieres ir al cine? En el Latino pasan un estreno.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Una peli americana que me recomendaron mucho: “El mundo según Garp”. Aquí dice que está basada en una novela de John Irving, y la protagonizan Robin Williams y Glenn Close. ¿Te apuntas?

—Como no hay Gustavo Adolfo que te lleve, ahora te acuerdas de invitar a tu madre al cine, ¿verdad?

—Está bien. No vayas si no quieres. Ya le diré a alguien que me acompañe, o me voy yo sola.

—No es que no quiera ir, hijita —respondió condescendiente Carmen mirando su reloj—, es que esta noche tu padre va a recibir a unas visitas muy importantes en la casa.

—¿Quién va a venir? —interpeló Betty con mucho interés.

—No me dijo nada en concreto. Imagino que el secretario de Estado del ramo y algunos de los socios de la fábrica.

—¿Y sabes si va a venir el hijo del secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal?

—¿El hijo de quién?

Betty se volvió a sumergir en la pila de periódicos para buscar una noticia que aparecía en las primeras páginas.

—Es que hace unos días el secretario de la SEMIP asistió a la inauguración de una planta de energía eléctrica y lo acompañó su hijo. Por aquí debe de haber una foto… ¡Aquí está! —levantó el periódico como si hubiese ganado la copa Davis—. Míralo, ¡a poco no está buenísimo!

—A ver. Enséñamelo. Me tiene que gustar a mí también, ¿eh? Si no, nada.

—¡Pero si es un cuerazo!

—No está mal el muchacho. Tiene buen tipo. Un poco flacucho para mi gusto, pero no está mal…

—Le pedí a mi papito que me lo presentara, y fíjate tú por dónde, quizá también venga esta noche a esa reunión tan importante. ¡Uy qué emoción! Te prometo que si viene me voy a poner guapísima.

Carmen siguió ojeando el resto de noticias del periódico y constató la facilidad con la que Betty suplantaba su relación con Gustavo Adolfo. De pronto, en la primera página de *El Universal* reconoció una fotografía.

—¡Ay Dios mío! —exclamó llevándose las manos a la boca.

—¿Qué sucede, mamá?

—No. No es posible. Mira, mira, quién está aquí —dijo, mostrándole el periódico.

—¿Ana? ¿Pero qué hace Ana en el periódico?

—No sé, debe de haber un error, esto no puede ser posible.

—Déjame leerlo: “Ana Barberena, miembro de la liga comunista estudiantil que asaltó la embajada de la India pacíficamente”.

—¿Comunista? ¿Mi sobrina una comunista? ¡Esto parece una calumnia!

—La fotografía le favorece. Mira, parece la portada de un disco.

—No te burles de algo tan serio. ¿No alcanzas a comprender lo que tu prima ha hecho? No quiero ver la cara de tu padre cuando se entere de esto. ¡Virgen del amor hermoso!

—Pues ve preparándote, porque ya está aquí —dijo Beatriz después de escuchar el ladrido de los perros.

(2)

Siempre que el ingeniero Barberena llegaba a su mansión de las Lomas se activaba un preciso y sonoro ritual que a todo el mundo ponía en alerta. Cuando se abrían las puertas de la entrada, el chofer avisaba con una secuencia de pitidos de claxon para que los sirvientes estuvieran sobre aviso de la llegada del jefe. Invariablemente los primeros que corrían a darle la bienvenida eran sus dos perros: Alacrán y Mantequilla (akitas, cuyos nombres homenajeaban a los boxeadores Alacrán Torres y Mantequilla Nápoles). El alboroto de Alacrán y Mantequilla se escuchaba en un radio muy amplio, suficiente para que incluso los miembros de la familia que estuvieran haciendo algo indebido pudieran tomar precauciones. "El que avisa no es traidor", solía decir Mario para que no hubiera malentendidos, frases subordinadas ni pretextos en su llana y estrecha concepción del mundo.

—¡Buenas tardes a todos en esta casa! —saludó en dirección a la cantina, adonde fue, sin pausas, a prepararse un whisky, Johnnie Walker, con agua—. Carmen, hoy es el día más feliz de mi carrera como industrial.

—¿Cómo te fue en el desfile, papá? —preguntó Betty escondiendo la portada del periódico.

—¡De maravilla, hijita! ¡De maravilla! Esta noche vendrán a cenar a casa el secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal y los socios españoles e italianos —le hizo un guiño a su esposa, a quien se acercó para darle un casto beso en la mejilla—, y firmaremos el bendito convenio. Carmen, cariño, tenemos que brindar por este gran triunfo de Tuberimex.

—Oye papá, ¿y va a venir… el hijo del secretario?

—Por supuesto, Betita. Al terminar el desfile me entretuve a conversar un poco con el padre para ultimar detalles. Al final le dije, sutilmente, claro, que no estaría mal que también trajera a su hijo, para que participara de alguna manera en la firma del convenio.

—Qué lindo eres papá —le dio un sonoro beso que le dejó una delineada marca de labios en la mejilla—, no hay mejor "alka seltzer" que tú.

—Todo tiene que salirnos bien hoy, hijita. Absolutamente todo —bebió de un trago lo que le quedaba de whisky en el vaso—. Carmen, ¿sabías que esta mañana me tropecé al darle la mano al

presidente? ¡Fue muy divertido! Tendrías que haberme visto, pasé mucha vergüenza…

—Yo no estaría tan contento Mario —sentenció Carmen con una cara sepulcral.

—¿Pero por qué no, mujer? Quítate esa cara de momia que tienes y arréglate un poco, que hoy tienes que lucir hermosa ante esa gente —Carmen no reaccionó a los piropos de su marido, más aún, bajó la cabeza y se puso a rezar en voz baja—. ¡Betty!, ¿por qué tiene esa cara tu mami?

Beatriz levantó los hombros y no dijo nada. Carmen buscó la primera página del periódico donde aparecía la foto de Ana y se la dio a Mario sin cambiar el semblante.

—Lee esto Mario. No te va a gustar. Salió publicado en el periódico de ayer.

Mario leyó sin darse cuenta. Su cerebro estaba muy revolucionado en ese momento como para estar en condiciones de leer y comprender lo que literalmente decía la noticia. Siguió leyendo en las páginas interiores del periódico hasta que Carmen le señaló la fotografía de su sobrina.

—¿Quién es esa muchacha? ¿La conozco?

—Mírala bien. Es Ana, tu sobrina —sentenció Carmen.

—No es posible. ¿Anita…? ¿Mi Anita…? ¿Ana asaltó pacíficamente la embajada de la India? Pero, cómo es posible que esa muchacha estúpida hiciera algo semejante —Mario sacó las gafas de un bolsillo de su chaqueta y leyó en voz alta—: “La organización política estudiantil denominada CER, Comité Estudiantil Revolucionario, asaltó el día de ayer, pacíficamente, el recinto de la embajada de la India en México, con el objeto de presionar al Gobierno de Miguel de la Madrid para que los campesinos chontales oaxaqueños del municipio de Tequisistlán pudieran recuperar sus tierras invadidas…” ¡Y qué demonios tiene que ver Ana con esos campesinos calzonudos! Ella es una muchacha de clase, educada y tranquila.

—Cálmate, Mario. Debe haber alguna explicación a todo esto.

—Es inconcebible que ella esté metida en una organización “comunista” y ninguno de nosotros sepa nada. De verdad, no me explico cómo es que esa mocosa ha podido cambiar tanto.

—Ana, desde hace tiempo, ha cambiado papá —puntualizó Betty con algún brochazo de envidia en su expresión.

—¿Pero, por qué dices eso? ¿Qué es lo que sabes de tu prima? —inquirió Mario buscando respuestas rápidas, sencillas y contundentes.

—Nada, pero ahora que lo recuerdo, antes sucedió un detalle que no le di mucha importancia, pero ya con esto puede ser que…

—Habla —interrumpió Mario—, no divagues.

—Es que una vez acompañé a Gustavo Adolfo a la UNAM porque tenía que hacer un trámite de no sé qué. El caso es que nos encontramos a Ana que estaba con un amigo de su carrera. Charlamos un buen rato, nos caímos bien y terminamos tomando un café…

—Al grano Beatriz, por favor —suplicó Mario secándose el sudor de la frente con las manos.

—Ya en el café, Gustavo Adolfo les hizo una pregunta sobre si con la huelga de la universidad otra vez estarían los estudiantes de "huevones", perdón, de "holgazanes". Ana y su amigo, que se llamaba Edmundo, se molestaron mucho, discutieron un buen rato sobre lo que era la huelga. Gustavo Adolfo insistía en que los estudiantes aprovechaban la huelga para vacacionar y Edmundo sostenía que los estudiantes de alguna forma participaban con los trabajadores. Bueno, pero ya al calor de la discusión, Edmundo, que no estaba nada mal, ahora que lo pienso, dijo sin querer que Ana… Sí, tu sobrina… dijo que ella había estado ayudando en la organización de la huelga. ¿Cómo ves? —Mario movió la cabeza y se quedó sin palabras—, pero, de inmediato cambiaron de tema, porque el pisotón que le dio Ana a Edmundo hasta a mí me dolió.

—Ya lo decía yo, Mario —constató Carmen—, no debimos permitirle que se apuntara en la UNAM. La tendríamos que haber obligado a que se fuera a la Ibero o a la Anáhuac. Ahí, por lo menos, nunca hay huelgas.

—No puedo creerlo —exclamó Mario, ensimismado—, pero si esa muchacha era muy estudiosa, siempre la veía leyendo, incluso charlábamos mucho sobre sus tareas de literatura… ¿Te das cuenta? Eso no lo hacía ni con mis propias hijas…

—Pues por mucha literatura que Ana le hubiese puesto a sus conversaciones, últimamente se vestía horrible, no sé, pero daba mucho en qué pensar.

—¿A qué te refieres con que se vestía horrible?

—Sí, últimamente solo se ponía pantalones de mezclilla, no se arreglaba las uñas, no se daba sombra en los ojos, ni se maquillaba la cara. Parecía, no sé, una simple obrera.

—Eso es cierto —añadió Carmen—, y desde hace pocos días ha estado llegando tarde. Se suponía que desde el martes estaba en casa de una amiga porque tenía que preparar un examen.

—Esto me huele muy mal —zanjó Mario—, Carmen, ve a revisar su cuarto, a lo mejor encontramos algo que nos dé una pista.

—Pero ¿cómo voy a revisar su habitación, así como así? ¡Manda a una criada!

—Vamos, mujer, te digo que subas tú —exigió Mario.

Carmen, muy a su pesar, se ausentó para revisar la habitación de Ana. No estaba muy convencida de lo que iba a hacer, se sentía incómoda por fisgonear entre las cosas de su sobrina, no sabía lo que iba a buscar y mucho menos lo que se podría encontrar.

—¡Mamá! —la detuvo Betty para decirle confidencialmente—, busca debajo del colchón.

(3)

Carmen entró en la habitación de Ana con mucho sigilo, como si ella estuviera dormida y no quisiera despertarla con su presencia. No recordaba la última vez que había entrado en ese cuarto, pero nunca lo había hecho para registrar entre sus cosas. Carmen se percató de que todas sus pertenencias estaban impecablemente ordenadas y se correspondían con una muchacha de veinte años. A saber: un póster de Nacha Pop en la pared, un cubo de Rubik con su color correspondiente en cada cara, una hilera de discos LP en la que destacaba "Sinchronicity" del grupo *The Police*. Un libro de Julio Cortázar (*Deshoras*) en el buró. Encima del tocador había varias fotografías de ella en la playa de la Condesa en Acapulco, en una fiesta disfrazada de enfermera y en la Alameda Central con el Hemiciclo a Benito Juárez de fondo. Cuando Carmen se animó a hurgar en los cajones de la cómoda comprobó que su sobrina tendría que renovar su ropa interior. En el fondo del cajón, finalmente, encontró un objeto que sabía que podría aparecer: una caja de veinte preservativos con menos de diez. Carmen se santiguó, pero volvió a dejarlos en el mismo lugar. Ya se había hecho a la idea de que resultaba mucho mejor que sus hijas y su sobrina hicieran buen uso de esos artilugios preventivos. De todas formas, se volvió a santiguar por pensar tan ligeramente en ese tema.

Mientras Carmen continuaba rebuscando en la habitación de Ana, Mario se metió en su despacho a telefonear a todos sus contactos de la policía del Distrito Federal. Beatriz, por su parte, ante la contagiosa incertidumbre familiar, decidió volver a tumbarse en el sillón a revisar los periódicos para después aventarlos, hoja a hoja, a cualquier parte. Una vez que había tapizado toda la sala apareció Lucía, su hermana mayor, y Federico, ahijado y uno de los asistentes más cercanos de Mario.

—Pero ¿qué está pasando? —indagó Lucía—, ¿acaso ha pasado un huracán por aquí?

—¡Hola hermanita! —saludó Beatriz desde lejos y sin mucho interés—, ¿hoy te has escapado del convento o las monjas te han dado permiso para ver el mundo?

—Muy graciosa, Betty —desautorizó Lucía—, siempre con tus ocurrencias, ¿dónde están papá y mamá?, que tengo que despedirme de ellos.

—¿Por fin te vas al infierno, hermanita? Mira que para eso no

hace falta despedirse de nadie.

—Me ha salido un viaje en el último momento, no me quedaré a comer, Federico me va a llevar al aeropuerto, así que si me dices dónde están, será más fácil…

—Ay, sí, me voy de viaje con mis amigos, ¿ves? —la imitó al detalle hablando como si tuviera una papa caliente en la boca—. Mira, papá está en su despacho hablando por teléfono con un capitán de la policía y mamá en el cuarto de Ana buscando alguna prueba de su identidad revolucionaria, porque has de saber que tu querida primita anda de mitotera.

—¿De qué estás hablando? —interrogó Lucía sin dar mucho crédito a sus palabras.

En eso apareció por la sala Mario rascándose la cabeza con un gesto muy preocupado. Miró a Lucía y se apresuró a abrazarla, como si no la hubiese visto en mucho tiempo. Lucía aceptó las caricias de su padre que lo notó muy excitado.

—Padrino —intercedió Federico—, ¿es cierto lo que dice Betty?

—¿Ya se enteraron por Betty?, ¿verdad? —apuntó Mario moviendo la cabeza—, así es, Federico, tenemos que afrontar las cosas como vengan: al parecer, Ana formó parte en un atentado.

—Pero Ana no sería capaz de hacer algo así —apuntó Lucía—, ¿por favor?

—Pues ya ves que sí —le enseñó el periódico—, mírala qué mona sale en la primera página de *El Universal*.

—¿Y qué ha pensado hacer, padrino? —se interesó Federico arrebatándole el periódico a Betty.

—No lo sé aún Federico, todavía no sé muy bien qué es lo que debemos hacer.

—¿Cómo que no sabes? —recriminó Lucía—, tenemos que ir con ella inmediatamente.

—Luchita, hija. Tenemos que pensar muy bien las cosas. Nosotros no podemos hacer nada sin calcular antes nuestros movimientos, ¿me entiendes?

—Pues francamente no, papá. No sé a qué te refieres con eso de “calcular antes los movimientos”, ni que fueras un mariscal de campo. ¿Sabes en dónde la tienen retenida?

—Hija, puedes poner en peligro…

—¡Papá!, por favor. ¿Dónde está Ana?

—Me dijeron que seguramente la habrán llevado a la Delegación Cuauhtémoc —respondió Mario.

—De acuerdo. Vamos, que no hay tiempo que perder. ¿Quién viene conmigo? —Lucía se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero nadie la siguió.

—¿Ya no quieres que te lleve al aeropuerto? —insistió Federico.

—¡Claro que no! Esto es mucho más importante —observó que Federico no hacía ni decía nada porque esperaba que Mario le hiciera un gesto—. ¿Pero qué diablos les pasa? ¿Es que no piensan hacer nada por Ana?

—¡Lucía!, ¡te ordeno que te quedes en casa! Es un asunto muy delicado —amenazó Mario—, primero vamos a comer y pensamos con calma.

—¡Yo me voy!, ustedes hoy están muy raritos —apuntó Lucía saliendo por la puerta.

—¡Espera, Lucía! —saltó Federico—, yo te acompaño.

—¡Tú también te quedas aquí! —exigió Mario—. ¡Nadie va a ir a ninguna parte!

—¡Deje que acompañe a Lucía, padrino!

—¡He dicho que nadie va a ir a ninguna parte sin mi permiso! No podemos involucrarnos en este asunto y mucho menos hoy, que esta noche firmamos un convenio muy importante. Federico —insistió Mario—, piénsalo bien porque se puede ir todo al garete.

Beatriz ofreció su réplica a la situación soltando una risotada tan sonora como espontánea.

—No entiendo a qué vienen esas risitas en este momento tan delicado —recalcó Mario—, mejor será que vayas a ayudar a tu madre a buscar pruebas contundentes en la habitación de Ana.

Federico se sintió autorizado para sumarse al regaño y le tronó los dedos a Beatriz para que se moviera con más rapidez.

—¡Tú a mí no me metes prisa! ¡Idiota! —Beatriz se levantó del sillón con mucha parsimonia—, además, no eran risitas papá, sino una carcajada abierta y sincera por ver la cara de pasmarote que ha puesto Federico al enterarse de que Ana en realidad es una cabecilla. Se supone que un novio debería saber ciertas cosas de su novia, ¿o no?

—¡Beatriz! —zanjó Mario—, anuda de una vez tu lengua viperina y déjame pensar.

—Sí, si ya me estoy yendo —respondió Betty llevándose del brazo a Federico para que su padre no la escuchara—, pero ¿a quién quieres engañar, Federico? No solo te interesan los negocios, sino que también quieres entrar en la familia por algún coño. Primero lo intentase con Lucía, por la que aún se te siguen cayendo las babas, pero como nunca te ha hecho caso, buscaste a Ana para seguir estando cerca. Ya ves, te salió el tiro por la culata, porque Ana solo te ha utilizado para guardar las apariencias. Te pone los cuernos, Federico, muchos cuernos… y bien grandotes…

Federico se sintió avergonzado ante las palabras tan desnudas y certeras de Beatriz. Sabía que todo el mundo conocía sus intenciones de congeniar íntimamente con la familia de su padrino

de bautizo, porque había hecho los suficientes méritos para recibir el relevo en la dirección de los negocios y también porque había hecho los suficientes sacrificios para merecer, al menos, la mano de la sobrina del patriarca. Los méritos alcanzados por Federico fueron el resultado de una apuesta: años atrás Mario eligió a un niño, hijo de alguno de sus muchos empleados, al que financió toda su educación y su formación universitaria con el objeto de demostrar que con esfuerzo y dedicación se podía formar a una persona de provecho y digna de toda su confianza. Federico fue un alumno muy aventajado en todos los terrenos, en eso tuvo suerte, pero también fue un muchacho muy consentido por Mario, que veía en él al hijo varón que nunca tuvo y que por su caprichosa manera de entender el mundo no fue capaz de adoptar, sino que simplemente lo fabricó con su dinero, con sus consejos, con su egoísmo y también con su paciente mirada.

—Federico, no te preocupes por Lucía, ella sola no irá a ninguna parte. Dime una cosa —reclamó Mario—, ¿Cómo se explica que siendo tú el novio de Ana no supieras nada de su actividad política?

—La verdad, padrino, es que no he tenido tiempo de conocer muchas cosas sobre Ana.

—Yo te di mi permiso para que empezaras a salir con ella precisamente para que no la perdieras de vista, pero ¿qué te ha pasado? Nunca me habías fallado de esta manera.

—Lo siento, padrino, le prometo que no volverá a ocurrir —dijo agachando la cabeza—, yo creo que no le agradó lo del anillo de compromiso porque no se lo esperaba tan rápido. Pero en este momento, lo más importante, es sacarla de donde la tenga retenida la policía ¿no?

—Sí, sin lugar a dudas, pero ni tú ni yo podemos exponernos a una mala publicidad.

—¿Tanto nos perjudica?

—Ni te imaginas el daño que nos puede causar —Mario buscó un puro habano y lo encendió con hábiles movimientos rituales—, porque esta noche vamos a firmar un convenio entre la fábrica, los socios extranjeros y los compradores del Estado.

—Ya, pero, podríamos actuar con sigilo para que nadie pueda relacionar ambos acontecimientos.

—Hijo, tengo que aclararte una cosa —sirvió dos vasos de whisky, Johnnie Walker, con agua—, el convenio de hoy, como puedes darte cuenta, se celebrará informalmente, es decir, sin que acudan periodistas ni el evento se convierta en noticia y pase al dominio de la opinión pública. El hecho es que nuestra fábrica de tuberías y accesorios metalúrgicos firmará un documento con la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal con el fin de

vender material logístico para toda la zona del centro y del norte del país. La reunión será a puerta cerrada, insisto, porque hay un pequeño negocio de por medio.

Mario bebió de su vaso y sugirió que Federico también lo hiciera, este bebió, pero no le sentó nada bien el whisky aguado.

—No le entiendo bien, padrino —anotó Federico aguantando la tos.

—Es fácil de entender, muchacho. Nosotros les vendemos la mercancía a un precio más elevado del valor real, ellos pagan con dinero público y la diferencia se reparte a partes iguales.

—Pero padrino, eso es distinto a lo que me dijo antes.

—*Business are business* mi querido ahijado. Ya aprenderás los oficios de esta dura profesión de industrial. ¿Cómo crees que se ganan las licitaciones? Tómate otra copa que hoy es un día especial para nosotros —preparó otros dos vasos de whisky con agua—, solo espero que esa mocosa de Ana no lo eche todo a perder.

Mario aprovechó el momento para ponerse sentimental y confesarle a Federico que lo consideraba prácticamente como a un hijo. Brindaron con sinceridad, pero Mario no le confesó que durante muchos años fue muy indiferente, e incluso grosero, con su mujer por no haber tenido descendencia masculina hasta que apareció el niño Federico, producto de una caprichosa apuesta. No le mencionó tampoco que todos los miembros de la familia lo veían con recelo sencillamente porque no pertenecía a la familia Barberena. Mario quería que Federico emparentara, por eso no le pareció descabellada la idea del noviazgo con Ana. Siguieron chocando los vasos de whisky pero tampoco se atrevió a revelar que sus hijas hablaban pestes de él, que no lo bajaban de "aprovechado" y "oportunista", por mencionar los adjetivos menos altisonantes. Mario se abrazaba a su ahijado pensando en que las nuevas circunstancias invitaban a reconsiderar los "planes de futuro" de la familia. Pensando en voz alta, Mario le propuso a Federico que en cuanto saliera Ana de tan lamentable asunto se fueran de luna de miel anticipada unas semanas. La idea era alejarla hasta que la situación se calmara y se olvidara. Federico no supo qué responder, entre otras cosas porque Carmen pegó un grito tan sonoramente descomunal desde la habitación de Ana que Alacrán y Mantequilla se sumaron rápidamente al alarido con sus ladridos. Mario, Federico y algunos sirvientes se acercaron a socorrer a Carmen que estaba al borde del soponcio.

—Carmen, cariño, ¿qué ha pasado? —interrogó Mario antes de que llegaran todos los demás.

—¡Mario!, mira lo que encontré: libros comunistas, rojos… ¡Toma! —le aventó varios libros que Mario capturó al vuelo.

—*El Capital*, de Karl Marx —leyó Federico.

—*La revolución permanente*, de Trotsky —leyó Mario.

—*Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, de José Revueltas, ¡Guácala! —leyó Carmen sujetando el libro con las puntas de los dedos—. A mí se me revuelve el estómago con solo leer el título. Y pensar que no hace mucho me dijo que estaba leyendo una novela de Yolanda Vargas Dulché.

—¡Qué lista! Forró los libros con papel de florecitas para que nadie se diera cuenta —advirtió Mario.

—Y eso no es todo —dijo Carmen—, también encontré revistas rusas escritas en ruso y revistas cubanas con fotos de Fidel. ¡Miren qué asco!

—*Cuba*, *Juventud rebelde*, *Verde olivo*, *URSS* —leyó Federico.

—Esto es mucho más de lo que yo creía —dijo Mario con un tono solmene—. ¿Encontraste más cosas?

—En el fondo del cajón de su escritorio había unos papeles impresos, algo así como si fuera publicidad de algo raro, ¿no?

—Son panfletos, Carmen, pan-fle-tos po-lí-ti-cos.

—¡Ay Dios mío! ¡Qué humillación! —continuó Carmen—, y luego encontré esta cajita con varios escuditos con la hoz y el martillo, puños cerrados y estrellas rojas…

—Mire, padrino, aquí en su agenda los nombres de las personas tienen otro nombre entre paréntesis, ¿qué significará eso?

—¡Son Alias! ¡Son seudónimos! ¡Esto es una conspiración en toda regla! A ver, cuéntame, Federico. ¿En dónde te encontrabas con Ana cuando la ibas a recoger?

—En la esquina de Insurgentes y Copilco, ahí donde está el Rélox, pero, ahora que lo pienso, nunca en la ciudad universitaria.

—¿Y adónde solías llevarla?

—Pues cuando no la traía aquí, la llevaba a su clase de danza, a una casa de la colonia Roma. También le gustaba mucho pasear por la Alameda Central.

—¿La Alameda Central?

—Sí, a veces se compraba un algodón de azúcar y le dábamos varias vueltas al parque. Se conocía al detalle todas las fuentes y le gustaba sentarse a ver pasear a la gente.

—Ya, pero, no sé, ¿no iban a un lugar?, ¿más peligroso?

—Pensándolo bien, padrino, la llevaba últimamente a la fábrica.

—¿A la fábrica? ¿A qué fábrica? ¿A nuestra fábrica?

—¿A qué otra si no? Ella tenía que hacer un trabajo de la facultad y le gustaba mucho conversar con los obreros. Les hacía preguntas, les grababa las respuestas, tomaba notas. Un día, en agradecimiento, nos llevaron a bailar al California Dancing Club.

—¡Federico! —reprobó Carmen—, ¿cómo pudiste ir a esos

lugares de gente tan… baja?

—Perdone madrina —respondió avergonzado Federico—, es que yo no conocía esos lugares y, la verdad, me divertí mucho. Pero volviendo a su pregunta, padrino, Ana también conversaba frecuentemente con uno de los fundidores.

—¿Acaso con Refugio Martínez? —inquirió Mario con una voz temerosa.

—Creo que sí, sí, creo que así se llamaba…

—Federico, no tenías que haberla llevado a la fábrica y mucho menos que entrara en contacto con ese tal Refugio Martínez.

—¿Hay algo de malo con esa persona, padrino?

—¡Mario, no digas nada! —sentenció Carmen.

—Bueno, no —condescendió Mario—, nada importante, olvídalo.

—¡Híjole, mamá! ¿Y este tiradero de cuarto? ¿Ya ves lo que provocan los días festivos? —exclamó Beatriz mirando con detalle los libros, las revistas, los panfletos, los escuditos y las banderas—, ¿todo esto encontraste debajo del colchón?

(4)

La habitación de Ana, en la mansión de la calle Monte Everest de las Lomas de Chapultepec, se había convertido, momentáneamente, en una zona cero. Al parecer en ese rectángulo de veinticinco metros cuadrados se localizaba la zona de máxima devastación, el epicentro de un movimiento telúrico que podría destruir el prestigio de una familia de abolengo y de una empresa dedicada a la producción industrial de tuberías. Mario revisaba las estanterías tirando al suelo todos los libros que podía: buscaba armas, planos, propaganda subversiva, códigos secretos, algo que justificara su rabia, algo que diera motivos para seguir desordenando las pertenencias de su sobrina. Carmen, con el corazón en la boca, intentaba recoger los libros del suelo y los colocaba de cualquier forma. Federico, por su parte, vaciaba los cajones del tocador y de la cómoda, mientras que Beatriz contemplaba las escenas con distancia y vergüenza.

—Oigan, ¿no creen que se están pasando? —reprobó Beatriz—, ¿qué están buscando realmente?

Nadie le dio una respuesta. Cada uno siguió con su respectiva tarea hasta que, de repente, el timbre del teléfono los dejó petrificados. Sonó una, dos y tres veces, pero ninguno se atrevió a contestar. A partir de ese momento las dudas no les dejaban decidir el alcance de sus acciones. Beatriz, en un arranque, cogió la extensión del teléfono y señaló a su padre: “Es para ti”.

—¿Quién es? —se interesó Mario.

—Reyes, de la oficina —respondió Beatriz.

—Reyes, qué alivio —dijo Mario al teléfono—, ya sé que es una situación muy difícil para la firma, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Estoy de acuerdo que fue una tontería… Hasta hoy me enteré, porque he andado muy ocupado… Mi secretaria también, de verdad que no leí el periódico de ayer… Correcto, Reyes, mantenme informado. Adiós.

Mario colgó con determinación el auricular del teléfono, respiró hondo, se estiró con parsimonia las mangas de la camisa y les pidió a todos los presentes que se tranquilizasen.

—Lo mejor será que vayamos a comer —sugirió Carmen—, yo ya tengo mucha hambre, y es muy tarde.

—Buena idea, Carmen —avaló Mario—, tengo que hablar con todos los miembros de la familia.

Aunque las circunstancias recomendaban la instauración de un gabinete de crisis para saber actuar en momentos tan complicados, no pudieron reunir a todos los miembros de la familia. Se sentaron a la mesa y Carmen preguntó por su hija mayor.

—¿Dónde está Lucía?

—Voy a ver si está en su habitación —propuso Federico.

—No te molestes —advirtió Beatriz—, Lucía hace rato que no está. Imagino que se fue a buscar a Ana allá donde estuviera retenida.

—¿Qué dices? —se levantó bruscamente Mario de su silla.

—¡Sí!, se fue hace rato. ¿No te acuerdas? Si lo dijo bien clarito.

—Yo le prohibí salir de casa —remarcó Mario.

—¿Creías que te iba a hacer caso?

—¡Lo que me faltaba! Si Lucía desvela la identidad de Ana o se identifica como un familiar, estamos perdidos —se puso rápidamente la chaqueta de su traje gris, hecho a medida, y se dispuso a salir apresuradamente de casa—. Está más claro que el agua que hoy todo el mundo se empeña en arruinarme la vida: primero una sobrina "¡comunista!", y ahora una hija "¡cómplice!".

—¡Ay, no! ¡Mi hija también, no! —gritó Carmen, cayéndose de su silla al borde del desmayo.

—Deja eso mujer. ¡El convenio! ¡El convenio es más importante! —gritó aún más fuerte, animando los fuertes ladridos de Alacrán y Mantequilla mientras salía de casa.

—¡Madrina! —la interceptó Federico antes de que se fuera al suelo—, ¿se siente mal?

—Acompaña a tu padrino —insistió Carmen—, no dejes que se vaya solo. Cuando está así de nervioso comete muchas tonterías.

Federico, sin pensarlo dos veces, salió al jardín exterior de la casa para cruzarse al paso del coche de Mario. El chofer tuvo que dar un frenazo, pero no le dejó subir en el coche, hizo una maniobra y salió rápidamente por la puerta. Federico, enrabietado, no se le ocurrió otra cosa que darle cuatro patadas a la puerta hasta que los perros comenzaron a rodearlo con sus ronroneos. El ahijado consentido volvió a la casa a paso apresurado, su madrina seguía tumbada en un sillón mientras Beatriz la abanicaba con la portada de *El Universal*.

—¡Hijo! ¿Qué pasó?

—Se fue, madrina. No me dejó subir en el coche —siguió dando patadas a los muebles.

—¿Pero, por qué no lo acompañaste a la comisaría?

—¡Pues porque no iba a la policía, mierda! —gritó, e inmediatamente corrigió el tono de voz para mentir sin mucha convicción—, perdone, madrina, por el exabrupto. Mi padrino me

pidió que me quedara aquí, cuidando de ustedes dos.

—Nosotras no necesitamos de tus cuidados, Federico —desafió Betty—, además cómo podríamos decir que nos cuida un hombre tan poquita cosa como tú.

—¿Cómo te sentirías si tu novio te engañara en todo? ¿Eh?

—¡Oye! Ya te dije que tú tenías un problema gordo con Ana. Pero vamos a ver, ¿a quién le cabe en la cabeza que no supieras absolutamente nada de las actividades de quien se supone es tu novia? ¿Qué clase de relación tenías con ella? ¡Manitas sudadas y, por lo visto, muy poco más!

—Creía que yo era más que su novio… Hace poco, le regalé un anillo para sentirnos más comprometidos, pero solo ha servido para darme cuenta de que me faltaba mucho para llegar a conocerla bien, de que todavía estaba muy lejos de que ella pudiera tener más confianza conmigo. ¿Eres capaz de entender eso o no?

—¿Pero por qué le das tantas vueltas? Cuando dos personas se quieren se cuentan cosas, aunque lleven poco tiempo.

—Ya, pero había cosas que yo le preguntaba y Ana no quería contarme.

—¿Ah sí? ¿Qué cosas? —consultó Betty, al tiempo que le daba a su mamá golpecitos en las mejillas.

—No sé, cuando le pedía que me contara sobre sus papás nunca me decía nada, más bien me contestaba con evasivas y me pedía que no insistiera.

—¡Ay, Federico! Todos sabemos que los papás de Ana, el tío Diego y la tía Ana María, se murieron en un accidente en la carretera.

—¡No es cierto, Beatriz! Esa historia es falsa. ¿Verdad, madrina? ¿Verdad que siempre nos han mentido sobre ese tema?

—¡Federico! ¡Cómo te atreves a decir eso! ¡No ves que mi mamá está en la mitad de un soponcio! ¡No sigas!

—Fue lo único que me confió Ana. Siempre lo decía con un tono oscuro y llena de rabia: “Esa historia es una falacia, no creas nada de eso”.

—¡Federico! ¡Me das miedo! Mamá, ¿es cierto lo que dice Federico?

Carmen no respondió, entre otras cosas porque no sabía lo que tenía que decir. Sabía que la historia familiar sobre su sobrina Ana, sobre su cuñado Diego y su concuñada Ana María era una patraña que se había inventado Mario para no perder la reputación del apellido Barberena. Pero eso había pasado hacía mucho tiempo, sus hijas y su ahijado, e incluso su sobrina Ana, habían crecido sin haberse enterado de lo que pasó exactamente.

—Madrina, por favor —insistió Federico—, cuéntenos quién es

en realidad Ana Barberena.

Carmen cerró los ojos con fuerza y, antes de contar su particular versión sobre los antecedentes de la familia, se puso a llorar como una Magdalena cualquiera.

(5)

Mario Barberena Jr. en 1958, era un licenciado en derecho que estrenaba su título en la dirección de una fábrica de la familia dedicada a la producción industrial de tuberías. Por aquel entonces, con mucho más pelo y muchos menos kilos, inició un imparable camino hacia el éxito empresarial y hacia la consolidación económica del negocio y del patrimonio familiar. Mario Barberena Jr. se fue convirtiendo en un habilidoso negociador para conseguir, poco a poco, contratos muy lucrativos con muchas de las administraciones públicas de la Ciudad de México, primero, y con las del Gobierno Federal, después. Ese mismo año, Mario se inició al frente de la fábrica continuando con una serie de contratos que su padre había iniciado años atrás con Ernesto Uruchurtu Peralta, regente del Departamento del Distrito Federal. Su padre había participado con ventajosos contratos en el entubamiento del río de la Piedad y del río Churubusco; a Mario le tocó participar en la terminación del viaducto Miguel Alemán, la vía rápida sobre la calzada de Tlalpan, la avenida Río Churubusco, la ampliación al norte del Paseo de la Reforma y el primer tramo del Anillo Periférico. También participó en el cambio de fisonomía del Zócalo unos meses después de que un devastador terremoto tirara de su pedestal al Ángel de la Independencia. Hay que reconocer que, desde esa remodelación, la Plaza de la Constitución, llamada así desde el siglo XIX en honor a la promulgación legislativa de Cádiz, se convirtió en una explanada desnuda de monumentos y jardineras, tan solo con postes de alumbrado público. El piso de toda la plaza se niveló, se ampliaron las banquetas laterales de la Catedral, se quitaron los rieles de los tranvías y se colocó un piso de losetas de piedra. En el centro pusieron una asta en la que, desde entonces, luce siempre flamante el lábaro patrio. Ahora bien, cualquier camino hacia el éxito y hacia la consolidación económica, por implacable y envidiable que sea, siempre suele tener una mancha, un tachón de tinta negra que ensucia con impertinencia los expedientes más pulcros y reconocidos. El forúnculo de Mario era su hermano Diego, un chico (cinco años menor) que, a pesar de haber estudiado en uno de los colegios más caros, selectos y católicos de la Ciudad de México, llegó a convertirse en un cabecilla revolucionario. Diego Barberena era, sencillamente, un educado transgresor. Un “hijo de papi” que nunca supo interpretar los

significados de palabras como “límite”, “frontera”, o expresiones como “línea divisoria” y “pasarse de la raya”. Hijo pequeño de una familia muy rica, huérfano de madre a los tres años, siempre hizo lo que quiso, sin contemplaciones, sin medida. Hurgó en todas las llagas y vaginas que tuvo a su alcance. De niño era rebelde, aunque sobradamente inteligente, de mayor era el clásico “sabe lo todo” antipático en las distancias cortas, pero con simpatía y liderazgo indiscutibles en las distancias largas. Nació en 1938 en la Ciudad de México, cuando cumplió 18 años (en 1956) entró en la Facultad de Derecho con la consigna de seguir la estela de su hermano mayor, de “junior”, como Diego llamaba a Mario. Al poco tiempo de comenzar las clases un amigo le pidió dinero para apoyar una causa revolucionaria muy importante, Diego accedió porque para él el dinero no era un problema. Donó desinteresadamente en varias ocasiones cantidades respetables y se sintió con derechos para conocer a tan ilustres personas. Una noche lo llevaron con Fidel Castro y con Ernesto Guevara a unas reuniones que se celebraban en una casa de la calle José de Emparán, muy cerca del monumento a la Revolución en la Ciudad de México. A partir de esas reuniones con los cubanos rebeldes, camuflados con chamarras limpias, pelos cortos y bien peinados, Diego tomó, sin decírselo a nadie, la decisión más importante de su vida: sumarse al contingente revolucionario de Castro. Buscó por todos los medios que lo aceptaran, se puso a hacer ejercicio con ellos en un gimnasio para hacer méritos, practicó al tiro y se preparó como el que más, pero cuando llegó el día de ir al puerto de Tuxpan, Veracruz, para embarcarse en el Granma, el mismo Fidel se lo llevó del brazo para hablar a solas:

—Mira, Dieguito —le dijo con un tono bajo y cariñoso—, estamos muy contentos y agradecidos contigo. Te has portado bien con nosotros, nos has ayudado económicamente, has demostrado valor, pero tu papel como revolucionario no está en Cuba, sino aquí, en México. Cuídate mucho, hermano.

Después de darse un fuerte abrazo, Diego no volvió a ver a Fidel Castro nunca más. Siempre le quedó la duda de si el líder cubano había utilizado palabras honestas. Aunque no perdió de vista, a través de los periódicos, las peripecias de los revolucionarios en la sierra Maestra, se involucró, más bien y a su manera, en el movimiento obrero mexicano de finales de la década de los cincuenta. El haber conocido y tratado a dos de las más grandes figuras revolucionarias del momento le daba un impulso interior que lo animó a abandonar la carrera nada más empezarla. Durante dos años asistió a la Facultad de Derecho, pero nunca visitó las aulas, sino más bien los pasillos y cafeterías donde se cocían los

proyectos de las movilizaciones estudiantiles.

Diego vivía gracias a una generosa pensión mensual que le daba su padre; con esa manutención podía rentar un departamento, llenar el tanque de gasolina de su carro, comer en los mejores restaurantes del centro y comprar regalos caprichosos a la novia de turno. Cuando Mario se enteró de que había dejado la carrera le suprimió la pensión. Y en muy poco tiempo Diego se presentó en su oficina de la fábrica.

—¡Dichosos los ojos! ¡Mira quién está aquí! —saludó con asombro Mario—. ¿El líder del fracaso estudiantil?, o ¿el casanova de izquierdas?

—¡Hola, Junior! —saludó Diego—, se te ve bien detrás de ese escritorio, igual que a mi papá.

—¿Y qué te trae por aquí, hermanito? ¿Acaso necesitas dinero?

—¿Por qué me has quitado la pensión? Ese era un asunto entre mi papá y yo.

—Te equivocas. También es un asunto mío, y te la he quitado con el consentimiento de nuestro padre, sencillamente porque no te la mereces. Eres un vago y un irresponsable. No quiero hablar más del asunto.

—No me dejes tirado en la calle…

—Ponte a trabajar. Gánate el pan decentemente, con el sudor de tu frente y no…

—Está bien. Está bien. Dame tú un trabajo.

—En esta oficina no. Ni se te ocurra.

—No quiero trabajar a tu lado. Deja que me vaya con los soldadores.

—Estás loco, tú en ese sitio no aguantarías ni dos días.

—Ese es mi problema. Págame lo mismo que a ellos, no te pido más.

—¿Y si te reconocen? Nos metes en un buen lío. Es muy arriesgado.

—No te preocupes, nadie me reconocerá. Mañana comienzo, pero antes, te voy a pedir una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó extrañado Mario.

—No se te ocurra acercarte a mí, porque entonces sí me van a reconocer.

Ese día Mario volvió tarde a casa. Por aquel entonces el perro de raza Akita que anunciaba su llegada a la residencia de las Lomas se llamaba Ratón, en honor al Ratón Macías, el campeón de peso gallo que se hizo famoso con su célebre frase: “todo se lo debo a mi mánager y a la virgencita de Guadalupe”. Mario estaba muy intranquilo e indeciso con el acuerdo adoptado con su hermano menor. Sabía que podría ser una buena idea, pero también sabía

que a la postre su hermano le traería problemas. Después de pensarlo mucho decidió ponerle un camino plagado de obstáculos para que no durase mucho.

—¿Qué tienes, Mario? Te noto algo preocupado —dijo Mario padre caminando con ayuda de un bastón.

—No es nada, papá, solo pensaba un poco… en Diego —se preparó un whisky, Johnnie Walker, con agua y se lo bebió de un trago.

—Ah, ese muchacho rebelde, desadaptado. Yo no sé cómo va a terminar su vida. Es un bohemio. Le importa más pasarse las noches de tugurio en tugurio con sus amigotes y amigotas que sentar cabeza y conseguir una buena posición social. No hay más que verlo: parece un desarrapado, como si nunca hubiera tenido ninguna educación.

—Hoy fue a verme a la oficina —dijo, preparándose otra bebida —, y no te lo pierdas, fue a pedirme trabajo.

—No me extraña nada, no tendrá dinero el pobre, desde que le quitamos la pensión.

—Es muy testarudo, papá, y honestamente no creo que me lo haya pedido en serio.

—Dale una oportunidad —concilió Mario padre—, en el fondo él no tiene toda la culpa de lo que le pasa. Desde que murió tu madre y a mí me dio esta maldita parálisis, ese muchacho se malcrió mucho, hizo lo que le dio la gana, ha sido completamente ingobernable. Contigo fue distinto, fueron otros tiempos, tu madre y yo éramos más jóvenes. Tú has sido un hijo ejemplar, como mi mano derecha…

Mario se terminó lo que le quedaba de whisky en el vaso. Le dio un beso en la frente a su padre y se fue a su habitación.

(6)

Diego Barberena puso en práctica su faceta revolucionaria trabajando como obrero en la fábrica de su familia. Al principio le costó mucho tiempo y esfuerzo conectar con sus compañeros de sección. Aprendió rápido sobre soldaduras, es decir, sobre el duro oficio de saber unir sólidamente dos cosas, o dos partes de una misma cosa, pero no llegaba a entender la desbordante felicidad individual de algunos trabajadores que vivían literalmente atrapados en la pobreza. La instrucción en la fábrica estuvo a cargo de Refugio, una especie de capataz que recibía órdenes directas de Mario y que le ocultaba ser un agente secreto del patrón, mientras Diego le ocultaba ser el hermano pequeño del dueño. La consigna era desmoralizar al novato, obligarle a que hiciera los encargos más duros, difíciles y cansados, el objetivo era que renunciara al puesto en menos de una semana. Diego acudía puntualmente a la hora de entrada, sabía que para ganarse a la gente tenía que demostrarles que tenía sobradas habilidades con los sopletes. Refugio se encargó de darle trabajos largos y en solitario, él mismo le enseñaba cómo lo tenía que hacer, pero también vigilaba que no se relacionara mucho con los demás compañeros. A la hora de la comida, Refugio se sentaba al lado de Diego y monopolizaba la conversación haciéndole preguntas sobre el trabajo o instruyéndole sobre el manejo de alguna herramienta.

—Refugio, ¿podríamos hablar de otra cosa mientras comemos? —sugirió Diego.

—Lo siento, Diego, el patrón insistió mucho en que estuviera muy atento de tu aprendizaje.

—¿Ah sí? ¿Y qué te dijo exactamente?

—Nada en particular, no te asustes, solo me dijo que cuidara bien de ti —dijo Refugio, apelando a la verdad, excepto en lo referente a la consigna para desmoralizarlo.

—Dime una cosa, Refugio, ¿quiénes de ustedes son del sindicato?

—Yo no conozco a ninguno. Aquí nadie está metido en jaleos de esos.

—No te creo, seguro que hay muchos y me encantaría conocerlos.

—Mira, Diego, no te metas en líos y concéntrate en tu trabajo.

A los tres días, Diego ya estaba francamente desanimado con su

nueva vida de asalariado, estaba fundido porque le dolía la espalda tanto o más que cuando se preparó físicamente, bajo la supervisión de Arsacio “Kid” Venegas, con los rebeldes del Granma corriendo en el cerro del Tepeyac o remando en el lago de Chapultepec. También comenzaba a estar harto de las atosigantes indicaciones de Refugio que le impedían hacer lo que a él realmente le interesaba: concienciar a los trabajadores sobre su auténtica condición social de proletarios. A punto estaba de acabar con su farsa de aprendiz de obrero cuando fueron a avisarle a Refugio (la mañana del 26 de junio de 1958) de que los ferrocarrileros habían conseguido un paro total y habían paralizado el país.

—¡Refugio, es increíble, no te lo vas a creer! —le dijo Matías que, por la forma de hablar, delataba que pertenecía al sindicato—, fíjate, suspendieron sus actividades en una admirable demostración de disciplina sindical y compañerismo. Nosotros no podemos permanecer indiferentes. ¡Tenemos que pasar a la acción!

Refugio dio un fuerte puñetazo, con su mano derecha, en la palma de su mano izquierda. Le dio instrucciones, intentando que Diego no las escuchara, para que avisara a todos los miembros del comité de que tenían que reunirse esa misma noche en su casa. Después de esa escena, Diego comprendió que Refugio era un líder sindical.

—Yo también voy —sugirió Diego.

—¡Estás loco! No sabes de qué estábamos hablando —corrigió Refugio.

—Sí lo sé, y creo que se están dando las condiciones objetivas para sumarse a las reivindicaciones de los trabajadores mexicanos.

—Vuelve a lo que estabas haciendo…, si no…

—Si no, ¿qué? Me vas a acusar con el patrón. ¿Le vas a decir a mi hermano que pienso ir a una reunión del comité de huelga del sindicato en tu propia casa?

—¿Tu hermano? —preguntó asombrado Refugio—, ¿tú eres hermano del patrón?

—¿No te lo dijo? Solo te dijo que me cuidaras bien, ¿no? Pues ya ves, el cuidado incluye asistir a esa reunión.

—¿A qué estás jugando, Diego? —indagó Refugio con un tono desconocido.

—Yo, a hacer la revolución, ¿y tú? —aventuró Diego emulando con menos fuerza el puñetazo en la palma de la mano—. Mira, Refugio, lo mejor es que mantengamos en secreto mi identidad. Tú le dices al jefe que soy un obrero ejemplar y yo no le cuento nada de nuestros planes de huelga. ¿Qué te parece?

—“¿Nuestros planes de huelga?”, ¿de qué hablas?

—Lo sabes perfectamente. Anda, anótame tu dirección en este

papel.

La casa de Refugio, curiosamente, estaba cerca de la estación de trenes de Buenavista, en las cercanías del puente de Nonoalco. Los rieleros ese día habían dado una muestra de las verdaderas capacidades del movimiento obrero, sobre todo porque la policía desviaba los coches y no dejaba que la gente se acercara a la estación. Era verdad que el sindicato de los ferrocarrileros siempre había sido uno de los más organizados y combativos, y que incluso había despertado simpatías con los electricistas, los maestros, los estudiantes de la universidad y el politécnico, pero para Diego hacía falta que muchos más sectores se sumasen a esas movilizaciones. La casa de Refugio estaba en uno de los patios interiores de una vecindad de la calle Bugambilia esquina con Eucalipto. Cuando se presentó Diego, la sala estaba llena de trabajadores de Tuberimex que, al ver entrar al novato, hicieron un silencio sepulcral. Matías con aspavientos le pidió una explicación a Refugio.

—Tranquilos, yo le pedí que viniera —aclaró Refugio—, háganle un lugarcito.

—Buenas noches, con permiso… —dijo Diego a modo de saludo.

Mientras Refugio ahondaba en el diagnóstico de la huelga de los ferrocarrileros, a Diego le llamó mucho la atención la falta de ideas concretas que tenían esos representantes sindicales con respecto a las tareas que tenían por hacer. Constató que Refugio procuraba desmarcarse de los típicos líderes sindicales conocidos como “charros”, es decir, aquellos líderes que garantizaban la paz social al gobierno de turno y a los inversionistas extranjeros aplacando las reivindicaciones salariales de los trabajadores. Refugio no parecía un “charro al uso” y, aunque tampoco era muy profundo en sus argumentaciones, era una persona aparentemente honesta. Al final, lo que más le llamó la atención de esa reunión fue la presencia y desenvoltura de Ana María, la hija de Refugio, una veinteañera de tez morena, ojos negros y vestimentas autóctonas que iba y venía constantemente de la cocina ofreciendo café de olla con canela a los invitados. A partir de esa reunión, Diego se involucró mucho más en los trabajos del comité y acudía gustoso a la casa de Refugio para concentrar/perder la mirada en los muslos de su hija.

♠

Ana María había abandonado los estudios. Trabajaba en el salón de belleza “Rosina” de la colonia Condesa y aportaba un salario a la endeble economía familiar, situación por la cual era una mujer un tanto instintiva en lo tocante al conocimiento enciclopédico, sin embargo, ella era espontánea e imaginativa en lo tocante al sentido común.

—¿Y tú, moza? ¿Cuántos años tienes? —le preguntó, Demetrio,

el dueño del salón de belleza con un marcado acento peninsular que arrastraba la lengua al pronunciar las "zetas" y las "ces".

—Veintiuno —indicó Ana María con orgullo.

—¿Y qué se hace? —indagó Demetrio, a modo de examen de admisión—, ¿si se ven cortar las barbas del vecino?

—¡Ah, sí! ¡Poner las nuestras a remojar! —contestó tajante.

—Más bien habría que poner a remojar el mechón afelpado y preguntarnos si todavía estamos en condiciones de ligarnos a las mozas, o los mozos en tu caso, que comparten el asiento en el autobús. Porque, según peines a las clientes las van a tratar, y aunque las peines de rayita en medio, lo importante es cuidar con lujo de detalle, así como dijera el fígaro andaluz: "con pelos y señales", las fachadas de las apariencias o las apariencias de las fachadas que, para el caso, son las mismas cosas.

—¿Me va a dar el trabajo? —se aventuró Ana María—, no tengo mucha experiencia, pero puedo aprender muy rápido.

—Antes —apuntilló Demetrio—, tenemos que reconocer, "sin pelos en la lengua", que la gente debería ofrecer con mucha más frecuencia la melena al tijeretazo elegante que delinea con sabiduría el mejor atusado a la "Príncipe valiente", a la "Ejecutivo agresivo", a la "Playboy" o simplemente al emparejado hasta las orejas. Antes de ponerte a trabajar tienes que tener muy claro dos cosas. Uno: que la barba no hace al filósofo, ni al guerrillero, ni al símbolo sexual, pues la mayoría de las mujeres los prefieren lisitos, bien afeitados, con casquete corto y engomado. Y dos: que la melena tampoco hace a la musa, ni a la diva, ni a la modelo subliminal, pues a la mayoría de los hombres les gusta verlas cepilladas y laqueadas.

Para el dueño del salón de belleza era importante que las empleadas tuvieran bien impregnada su filosofía enciclopédica para poder improvisar con acierto a la hora de maniobrar con la tijera.

—En la antigüedad, que nunca se te olvide, el barbero también era cirujano, dentista y curandero, actualmente ya no responde a una denominación adecuada, pues los "presto-plásticos" que se usan y se tiran a las primeras de cambio han relegado a la deleitante rasurada de las versadas manos del barbero. Pero tampoco es exacto el nombre de peluqueros, pues, aunque Luis XIV impuso la moda de la peluca, es sabido que hoy en día ni las mujeres la usan.

—¿Y usted cómo sabe tanto? —interpeló Ana María para influir positivamente en su evaluador.

—Es mi oficio, señorita. Yo nací en un pueblo pequeñito de la provincia de León y mi familia, durante varias generaciones, han sido los peluqueros de toda la comarca. Pero no se crea, desde que llegué a este maravilloso país he investigado y me he enterado de

que en la Ciudad de México ha habido peluquerías famosas. Por el centro estaba "El harem", donde don Porfirio consultaba con su alfajeme preferido el tono político de su siguiente reelección. También estaba "El Imperio", donde el general Obregón aprendió a peinarse con la mano izquierda. La "Wall Street", "Los dos mundos", "La ópera", "La Finisterre" y los inolvidables Baños Victoria. Pero hay que hacerle honor a quien honor merece, pues la más famosa peluquería de México fue "El rizo de oro", que manejaba con orgullosa discreción don Regino Burrón, el de la familia.

Ana María comenzó a trabajar con ahínco y dedicación. Aprendió rápidamente de los consejos de sus compañeras y de la atenta mirada de Demetrio. Unas semanas más tarde, después del trabajo, estaba esperando a que pasara el camión que la llevaría a su casa, cuando de pronto unas intrépidas manos le taparon los ojos. Su reacción de desaprobación fue inmediata, pero cambió de actitud al constatar que se trataba de Diego.

—¡Hola, Diego! No sabía que eras tú.

—¡Hola! —le saludó dándole un beso en la mejilla—, ¿cómo te fue hoy?

—¡Uf! Tuve un día terrible. En cuanto queremos cerrar el salón de belleza aparecen tres o cuatro clientes. El caso es que nunca podemos cerrar a la hora. Estoy agotada.

—Mira, te he traído un regalo

—¿Y eso?

—Hoy es tu cumpleaños, ¿no?

—¿Y cómo te has enterado?

—Tengo mis fuentes de información —extrajo del bolsillo de su abrigo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y se lo mostró—. ¡Feliz cumpleaños, Ana! Quería que, en este día tan especial para ti, tuvieras, al menos, un pequeño obsequio mío.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

Ana María examinó la cajita moviéndola de un lado para otro y comprobando que apenas pesaba y sonaba. Cuando consiguió abrirla, rompiendo el envoltorio se dio cuenta de que el regalo consistía en un papel doblado. Lo abrió y a pesar de ver unas líneas escritas a mano no atinó a descifrar el obsequio.

—¡Qué bonito!, pero sigo sin saber lo que es.

—Es un soneto —respondió orgulloso Diego.

—¿Un qué?

—Un so-ne-to. Es como un poema, pero tiene una forma particular de hacer los versos, mira…

En eso vio que el camión se acercaba y Ana María no supo qué

hacer. Sabía que si esperaba al siguiente podría estar un buen rato platicando con Diego, pero llegaría muy tarde a su casa.

—¿No te gustaría ir a Nonoalco?

—¿Adónde?

—A No-no-al-co. A un maravilloso lugar de agua muda.

—¿Y a qué vamos a ese enigmático lugar?

—A cenar en mi casa, a mis papás no creo que les moleste.

—Bueno… —dudó Diego—, a falta de un mejor plan, me parece perfecto.

Se subieron al camión, que venía repleto de gente, se abrieron paso entre el tumulto hacinado, pero quedaron atrapados en la mitad del pasillo entre hombros, caderas, cabellos sueltos y alientos con olor a ajos blancos de los apretujados pasajeros.

—Te decía —continuó Diego con su explicación—, el soneto tiene una estructura particular porque dos de los versos tienen que rimar.

Ana María no se enteraba muy bien, pero se sentía feliz, con el corazón acelerado. A Diego no le importó leer en voz alta y ante un inesperado público:

Quiero decir que hay algo más afuera
Más allá de tu beso y mi garganta
Más allá del sueño y la quimera
Una voz que ya cerca se agiganta

Una historia que revienta en la frontera
Que rebasa nuestros besos y amamanta
Este amor que, de ser de dos, no fuera
Puño en alto que al imperio espanta

La razón de este amor: el universo
Su futuro un fusil en la esperanza
No en la fiebre de una cama inmerso

Ni perdido, ni letargo en la holganza
Sí, una mano que empuñando el verso
Sea reflejo de equidad en la balanza

Cuando terminó Diego de declamar, el improvisado público soltó un sentido y sonoro aplauso que le hicieron saltar las lágrimas a Ana María. Su reacción inmediata fue darle un abrazo total. Además de los aplausos también se escucharon frases como: “¡Eso es amor y no chingaderas!”. “¡A ver si tú aprendes algo así, inútil!”. “¡Vivan los novios!”. “¡Que se besen, que se besen!”. Ana María, gustosa, le regaló un primer beso que incrementó la algarabía del

pasaje, que al momento comenzó a cantar aquello de: “Bésame mucho como si fuera esta noche la última vez”.

(7)

Carmen solo conocía la versión oficial de los episodios más oscuros de los Barberena. Esa tarde, mientras seguía contando los entresijos de la saga familiar a Betty y Federico, no hizo un gran esfuerzo de memoria. Su versión se detuvo en comentar que la biblioteca de la residencia de las Lomas era el centro neurálgico desde donde se tomaban las decisiones más importantes. Era un lugar sagrado, casi secreto, muy poca gente entraba, muy pocos tenían autorización para ver de cerca sus sillones forrados de piel, su escritorio de caoba, su pecera con peces de colores. La biblioteca estaba situada en el sótano, apenas tenía libros normales, más bien las estanterías lucían enciclopedias y diccionarios con forros rojos y negros. Era una estancia sin ventanas, sin luz natural, pero las luces indirectas creaban atmósferas muy agradables para pasar el rato. A Mario y a su padre les gustaba reunirse ahí a diario para conversar, para tratar de negocios y de asuntos familiares.

—Según se mire —divagó Mario padre—, mis ochenta y ocho años pueden interpretarse como una eternidad: toda una vida o tan solo un instante, durante siglos la esperanza de vida no llegaba ni a la mitad de mis años, sin embargo, para una tortuga podría significar el tiempo que se alarga entre su nacimiento y la mitad de su vida o, incluso, once veces el número ocho apenas sería un momento insignificante para la historia geológica del planeta Tierra. ¿Tú cuántos años piensas vivir Mario?

—¡Papá! ¡Qué cosas dices! Deja de pensar en eso, que estás más fuerte que un toro. Tenemos que hablar de algo muy importante.

—¿Otra fusión? ¿Otro contrato con el Regente de la Ciudad de México?

—Nada de eso. A pesar de ser hoy uno de enero, día de fiesta, inauguramos el año 59 con acontecimientos muy relevantes. Me acaban de llamar por teléfono avisándome de que el de las barbas ha ganado la partida en Cuba porque el imbécil de Batista ha salido corriendo de la isla. ¿Cómo pudo pasar algo así? No me gusta nada, esto seguramente va a desatar un panorama que puede contagiarse.

—¿Contagiarse? ¿Aquí? ¿En México? No lo creo.

—No estés tan seguro, en esta casa ya ha comenzado la epidemia.

—¿A qué te refieres?

—¡Papá, me refiero a Diego! —dijo dando un puñetazo en el

escritorio de caoba—, ¿no te das cuenta de que ya ha llegado al límite? ¿Cómo vamos a permitir que se case con la hija del líder del sindicato?

—¿Está enamorado, ¿no? —especuló con ironía el patriarca.

—Sí, pero eso da igual. Debería casarse con una muchacha de su clase, va a dejar a toda la familia en ridículo.

—El que por su gusto muere —zanjó—, hasta la muerte le sabe. Diego es feliz, ¿no?, prefiere irse con una muchachita proletaria, y bueno, qué se le va a hacer.

—Pero seguramente vendrá a pedirnos dinero para que le ayudemos a comprar un departamento, un coche, la vajilla y el refrigerador. ¡Ni madres!, si él nunca fue capaz de alcanzar un auténtico éxito social no me parece justo que lo tengamos que ayudar. Vamos a dejar que él solito se dé cuenta de sus propios errores.

—¿De qué tienes miedo, hijo? Diego es un rebelde, sí, pero en el fondo es muy manso. Está trabajando bien en la fábrica, está demostrando que puede ir por el buen camino, pero, yo creo que a ti más te molesta que él pueda tener herederos antes que tú.

—Papá, no me des la lata otra vez con ese tema, sabes que Carmen y yo estamos en manos de los médicos y que ese asunto está en vías de resolución.

—Tranquilo. Mira, aunque Diego se case con una activista de la clase obrera, tu hermanito no vale para nada. Al toro manso se le castiga más, ¿entiendes? Y al toro bravo, como yo…, ¡se le echan las vacas!

No hubo réplica. Solo una sonora carcajada que fue interrumpida por el mayordomo. Pocas veces se entrometían en una reunión de los Barberena en la biblioteca, pero en esta ocasión, la urgencia del caso lo ameritaba.

—Don Mario, perdone la intromisión, pero parece que es importante…

—¿De qué se trata? —interrogó Mario padre.

Mientras tanto, en la cocina de la mansión, Diego y Ana María se abrazaban con las dos criadas por el año nuevo. También se alegraron mucho cuando se enteraron de que Ana María estaba embarazada, pues ya se le notaba una considerable barriguita. Diego cogió una manzana y después de lanzarla varias veces al aire se la comió de tres mordidas.

—Diego, ¿estás seguro de lo que vas a hacer? Mejor no lo hagas.

—Tesoro, no hay otra salida. Tengo que hablar con él. Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Tu padre no te va a prestar dinero.

—Ya verás cómo se ablanda cuando se entere de que va a ser

abuelo. También soy su hijo, ¿no?

—Sí, pero no el que él hubiera querido.

—Y eso qué importa.

Diego se dirigió con pasos acelerados a la biblioteca seguido de Ana María. El mayordomo salió rápidamente y cerró la puerta de la biblioteca.

—Don Mario no puede recibirlo en este momento, lo siento, joven Diego. ¿Por qué no vuelve otro día? —le dijo sin mucho éxito porque Diego comenzó a golpear la puerta.

—¡Abran de una vez! —gritó Diego—, ¡sé que están ahí reunidos!

En el interior de la biblioteca, Mario fue a sacar un revólver de un cajón del escritorio de caoba y se lo colocó en la cintura.

—¡Mario!, ¿qué estás haciendo? ¡Guarda eso!

—Tú calladito, papá, y no te muevas —aconsejó y luego fue a abrir la puerta—. ¡Hablando del rey de Roma! Ya apareció el enamorado. ¡Uy!, y con su doncella. Pero no recuerdo que los hayamos invitado a comer, ¿o sí?

—Déjame pasar, tengo que hablar con mi papá.

—Para qué lo quieres.

—Tengo que hablar con él. No es asunto tuyo.

—No puedes hablar con él, no se encuentra bien en estos momentos.

—Con mayor razón. ¿Quién eres tú para impedírmelo?

—Tu hermano mayor. El responsable, el único de la familia que se preocupa por sacar adelante la casa y el negocio.

—Di lo que quieras, pero quiero hablar con mi papá —dijo Diego intentando entrar, pero Mario se interpuso cuerpo a cuerpo.

—¿Para qué lo quieres?

—Vengo a pedir parte de lo que me pertenece.

—¿Y qué parte te pertenece, exactamente?

—Pues eso, una parte de la fortuna de la familia Barberena. Así de sencillo.

—¡Vaya!, además de holgazán quieres apropiarte de los ahorros de los que sí trabajamos.

—Mira, Mario, una cosa es que tú seas el actual Director General de la fábrica, pero no eres el dueño de todas las riquezas y propiedades.

—Déjalo, Diego —suplicó Ana María—, mejor vámonos así, sin nada.

—¡Papá! —gritó Diego desde el umbral de la puerta—, ¡por fin vas a ser abuelo!

Cuando Mario escuchó que su hermanito rebelde, vago y desvergonzado tendría descendencia antes que él, no lo pudo

soportar. Se puso colorado de celos, le salió vaporcito por las orejas y se abalanzó sobre Diego para darle una paliza que emularía cualquier pelea de patio de colegio. El mayordomo y Ana María intentaron separarlos sin éxito. A partir de este momento la versión oficial de lo sucedido estaba basada en la declaración que el mayordomo, como testigo presencial, le dio a la policía. En dicha declaración se decía que Mario participó en la contienda tan solo para defender la salud de su padre, que en ese momento atravesaba por una situación delicada. El testimonio subrayó varias veces la superioridad física del hermano menor quien tuvo la ventajosa oportunidad de darle un golpe muy fuerte a Mario que lo dejó noqueado momentáneamente en el suelo, situación que dejó al descubierto un revólver que llevaba sujeto en el cinturón. En tales circunstancias, y siguiendo al pie de la letra la versión oficial, Ana María se atrevió a quitarle rápidamente la pistola para apuntar a Mario con los brazos estirados, las manos temblorosas y los dedos indecisos. El mayordomo contó que su patrón recobró la conciencia y, al darse cuenta de que le apuntaban, le pidió a la señora que no hiciera una locura. También relató que el hermano menor le gritó que le aventara la pistola, pero ella, producto del nerviosismo y la inexperiencia al intentar lanzar la pistola con los brazos estirados, las manos temblorosas y los dedos indecisos lo único que consiguió fue disparar el revolver para que una bala atravesara el abdomen de Diego agujereándole el hígado.

A los cuatro días, después de la muerte de Diego, se celebró su funeral en el panteón Jardín situado en el Camino al Desierto de los Leones. La ceremonia luctuosa la presidía Mario envuelto en una gabardina negra y gafas oscuras. A su vera, también enfundada con vestimentas de luto, estaba Carmen discutiendo con él en voz baja.

—¡Mario! ¿Dime qué vas a hacer cuando nazca?

—No podemos adoptar a esa criatura.

—Es de tu propia familia.

—Lo mejor será que la enviemos a un orfanato o que se vaya a vivir con sus otros abuelos.

—No tiene la culpa de la rebeldía de sus padres.

—Yo no recibo familiares manchados en casa.

—¡Mario! —insistió Carmen mientras depositaban en un agujero el féretro de Diego—, ya nos ocuparemos de criar a esa criatura como debe ser. Deberíamos pensar seriamente en la adopción, no sea que nosotros ya no podamos…

—No digas eso, mujer —corrigió Mario—, no mezcles las cosas, que nada tiene que ver un tema con el otro. Vamos a esperar.

—No te vas a arrepentir, te lo aseguro.

A Ana María la culparon de homicidio y la mandaron a la cárcel

con la pena más grave estipulada en el código penal. Refugio, una vez que a su hija la pusieron bajo rejas fue a visitarla todos los días que pudo. Solía ir al Palacio de Lecumberri, acompañado de su esposa, Esperanza, a pedir una justicia inexistente para la gente pobre. En una de esas visitas Esperanza le llevó a Ana María una carta que Diego le había escrito unas semanas antes de su muerte. En ella le contaba sus planes de futuro y terminaba con una contundente frase: "…pongo a todos los compañeros del sindicato como testigos de que solo a ti, peluquera de la Condesa, te querré hasta el final de mis días".

Ana María soportó con entereza la estrechez de la celda y su embarazo pensando todos los días en esas palabras póstumas de Diego. A los siete meses de haber llegado a la prisión parió a Ana en condiciones higiénicas lamentables. Dos meses más tarde murió de una infección complicada que nadie supo ni quiso atender.

La tragedia de Refugio y Esperanza no solo soportó la muerte de su hija Ana María, sino que, además, nunca pudieron cuidar a su nieta. Primero les dijeron que la niña estaba bajo asistencia sanitaria en un orfanato, pero al poco tiempo los visitó en su casa un emisario de la fábrica con un sobre cargado de billetes. Los amenazó para que no intentaran acercarse nunca a su nieta, pues la niña, que en recuerdo a su madre se llamaría "Ana", se criaría en el seno de la familia Barberena.

(8)

En la comisaría de policía de la Delegación Cuauhtémoc, Lucía charlaba con Ana en una salita apartada, a la espera de que Reyes, el secretario de Mario, terminara de gestionar su liberación repartiendo billetes de diez mil pesos a diestro y siniestro.

—Ana, estoy horrorizada —interpeló Lucía—, no puedo creerme que tú hayas nacido en la cárcel… eso es muy duro, muy crudo… ¿cómo conseguiste saber la verdad?

—¡De casualidad! —tranquilizó a su prima—, una noche me levanté a beber agua, y en el trayecto a la cocina oí una discusión entre tus papás. Me quedé tras la puerta un buen rato y sin darse cuenta dijeron cosas que me causaron mucha tristeza y rabia al mismo tiempo. Recuerda que tus papás nunca nos contaron nada de Refugio Martínez, siempre tuvieron mucho cuidado en no pronunciar ese nombre, incluso no lo mencionaban ni cuando discutían o se reprochaban por cualquier cosa.

—¿Y tú cómo llegaste a conocer a tu abuelo biológico?

—Pues de no haber sido por una tarea de expresión lingüística que me pidieron en la facultad no lo habría conocido, si no hubiese ido a la fábrica a entrevistarme con algunos obreros nunca lo habría visto.

—Hay una cosa que no me cuadra: ¿por qué mi papá decidió alejarte de Refugio y, sin embargo, no lo despidió, sino que, por el contrario, durante todo este tiempo lo ha mantenido trabajando en la fábrica? No tiene mucho sentido, ¿no?

—Bueno, hasta ahora mi verdadera historia era un secreto familiar, pero no solo la descubrí, sino que, además, descubrí que en realidad era falsa.

Lucia hizo otro gesto de desconsuelo, era como si los desmentidos se hubiesen apropiado de la identidad de Ana; se sentía como si cayera por un precipicio interminable en el que se prolongaba absurdamente la agonía, a sabiendas de que el golpe final llegaría en cualquier momento.

Ana, por su parte, antes de contar su particular versión, no oficial, sobre los antecedentes de la familia Barberena, se levantó de su asiento con parsimonia y se aseguró de que nadie más pudiera escuchar sus palabras. Su relato se trasladó a la tarde del 31 de diciembre de 1958. En aquél entonces Diego y Ana María llegaron temprano a la casa de la calle Bugambilia, esquina con Eucalipto,

cerca de la estación de trenes de Buenavista y del puente de Nonoalco, para preparar la cena de año nuevo. En esa reunión dieron a conocer el embarazo de Ana María, noticia que motivó la apertura inmediata de una botella de sidra y un sonado brindis de felicidad compartida. Mientras Esperanza y Ana María se metían en la cocina a preparar la cena, los hombres no pudieron evitar conversar de asuntos laborales.

—¡No, Refugio! —advirtió Diego—, yo no creo que eso sea lo más adecuado.

—¡No podemos hacer otra cosa!

—¡Claro que podemos hacer otras cosas! ¿Te imaginas lo que significaría para la base decirles que no conseguimos ni el tres por ciento de subida salarial?

—Pero ese es el tope, y no creo que tu padre… ¡perdón!, la empresa, quiera darnos el aumento por encima de lo establecido.

—Nos van a dar lo que pedimos, Refugio, porque los tenemos bien agarrados por los “tompeates”.

—A mí me preocupa mucho esta situación, Diego. Yo sé que tú me has ayudado mucho, pero siento que no tenemos fuerza para ir a la huelga… Y luego…, pues, tú eres hijo del patrón y no es fácil…

—¡Basta, Refugio! El hecho de ser el hijo del industrial Barberena no implica pertenecer a su bando. Desde hace tiempo yo ya no pertenezco a esa familia.

—De cualquier manera, tu situación es muy comprometedora, porque si las cosas se ponen feas no vas a saber decidir de qué lado te vas. La familia es la familia, Diego, y don Mario ante todo es una buena persona, trabajadora y respetable.

—El ingeniero Barberena no es como aparenta ser.

—Eres muy joven para saberlo, pero yo fui de los primeros obreros que contrató tu padre cuando se inició la fábrica. Y él era más trabajador que cualquiera de nosotros. Me consta Diego, y por eso me extraña que te comportes así.

—Olvidemos la parte sentimental del asunto y revisemos las ventajas de la situación. Mira, si nosotros exigiéramos el cinco por ciento de aumento, seguramente nos iríamos a la huelga.

—¿Y qué ganamos con eso?

—Presionaríamos para que se revise el convenio colectivo, además, haríamos un frente común con los mineros, los ferrocarrileros, los electricistas, los telegrafistas, los telefonistas y los maestros. ¿No lo entiendes, Refugio? La revolución de los trabajadores está a punto de estallar aquí en México y en Cuba con los barbudos de Fidel. Mira, López Mateos acaba de sentarse en la silla, como quien dice, y aún no tiene la fuerza para contener el movimiento si es fuerte. Tenemos que aprovechar el momento.

—No estoy muy seguro, de verdad que no lo veo nada claro.

—Que sí Refugio, no me salgas tan rezongón. Mira, lo que tenemos que hacer de manera inmediata es lo siguiente…

♠

Ana, en su relato sobre los antecedentes de la familia, trasladó el foco de atención a otra conversación que tuvo lugar de manera simultánea en el sótano de la residencia de las Lomas, más en concreto, en la biblioteca donde el patriarca de la familia Barberena y Mario también charlaban de manera distendida.

—¿Tú cuántos años piensas vivir Mario? —preguntó el patriarca.

—¡Papá! ¡Qué cosas dices! Deja de pensar en eso, que estás más fuerte que un toro. Tenemos que hablar de algo muy importante.

—¿Otra fusión? ¿Otro contrato con el Regente de la Ciudad de México?

—Nada de eso. A pesar de que mañana uno de enero es día de fiesta, vamos a inaugurar el año 59 con acontecimientos relevantes, pues me acaban de avisar de que el de las barbas tiene la partida muy avanzada en Cuba y se cree que Batista puede salir corriendo de la isla. ¿Cómo pudo pasar algo así? No me gusta nada, esto seguramente va a desatar un panorama que puede contagiarse.

—¿Contagiarse? ¿Aquí? ¿En México? No lo creo.

—No estés tan seguro, en esta casa ya ha comenzado la epidemia.

—¿A qué te refieres?

—¡Papá, me refiero a Diego! —dijo dando un puñetazo en el escritorio de caoba—, ¿no te das cuenta de que ya ha llegado al límite?

—Yo no sé cómo Diego ha podido ser mi hijo. Desde que le permitimos trabajar en la fábrica, en lugar de preocuparse por la superación personal y profesional se ha hundido más en ese ambiente de fango y revoluciones guajiras.

—Peor que eso. Diego nos ha traicionado.

—¿Qué dices?

—Reyes me dijo ayer que el sindicato se está movilizando para ir a la huelga en breve, pero lo grave no es eso, sino que a Refugio lo está asesorando Diego.

—¡Era de esperar! ¿No? —se le escapó una carcajada irónica—. Pero, ¡qué muchacho más loco! No te preocupes, hijo, Refugio como buen charro sabe saltar la reata mejor que nadie, además sabe más de estos asuntos que Diego. Que no, que no, no corremos ningún peligro, Diego no puede hacernos daño.

—A mí, de todos modos, me preocupa que Diego esté metido con el sindicato. Me da igual que no pueda hacernos daño, aunque

nadie en la fábrica conozca su verdadera identidad, que no, que no está bien que mi hermano pequeño esté metido de mitotero y se ponga en nuestra contra.

—Yo siempre me he entendido con Refugio. No hablemos más de este tema.

—Perdona que insista. A mí me preocupa mucho que Diego "meta la pata" justo en este momento en el que se ha creado un fideicomiso para concluir las obras del Centro Médico 20 de Noviembre. Nos jugamos mucho al renovar ese contrato, y no podemos sentarnos a negociar con una huelga en la fábrica liderada por tu propio hijo.

—Entiendo que Diego sea un aprendiz de revolucionario, pero no creo que tenga la cabeza tan retorcida como tú dices. ¿Cómo podría demostrar que tenemos un trato preferente? Los contratos que firmamos se guardan en cajas fuertes y no se envían a las redacciones de los periódicos.

—De acuerdo, pero Diego ha conseguido una copia de ese documento oficial en donde se especifica el "trato preferente" que nos procura el Departamento del Distrito Federal, el Banco Hipotecario y la Dirección General de Pensiones.

—Me estás diciendo que Diego tiene en su poder…

—Lo que oyes.

—¿Y cómo lo ha conseguido ese hijo de…?

—Reyes me contó que nuestros soplones del sindicato le informaron de que Diego primero se acostó con mi secretaria y luego la sobornó para que le facilitara una copia del contrato.

—¡Mario! ¿Qué estás diciendo?

—De Diego ya me lo creo todo. Y de mi secretaria, también, ¡la muy puta! —desafió Mario ajustándose el pantalón—. Padre, Diego es capaz de presionarnos a dar el aumento salarial por encima del tope establecido o hacer público el contrato. Y lo segundo, no cabe duda, nos perjudicaría mucho más.

—¡Es increíble! ¿Tú crees que Diego sería capaz de enfrentarse a nosotros? ¿A su propia familia?

♠

—Pues sí, sí sería capaz de enfrentarme a mi padre —respondió Diego a la misma pregunta hecha por Refugio—, sería tan capaz que lo presionaría hasta conseguir el aumento.

—¿Trato favorable? —interpeló Refugio con decepción—, ¿cómo es posible que don Mario hiciera algo semejante?

—Pues, ya ves. ¡Ay, Refugio! ¿Cómo te explicas que empezando juntos en el negocio, él por el solo hecho de ser el dueño tiene esa gran fortuna y tú todavía vives en esta modesta casa? Mira, te traje precisamente la copia de unos documentos para demostrarte las

"tranzas favorables" que organiza mi padre con los del gobierno.

Diego sacó del bolsillo interior de su chaqueta unos papeles doblados y se los mostró enfáticamente. Refugio cogió los papeles y se levantó a buscar sus gafas. Después los leyó con distancia, queriendo creer que fueran falsos.

—No, no es posible —exclamó Refugio—, y yo que pensaba que don Mario era muy honrado.

—Tan honrado que se ha hecho rico con negocios bajo el agua.

Refugio se concentró en la lectura de los papeles moviendo la cabeza, haciendo desaprobaciones e intentando asimilar lo que estaba ocurriendo. En eso sonó el teléfono de casa. Refugio interrumpió la lectura para atender la llamada, pero Ana María se le adelantó a coger el auricular.

—¿Bueno? ¿Dígame? (…) ¡Hola, Matías! (…) Sí, sí, está aquí. ¿Quieres hablar con él? (…) ¿Qué dices? (…) ¿Estás seguro? (…) De acuerdo, ya se lo digo yo. Adiós. Un beso —colgó el auricular y dio un brinco de alegría.

—¿Qué te pasa, cariño? —apuntó Diego—, ¿qué te dijo Matías?

—¡Papá! ¡Diego! La gente está con la huelga.

—¿Con la huelga? —se extrañó Refugio—, ¿de qué hablas?

—Todas las secciones representadas en la reunión de esta tarde votaron a favor de la huelga —precisó Ana María—. Van a convocar a una asamblea la próxima semana donde seguramente habrá mayoría, ¿no es increíble?

—¿Secciones? ¿De qué reunión estás hablando? Yo no he convocado a ninguna reunión del comité, y menos la tarde del 31 de diciembre.

—La convocó Matías —intervino Diego—, porque sabíamos que tú no habrías querido hacerlo.

—Matías no tiene competencias para hacer algo así.

—Bueno, no tendrá "competencias", pero nadie duda de que tiene unos huevotes bien grandes. Anímate, Refugio. Date cuenta de que tenemos fuerza. No sé, parece que no te alegran las noticias.

—Sí, sí, contento estoy —exclamó Refugio volviéndose a sentar en un sillón—, lo que pasa es que sería la primera huelga en la fábrica de tu padre desde que soy el líder del sindicato.

—Y también sería la primera vez que estarías del lado de los trabajadores.

—No sé, no sé —dijo Refugio con voz tenue—, no sé muy bien lo que está pasando y me da miedo lo que vaya a pasar.

Mientras Diego llenaba de nuevo los vasos de sidra, Ana María se abalanzó a abrazar a su padre para atosigarlo con sonoros besos.

(9)

—Además —puntualizó Mario—, ¿cómo vamos a permitir que se case con la hija del líder del sindicato?

—Eso ya es lo que menos me importa —aseveró don Mario—, lo malo es que ese muchacho “pendenciero” nos tiene bien agarrados por el cuello.

—Seguramente contempla el arma de la denuncia una vez que la asamblea decida irse a la huelga. Y visto lo visto, yo no sé quién de los dos tiene la cabeza más retorcida, porque él nos saca a fuerzas el aumento salarial o saca a la luz el contrato para finalizar las obras del Centro Médico.

—O sea, que ese muchacho ya lo tenía todo planeado desde el principio.

—Pero yo me voy a adelantar a sus planes —dijo Mario al tiempo que sacó un revólver y un silenciador de un cajón del escritorio de caoba y se lo colocó en la cintura.

—¡Mario!, ¿qué estás haciendo? ¡Guarda eso!

—Tú calladito y no te muevas —aconsejó y salió por la puerta.

♠

Esperanza preparó unos romeritos con papas y un guajolote navideño a la mexicana, con jitomate, chile pasilla y sidra pomar, y de postre unas guayabas en almíbar. La cena, aunque complaciente, tuvo sus momentos de tenso silencio. Refugio aguantó hasta el café para seguir hablando de negocios:

—No sé, Diego, tú y Matías me han puenteado saltándose las reglas. Esto no le va a gustar a tu papá y menos a tu hermano.

—Eso ya es lo que menos me importa —aseveró Diego—, si no se trata de que les guste o no. Lo que hacemos es justicia, ¿no lo entiendes?: “Jus-ti-cia”.

Refugio se concentró en el alcance de haber convocado una reunión sin su consentimiento, seguía moviendo la cabeza, haciendo desaprobaciones e intentando asimilar lo que estaba ocurriendo. En eso sonó el timbre de la casa. Refugio se levantó del sillón y fue a asomarse por la ventana para averiguar quién era, pero Ana María, también en esta ocasión, se le adelantó a abrir la puerta.

—¡Hija! ¡No abras! —gritó Refugio desde la ventana—, es el patrón en persona. Lo mejor será que ustedes dos se escondan, y rápido.

Ana María, sin pensarlo, agarró a Diego de la mano y se lo llevó a una habitación. Cuando Refugio abrió la puerta vio que Mario se metía en casa sin ser invitado, y que se colaba con un forzado "buenas tardes, con permiso", a modo de saludo.

—¡Patrón! —exclamó Refugio detrás del intruso—, pase y siéntese, por favor. Estamos terminando de cenar.

—Gracias Refugio —se sentó con parsimonia doblando la pierna izquierda—. ¡Qué amable eres! Dime una cosa, Refugio, ¿interrumpo algo?

—Usted no interrumpe nada, patrón, esta es su casa y siempre será bienvenido. ¡Esperanza! ¡Ponle un lugar a don Mario en la mesa!

—Creo que no has oído bien, Refugio, te pregunté si interrumpía la cena de fin de año o una reunión del sindicato.

—No sé de qué me está hablando, patrón, si estoy solo cenando con mi mujer.

—¡Eso está bien, Refugio! La familia es lo más importante. En una noche como esta tenemos que ser leales a las tradiciones que venimos haciendo desde hace mucho tiempo, porque, tú, Refugio, ¿imagino que te gusta ser muy leal a esas tradiciones, verdad?

—Por supuesto, patrón, estoy totalmente de acuerdo con usted. ¿Quiere una tacita de ponche? Mi mujer lo prepara exquisito.

—¡Ándale! Se me antoja mucho tomarme un ponchecito bien calientito para combatir el frío que se ha levantado —Refugio salió disparado a la cocina, mientras que Mario seguía hablando desde donde estaba sentado—, ¿y quiénes más estaban cenando contigo, Refugio? Veo cuatro lugares en la mesa.

—Nadie, mi mujer y yo cenamos solos —respondió Refugio con una taza de ponche en la mano.

—¡Qué raro! ¿No ha venido tu hija a la cena de fin de año? ¿Cómo se llama tu hija? —tronó los dedos varias veces—, ¡espera, no me lo digas!

—¡Ana María!

—¡Eso! ¡Qué nombre más bonito! Es una pena que no haya venido a cenar, me habría gustado mucho conocerla, sobre todo desde que me enteré de que es la novia de mi hermano Diego. Mira cómo es el destino de caprichoso, Refugio. Después de tantos años vamos a terminar siendo de la familia —aclaró, sorbiendo el ponche —. ¡Uf, qué maravilla! ¡El ponche está exquisito! Ahora, si tuvieras un poquito de ron la cosa mejoraría notablemente.

—De inmediato, patrón —Refugio hurgó entre varias botellas y le mostró una de ron Bacardí, Mario asintió con la cabeza.

—Dime otra cosa, Refugio —le acercó la taza para que le echara un buen chorro de ron—, me ha llegado una información muy

extraña que me gustaría aclarar contigo. ¿Por qué convocaste esta tarde a una reunión del comité de huelga? ¿No habíamos quedado en otra cosa?

—¿Cómo dice? —Refugio miró para otra parte y derramó el ron en la manga de Mario—, disculpe, patrón, no sé lo que estoy haciendo.

—Eso es lo que yo creo —repuso Mario, dejando la taza en la mesa y limpiándose la manga con un pañuelo—, Refugio, ya no sabes muy bien lo que estás haciendo.

—Perdóneme, patrón, es que me he puesto muy nervioso.

—Más nervioso te vas a poner cuando, de verdad, me enfade contigo.

—Disculpe, patrón —suplicó con el amago de ponerse de rodillas—, pero créame que yo no convoqué esa reunión, fue Matías.

—¿Matías? ¿Y desde cuando ese muchacho baboso tiene la autoridad para convocar una reunión del sindicato? —Mario se levantó de su asiento y encaró a Refugio—, ¿y quién autorizó entonces a Matías para que convocara esa reunión?

—Fui yo —dijo Diego, saliendo de su escondite.

—¡Uy! Ya apareció el enamorado, y con su doncella. Pero no recuerdo que Refugio me dijera que estaban invitados a cenar, ¿o acaso me has mentido Refugio?

—¡Junior! ¿Cómo te enteraste de que estábamos aquí reunidos?

—Ya ves, tengo mis espías.

—¿Y qué quieres?

—Te traigo una oferta

—¿De qué hablas, exactamente? —Mario sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre con muchos billetes y los puso encima de la mesa—. ¿A poco crees que puedes sobornarme? No seas idiota, si fuera por dinero ya hubiera ido a la mansión de las Lomas a recoger mi parte de la herencia familiar.

—Bueno, si no quieres este dinero, entonces se lo doy a Refugio —Mario cogió el sobre de la mesa y lo metió en un bolsillo del pantalón de Refugio, dejando caer al suelo algunos billetes.

—Pero patrón… no haga eso.

—Tú decides Refugio. Una huelga estúpida o ese fajo de billetes en tu bolsillo.

—Por mucho dinero que tengan no nos van a comprar —saltó Ana María, sin pensarlo mucho—, porque la mayoría votará a favor de la huelga en la próxima asamblea.

—¿Asamblea? —subrayó Mario, sorbiendo otro poco de su ponche—, ¿cuál asamblea?, pero si siempre nos hemos entendido con el sindicato sin llegar a esos extremos, ¿verdad Refugio?

—Por supuesto, patrón, siempre nos hemos entendido muy bien.

—¡Papá!, por favor. Esto es humillante. No te puedes vender así, sin más.

—¡Esto ya es el colmo! —exclamó Diego mostrando en alto los contratos que antes había dado a leer a Refugio—. De cualquier forma voy hacer una denuncia pública, tus informantes te habrán avisado de que tu secretaria me facilitó una copia de los contratos en los que el Departamento del Distrito Federal, el Banco Hipotecario y la Dirección General de Pensiones dan un trato preferente a Tuberimex para terminar las obras del Centro Médico.

—Es correcto —interpeló Mario—, me informaron a tiempo y con lujo de detalles, porque no solo me dijeron que te habías agenciado ilícitamente de una información confidencial, sino que la habías conseguido abusando sexualmente de mi secretaria.

—Pues, tus informantes son unos mentirosos.

—¿Mentirosos? ¡No! ¿Exagerados? ¡Tal vez! Pero eso ya no importa, porque de todas formas mi secretaria lo confesó antes de que la despidiera.

—¡Diego! ¿Es verdad lo que está diciendo tu hermano?

—No le hagas caso, cariño, tiene la lengua más viperina de toda la familia.

—Aquí están los documentos, patrón —aprovechó Refugio la confusión creada para arrebatarle los papeles a Diego—, yo nunca he aceptado las ideas de Diego. Tenga, y olvidemos el asunto.

—¡Refugio! —recriminó Diego—, ¿pero ¿qué has hecho? ¿Es que tú siempre has vendido al sindicato? Mario, dame esos papeles.

—Ni modo, hermanito. Te traicionaron

—Dame esos papeles Mario, o te los voy a quitar a la fuerza.

—Atrévete si puedes.

Diego se le echó encima en busca de los papeles y Mario, por su parte, se defendió intentando darle una paliza que podría emular cualquier pelea de patio de colegio. Refugio y Ana María intentaron separarlos sin éxito. Diego, aprovechando su condición de hermano más joven, más fuerte y más alto, pudo darle un buen golpe en la mandíbula que dejó a Mario en el suelo, medio noqueado. Diego aprovechó dicha circunstancia para arrebatarle los documentos e intentar salir corriendo de la casa de Refugio, sin embargo, Mario sacó una pistola y desde el suelo le disparó por la espalda. Diego cayó malherido, con el hígado agujerado, desangrándose rápidamente. Mario le quitó los documentos. Antes de irse le dijo tajante a Refugio: “Yo no he estado aquí esta noche. ¿Me has oído?”. Después llamó a Reyes, le entregó la pistola con el silenciador y le dijo que obrara según lo previsto. Mario salió corriendo mientras Reyes se echaba a los hombros el cuerpo

maltrecho de Diego.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó Ana María, que intentaba reanimarlo.

—¡Al hospital! —respondió Reyes—, está muy grave.

—¡No! ¡Hay que llamar a una ambulancia!

—No hay tiempo que perder —insistió Reyes—. Será mejor que usted me acompañe y que sus padres se queden aquí. Pero que no hablen con nadie, ni con los vecinos. Aquí no ha pasado nada, ¿de acuerdo?

Metieron a Diego en la parte de atrás del coche de Reyes. Ana María le sujetaba la cabeza e intentaba reanimarlo sin éxito. Al cabo de unos minutos Reyes entraba en la mansión de las Lomas de Chapultepec.

—Esto no es el hospital —reclamó Ana María—, ¿por qué nos trae aquí?

—Comprenderá que el señor Barberena no puede exponerse tanto en una situación como esta —apuntó Reyes, con su hábil manera de expresar subterfugios—. Pero no se preocupe, un excelente médico de la familia está en camino para atenderlo personalmente.

Reyes tuvo cuidado de que nadie de la familia viera a Diego entrar en la zona del servicio. Ahí lo recostaron y esperaron a que llegara el médico que le suministró toda clase de sedantes y antinflamatorios. No lo dejaron solo hasta que el médico pudo certificar el fallecimiento pasada la media noche. Esperaron al mediodía del día siguiente, uno de enero, para llamar a la policía y para entonces el mayordomo ya estaba aleccionado para dar la versión oficial de los hechos: “La señora Ana María apuntó al señor Mario con la pistola… Ella, al intentar lanzar la pistola con los brazos estirados, las manos temblorosas y los dedos indecisos lo único que consiguió fue disparar el revolver para que una bala atravesara el abdomen del joven Diego agujereándole el hígado”.

(10)

—La policía nunca encontró la bala que mató a mi papá —afirmó Ana a su prima Lucía—, pero, en cambio, yo sí la encontré. Me la dio Refugio la última vez que lo vi. Me dijo que era el único recuerdo que le quedaba después de haber perdido a toda su familia.

—¿Qué te dijo exactamente? —se interesó Lucía.

—Recuerdo una a una sus palabras como si todavía me las estuviera diciendo: "El joven Mario me traicionó. Don Mario, antes de morir me dejó una pensión mensual extra y un puesto de intendente general mientras me jubilaban. Para eso me dio un papel firmado. Él siempre fue bueno conmigo. Envió una corona de flores muy grande de Tuberimex al sepelio de mi mujer, tu abuela, que no pudo soportar la muerte de tu madre en Lecumberri y tampoco pudo aceptar que no te volvería a ver nunca. Cayó en una tristeza muy profunda y ahí se quedó. Después todo cambió para mal, el joven Mario se hizo con todo el control de la fábrica y me retiró todo lo prometido. No me dio la jubilación argumentando que ya me había dado mucho dinero por mi silencio, pero te juro que ese dinero lo invertí en abogados ineptos y en mordidas inútiles para sacar a tu madre de la cárcel y para poder rescatarte de esa familia. Después de 24 años estoy peor que al principio, sigo trabajando en la fábrica sin ningún futuro, estoy solo y muy arrepentido de no haberle hecho caso a tu padre. Ana, hijita, perdóname por favor. Soy un fracasado, un vendido, un miserable charro degradado y vapuleado por mi propia cobardía. Perdóname, te lo pido de corazón".

—¡Qué horror! —exclamó Lucía—, tu historia es terrible y yo, viviendo a tu lado, sin saberlo, más preocupada por comprarme unos zapatos de tacón, por bajar una talla, por comprar la crema antiarrugas más cara... ¿Y qué has hecho a partir de que te enteraste de tu verdadera historia?

—¿Qué he hecho? No lo sé muy bien. Imagino que seguir el ejemplo de mis padres. Luchar por las causas justas.

—¿Y asaltar una embajada, aunque sea de manera pacífica, te parece una acción justa?

—¡Ya, ya! Entiendo que la situación se desbordó y, al final, no la pude controlar. Mi verdadera intención era emanciparme de la vida que tenía, quería desligarme de todo, pero no solo esto, también

quería llamar la atención, porque sabía que esta noche se iba a firmar otro convenio, parecido al que les costó la vida a mis papás. Lo de la embajada, en realidad, fue una casualidad.

—¿Y tú como te enteraste de eso? ¿También tienes espías?

—Me lo dijo Refugio. Además de la bala, me animó a no quedarme quieta.

—Y tú, como eres muy obediente e ingenua, vas y te alistas en el Comité Estudiantil Revolucionario para asaltar la embajada de la India. Supuestamente querías que los campesinos chontales de Oaxaca recuperaran sus tierras invadidas ¿no?, cuando en realidad lo que querías era llamar la atención de la opinión pública para decirles a todos: yo soy la sobrina de uno de los muchos industriales mexicanos que hacen negocios turbios con el gobierno. La prensa no ha dicho nada de eso y no creo que a nadie le pueda interesar esa historia.

—¿Ingenua? Diego y Ana María querían organizar una huelga, una herramienta legal y legítima que entonces, como ahora, podía servir para expresar abierta y públicamente los desacuerdos. No eran delincuentes, ni tampoco se merecían el final que tuvieron. Perdóname Lucía —se sujetó a las manos de su prima—, lo de la embajada fue una casualidad que aproveché para conseguir notoriedad, nada más.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —demandó Lucía con un tono amenazante—, ¿vas a denunciar y vengarte de mi papá? ¿Vas a seguir el camino de destruir a tu propia familia? Quizá tendrías derecho, pero no sé si valdría la pena.

—¿Sabes lo que voy a hacer? ¡Volver a nacer, empezar de nuevo! ¡Borrón y cuenta nueva! ¡Rehacer mi vida en otra parte!

Una vez que Reyes terminó de repartir billetes de diez mil pesos a diestro y siniestro en la demarcación de policía consiguió que Ana saliera por fin a la calle. También consiguió que ningún periodista o fotógrafo la estuviera esperando a la salida. La discreción le sirvió a Ana para pedirles a Lucía y a Reyes que se fueran, que ella volvería a casa por su cuenta, que después de todo lo que había sucedido tenía que reflexionar sobre lo que tenía que hacer. Les aseguró que en unas horas volvería a casa.

—Gracias por haber venido y por haberme ayudado a salir —le dio la mano a Reyes y un abrazo a Lucía—, pero por favor, necesito estar sola.

Ana buscó en su bolso una cajita y se la dio a Lucía. Le dijo que se la entregara a Federico, sin darle ninguna explicación. Después le dio un fuerte abrazo y cruzó rápidamente la calle para perderse entre la gente. No se le ocurrió otra cosa que ir de prisa a la Alameda Central, a sentarse en un banco a reflexionar y ver pasear

a la gente.

Cuando Lucía volvió a la mansión de las Lomas estuvo un buen rato en el jardín acariciando a Alacrán y a Mantequilla antes de entrar en casa. Compartía los sentimientos contradictorios de Ana, pues no tenía ánimos de mirar directamente a los ojos del resto de su familia. En ese momento los perros comenzaron a ladrar anunciando la llegada del coche de Mario. Lucía observó que su padre entraba rápidamente en casa con un gesto rígido y de preocupación.

—¡Mario! ¿Dónde has estado? ¿Sabes algo de Anita? —consultó Carmen al verlo llegar.

—He estado todo el tiempo en mi oficina —dijo diligente Mario—, porque he tenido que adelantar la firma del convenio. Lamento informarles de que no habrá cena, los invitados vendrán dentro de poco y nos reuniremos en la biblioteca. Lo mejor será que vayan a vestirse para que estén presentables cuando lleguen.

—¿Y Ana? —insistió Federico.

—No se preocupen. De verdad que no hay ningún problema. Reyes se está encargando de ese tema. No podemos perder más tiempo, mejor será que las mujeres suban inmediatamente.

—¡Mario! —gritó Reyes.

—¡Reyes! ¿Qué haces aquí? Te di instrucciones muy claras para que no salieras de la comisaría hasta que se firmara el convenio.

—Lo sé, Mario, pero todo está resuelto. Ana está libre. Llegará en unos momentos.

—¿Había muchos periodistas? —indagó Mario.

—¡Ninguno! —apuntó Reyes—, me costó trabajo, pero al final los convencí de que hoy era un día de fiesta y que no valía la pena trabajar un 16 de septiembre.

—¡Bendito sea Dios que todo ha salido bien! —agradeció Carmen.

—¿De verdad? ¿Ya no hay ningún problema? —insistió Betty.

—En lo absoluto —tranquilizó Reyes—, todo está bajo control.

—¡Bueno…! —respiró hondo Mario—, finalmente hoy sí vamos a conseguir que sea un día muy especial para la familia Barberena, a pesar del susto que nos hizo pasar esa muchacha. ¡Vamos a brindar por nuestro triunfo y la libertad de Ana!

Mario sirvió una copa de whisky con agua para cada uno de los presentes, menos para Beatriz, y brindaron efusivamente, descargando toda la adrenalina acumulada: "¡Salud!", "¡Salud!", "¡Salud!".

—Es tardísimo —dijo Mario, viendo su reloj—, lo mejor será que nos arreglemos un poco para recibir adecuadamente a los invitados. Ven Carmen, que tienes que lucir hermosa.

Mientras Mario y Carmen subían a su habitación, Betty también desapareció detrás de ellos recordando que quizá se presentaría a la firma el hijo del secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal. Reyes, por su parte, se metió en la cocina y le pidió una cerveza fría a una de las cocineras. Federico, en cambio, se volvió a sentar en uno de los sillones de la sala para esperar a que Ana volviera a casa. Ahí se quedó un buen rato viendo cómo el servicio preparaba la logística de la firma del convenio hasta que Lucía se decidió a entrar en la casa.

—¿Lucía? —Federico se acercó a darle un abrazo—, ¿Ana viene contigo?

—No —respondió seca e intentando esquivarlo.

—¡Caray! ¿Y no sabes adónde ha ido? Es que estoy muy nervioso, y no sé, me gustaría mucho hablar con ella después de haberme enterado… Bueno, tú me entiendes ¿no?

—Lo siento, Federico —le entregó la cajita—, pero tengo la impresión de que nunca más volveremos a ver a Ana.

Lucía también subió a su habitación y dejó a Federico con las palabras en la boca, al supuesto novio se le saltaron las lágrimas cuando reconoció la cajita y el anillo. Tuvo que secarse rápidamente los ojos con las mangas de su camisa porque en ese preciso momento comenzaron a oírse los ladridos de Alacrán y Mantequilla que anunciaban la llegada de los coches con placas diplomáticas en los que llegaban los firmantes del convenio.

Segunda etapa
Nos encontraremos en Madrid

Alameda Central: instante cero

Ana Barberena volvió a nacer, literalmente, el 19 de septiembre de 1985, el mismo día en el que ocurrió uno de los más devastadores y mortíferos terremotos en la historia de la Ciudad de México, y dos años después de que se quedara sentada en un banco de la Alameda Central para estar sola. En aquella ocasión, el 16 de septiembre de 1983, llegó al parque de la Avenida Juárez y no se le ocurrió otra cosa que distraerse viendo pasear a la gente. No sabía adónde ir, ni tenía un plan decidido. Sabía, eso sí, con mucha convicción, que no quería volver a casa de su familia y mucho menos a sabiendas de que la muerte de sus padres ya eran cartas boca arriba. Pensó en llamar por teléfono a Edmundo, su amigo de la universidad, pero no recordó de memoria su número. Buscó su agenda en el bolso, pero no la encontró por ninguna parte. Estaba muy confusa e inquieta, tenía hambre y reconoció que estaba muy cansada cuando, de repente, escuchó los aplausos estridentes de un público entregado. Se imaginó que habría algún espectáculo en el kiosco de la Alameda, pero al acercarse a ese lugar, constató que no había espectáculo ni público, solo gente paseando, mucha gente. Ana seguía escuchando la estridencia de los aplausos, sin embargo, por más que buscaba, no atinaba a saber de dónde procedían. Sin dinero, sin su agenda de teléfonos, decidió irse a tumbar al pie de una acacia para meditar mejor sus planes como recién emancipada. Aunque experimentaba mucha libertad, inexplicablemente tenía la mente en blanco y por eso mejor decidió dormir un poco para recuperar fuerzas. Perdió la mirada en un niño que paseaba en bicicleta a pesar de que una multitud de paseantes colmaba los pasillos del parque en ese día festivo. Durmió un rato, no supo acertar el tiempo exacto, pero se despertó más animada. Una cabezada reconstituyente le dio fuerzas para comenzar de nuevo con su recién inaugurada vida en solitario. Volvió a fijarse en el niño de la bicicleta, que avanzaba con dificultades entre la gente. Le extrañó que ese muchacho aún siguiera dando vueltas al parque

como si el tiempo no hubiera pasado. Volvió a escuchar los aplausos estridentes y en ese momento comenzó a sentir un fuerte dolor de cabeza, como si un puñado de alfileres se le clavara en el cabello. ¿Qué estaba pasando? La gente seguía paseando, dando vueltas y vueltas, pero no se iba de la Alameda. Ana, tajante, decidió ir a otra parte de la ciudad con menos bullicio para poder pensar con más calma lo que tenía que hacer, pero no solo empezaba a dudar de lo que realmente tenía que hacer, sino que tampoco tenía la certeza de abandonar la Alameda. Era evidente que el paso de cebra estaba a su alcance, pero se sentía incapaz de cruzar la calle con la facilidad que ofrece encaminarse hacia la dirección deseada. Se volvió a encontrar con el niño de la bicicleta y los aplausos volvieron a resonar en sus oídos.

—¡Me estoy volviendo loca! —gritó, pero nadie la escuchó. La gente seguía paseando ajena a los aspavientos de Ana—. ¿Qué está ocurriendo que todo el mundo no hace otra cosa que pasear?

En un arranque instintivo, Ana comenzó a agredir a los paseantes con empujones y patadas, pero la gente no protestaba, seguía su camino como si nada. Vio que se volvía a acercar el niño de la bicicleta y tuvo la agilidad para correr a su lado y tirarlo al suelo mientras ella se subía a la bicicleta. Pedaleó con fuerza sin importarle si atropellaba a alguien, quería coger velocidad para escapar del parque en la primera oportunidad, pero no lo consiguió. A pesar de intentar cruzar la calle, la bicicleta se detenía en seco y le impedía huir de ese espacio que rápidamente pasó de ser un refugio inspirador a ser un tormento infernal. Desesperada, corrió de un extremo a otro del parque dando codazos, suplicando ayuda, intentando interpretar las incongruencias. Se fijó en que un vendedor de tamales la seguía con la mirada. Ana se percató de que la actitud de ese señor de piel morena era diametralmente opuesta al resto de la gente. Se acercó hasta el carrito de las ollas de tamales con cierto temor.

—¿Usted sabe qué es lo que está pasando? ¿Por qué la gente no deja de pasear? ¿Por qué no reaccionan si les doy un puñetazo en la cara?

—¿Tienes hambre? —metió la mano en la olla humeante y le ofreció un tamal verde de rajas y pollo.

Ana se lo arrebató de las manos sin dar las gracias. Lo ingirió en tres mordidas y pidió otro.

—¡Por favor! ¡Estoy hambrienta!

El tamalero sacó otro de mole poblano y ella lo devoró igualmente, al tiempo que alcanzó a decir con la boca llena: "¡Gracias!, pero todavía no me ha respondido".

—Estás en tu limbo.

—¿En mi limbo? ¿Acaso ya estoy muerta?

—Más o menos —señaló el tamalero.

—¿Cómo no me di cuenta? ¿Fue Reyes a quemarropa cuando me despedí de mi prima Lucía?

—¿Escuchaste aplausos, ¿no?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe? Los sigo escuchando ahora mismo. ¿Usted no los oye?

—No. Yo no escucho nada. Pero tu caso es típico.

—¿Típico?

—De los personajes del teatro. Algunos, como tú, que logran escaparse del texto y del escenario son capaces de escuchar el final de la función. Por eso estarás escuchado los aplausos sin saber de dónde vienen.

—¿De qué me está hablando?

—Tú estás aquí ahora porque para ti sería un lugar muy querido. Seguramente tu autor anotó que te gustaba ver pasear a la gente en la Alameda Central y solo hasta aquí has podido llegar. Por eso solo ves gente paseando.

—¿Yo soy en realidad un personaje de teatro?

—Es lo más probable. Busca en tus bolsillos o en tu bolso algo que te dé una pista —Ana se le quedó mirando incrédula—, ¡en serio!, a veces hay trasmutaciones entre los actores y los personajes.

Ana sacó lo que encontró dentro de su bolso, pero no todo lo que examinaba lo reconocía. Su llavero, por ejemplo, tenía menos llaves; el espejo no reflejaba ninguna imagen; había muchos papeles doblados, viejos y, entre ellos, un papel que nunca antes había visto.

—¿Qué es esto?

—¡Ves! Parece un programa de mano. Seguramente ese bolso también pertenecía a la actriz que interpretaba tu papel. ¿Qué dice?

—*Ana desde hace tiempo* —leyó—, de Ezequiel Linares Zurita.

El programa aclaraba que la obra se presentó al IV Concurso de Teatro de la Adolescencia convocado por el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Departamento del Distrito Federal. La puesta en escena estuvo a cargo del grupo *Veredas* y las funciones se hicieron en el Teatro del Bosque. Esa obra obtuvo el primer lugar según el fallo del jurado que estaba presidido por el dramaturgo Óscar Liera. Después de revisar el folleto de punta a punta, Ana no pudo contener el llanto.

—¡Niña! ¿Qué te pasa? ¡No es para tanto! —la consoló el vendedor de tamales—, es ley de vida.

—O sea. Solo soy la protagonista de una obra de teatro, ¡vaya mierda! ¿Qué hay de mis planes, de mi proyecto de vida? ¿Y todo porque un mentecato de tres al cuarto ha decidido de un plumazo

borrarme de la existencia?

—Te digo que tu situación no es tan grave, por lo menos aún sigues viva, no has desaparecido…, completamente.

—¿Y que estoy haciendo aquí?, si puede saberse. ¿Qué me va a pasar ahora?

—Seguramente tu autor no cerró el final de la obra y te dio muchas alas para que pudieras volar tú sola.

—¿Volar? ¿Adónde? Si ni siquiera soy capaz de cruzar la calle.

—No te desanimes —alegó el tamalero—, piensa que no eres la primera ni la única que pasa por una situación así. Estoy seguro de que sabrás salir con éxito, ¿otro tamalito por si tienes que esperar mucho tiempo?

—¿Y usted quién es?: ¿Un ángel enciclopédico o un querubín de las garnachas?

—Yo solo pasaba por aquí, te he visto y te he ofrecido tamales, nada más.

—No le creo. No habla como un tamalero cualquiera, sabe mucho de programas de mano y de "trasmutaciones".

—No estás en condiciones de decidir nada, solo puedes esperar a que te pase algo bueno. Adiós.

—¡No se vaya! ¡Por favor! Dígame, ¿cómo voy a salir de aquí? ¿Me puedo ir con usted?

—No, no puedes, de aquí tienes que salir tú sola, aunque…

—Aunque ¿qué?

—No conozco a nadie que lo haya conseguido. Perdona, tenía que decírtelo para que no me odies más de la cuenta por si acaso nos volvemos a encontrar. Ahora sí te digo "adiós".

El tamalero cruzó la calle y desapareció a la vuelta de una esquina. Ana, desanimada, volvió al pie de la acacia, se sentó abrazando sus piernas y concentrándose en no seguir escuchando los aplausos omnipresentes. Volvió a leer en el programa de mano que la actriz que interpretaba su papel se llamaba Rosalba Salgado. ¿Quién era? Cerró los ojos con fuerza e intentó imaginarse una escena agradable en el que por lo menos tuvieran más sentido las cosas que le pasaran. De inmediato volvía a abrir los ojos para ver a su alrededor y constatar que las cosas seguían sucediéndose cíclicamente, retornaban al punto de inicio, es decir, la gente paseando sin perder la sonrisa y el niño de la bicicleta otra vez pedaleando entre la muchedumbre. No se hacía de noche y los aplausos seguían oyéndose de fondo. Se tapó los oídos, se tumbó en el césped, al pie de la misma acacia y se quedó profundamente dormida. Despertó dos años después, aunque para ella quizá solo fue un instante cero, inocuo e insulso.

♠

Ana traspasó, sin saberlo ni intentarlo, el limbo de los “replicantes” al de los “palpitantes”. Se vio a sí misma, otra vez, con la misma ropa y al pie de la misma acacia. Al parecer, llegó al mundo de los mortales a través de una rendija que se abrió inesperadamente entre los dos entornos sin que nadie pudiera preverlo ni evitarlo. Aunque reconoció la Alameda todo lo que le circundaba estaba destruido. No podía moverse porque tenía mucho miedo, pero, de hecho, nadie notó que era una replicante. Se podría decir que a ella le benefició el desconcierto social ocasionado por el terremoto y, en consecuencia, parecía una damnificada más que intentaba sobrevivir como cualquier persona. Aunque esta vez sí pudo atravesar la calle no tenía un lugar concreto en donde meterse. Por eso, sufrió en el inframundo de la Ciudad de México como cualquier indigente. Días más tarde, comenzó a dormir entre cartones en los bancos de los parques, rastreó comida en los contenedores de basura, se acostumbró al mal olor de las alcantarillas y aprendió a mirar la realidad desde el subsuelo. En aquellos días, Ana llegó a pensar que podría morir como si fuera una simple mortal, porque sus atribuciones y destrezas literarias no le servían de mucho. A Ana le gustaba parecerse a las personas, pero mientras más se parecía sufría tanto o más que ellas. Varios días después del terremoto se perdió en los alrededores laberínticos de una zona apartada de la Ciudad de México, conocida popularmente como “Indios Verdes”. Después de andar en círculos durante varios días se dio cuenta de que solo la abstracción y la obcecación de morir junto a la nada podrían conducir a ese lugar tan real como inexistente, ya que nunca podría ser el mismo lugar al día siguiente. Las calles en ese territorio fronterizo no llevaban a ninguna parte porque nadie sabía adónde se llegaba y si alguien lo sabía tampoco se lo había contado a nadie, en ese lugar era imposible encontrar la línea divisoria entre lo que había y lo que sucedía. Las noches tenían la peculiaridad de hacerse más oscuras según se pudiera adentrar en las afueras de la ciudad más extensa del mundo. Ana se quedaba dormida en cualquier parte y con mucha facilidad. El sueño se convirtió en un saco de plomo que cargaba en la espalda y que no la dejaba dar diez pasos seguidos. El letargo le duraba cada vez más y, a veces, despertaba a deshoras al pie de un poste o en el borde de una aparente calle sin asfalto, ni dirección fija. Pudo salir, finalmente, del barullo de la ciudad perdida, gracias a que un enanito sonriente la cogió de la mano y, sin mediar palabra, la sacó de ese lugar. El chaparrito tenía las cejas inclinadas hacia adentro, vestía con sombrero de paja, un peto de color azul oscuro, cuyos pantalones le llegaban a la mitad de las

pantorrillas y dejaban ver unas medias blancas; también llevaba unas botas puntiagudas, oscuras y de tacón alto. Durante el día Ana y su bajito acompañante se refugiaban en sótanos, casas abandonadas, terrenos baldíos, para que nadie los viera ni se metiera con ellos. El chaparrito se cercioraba de dejar a Ana bien escondida y cobijada mientras iba a buscar algo de comida. Cuando se hacía de noche emprendían camino por barrios inhóspitos con sus calles interminables. Así estuvieron varios días hasta que Ana se recuperó física y anímicamente.

—¿Cómo te llamas? —interrogó Ana sin dejar el miedo completamente de lado.

El chaparrito no respondía porque no hablaba, era mudo, aunque muy expresivo en sus gestos. Le acariciaba las manos y la frente porque estaba muy pendiente de que la fiebre no le volviera a subir. Una noche, bien agarrados de la mano, llegaron maltrechos y cansados a la Alameda Central, que por aquellos días todavía lucía algunos edificios emblemáticos en ruinas. Esperaron sentados en un banco del parque urbano hasta que la noche consiguió su mayor nivel de silencios. Contemplaron de cerca una escena en la que un anciano cayó al suelo y momentos después una chica y un chico llegaron para socorrerlo. Vieron cómo entre los dos se llevaron en volandas al anciano y aprovechando la somnolencia de los vigías se acercaron más fácilmente al Hotel del Prado en ruinas. Una vez ahí se colaron en el salón comedor donde estaba la pintura mural de Diego Rivera "Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central", de 74 metros cuadrados y 35 toneladas. El chaparrito comenzó a gemir y a señalar el cuadro con desesperación. Ana no entendía nada, su acompañante le volvió a apretar las manos fuertemente, arrastrándola con mucha fuerza hacia el cuadro. Ella se resistía asustada, pero al final se dejó llevar. De esta manera, el chaparrito introdujo a Ana en el interior de la pintura como si atravesase los cristales de un enorme escaparate. La transición fue larga, lenta y estridente hasta que por fin se vio en el interior de aquel sueño dominical y vespertino creado por uno de los muralistas más importantes de México. Fue entonces cuando Ana se fijó en que el chaparrito pudo ocupar su lugar en el cuadro, detrás del General Lobo Guerrero, mejor conocido como el “General Medallas”. Él, como ella, había traspasado el limbo de los personajes a través de una inesperada ranura que lo puso en una coordenada espacio-temporal del mundo de los mortales. “¿Cómo pudo identificarme?". “¿Cómo supo que yo no era persona?”. Se preguntaba Ana sin encontrar respuestas ni poder preguntárselo a su salvador porque aún seguía sin pronunciar una palabra inteligible.

Dentro del cuadro, los olores a fritangas y sudores se mezclaban explosivamente, hacía mucho calor, se estaba en un auténtico jolgorio de fiesta permanente, de mucha luz y de estridencias continuas; los personajes más conocidos (Diego de niño, la Catrina, Posada, Frida, Hernán Cortés, Juárez, Porfirio Díaz, entre otros) no perdían la pose, mientras que los personajes menos conocidos (los vendedores de frutas, la tamalera, los paseantes trajeados) no abandonaban su compostura. Todos estaban ahí, libremente atrapados, en ese famoso lienzo multicolor: los niños y los viejos, los uniformados y los desarrapados, los descalzos y los huarachudos, los de a pie y los sentados, los dormidos y los despiertos, los antiguos y los modernos, los mexicanos y los extranjeros, los católicos y los agnósticos… Las escenas eran fijas y movibles, permanentes y sin descansos; todos los que estaban ahí representaban los perfiles más idiosincráticos de la historia de la mexicanidad. A Ana le resultó muy difícil acostumbrarse a vivir dentro de la versión pictórica de la Alameda Central porque pronto se dio cuenta de que dicho espacio urbano era (y seguía siendo, a pesar de las remodelaciones arquitectónicas) el principal lugar de encuentro de los mexicanos, un escenario para verse y conocerse, y un espejo para reconocerse tal y como eran, tal y como querían ser. Los personajes interpretaban sus propias circunstancias al tiempo que miraban a Ana con distancia, indiferencia e incluso rechazo. Ella pedía perdón, porque sabía que no era su lugar ni su naturaleza, pero nadie quería escuchar sus palabras. Ana se tumbó a descansar tras los árboles para no molestar a nadie y, sobre todo, para que nadie de afuera del cuadro se fijara en su intromisión.

(11)

Unos meses antes del terremoto de septiembre de 1985 a Ezequiel le gustaba caminar por el parque de la Alameda todas las mañanas, cuando salía para la universidad, y por las tardes, cuando volvía a su casa. Disfrutaba al andar por sus antiguos y legendarios paseos cargados de historias y de gente que se encontraba con su presente en forma de fuente, jardinera, banco, bolero, hemiciclo o acacia. En fin, pasear por la Alameda era una de las maneras más sensatas de sentirse un feliz peatón en la ciudad de los coches. En esas caminatas por el jardín público de la avenida Hidalgo, Ezequiel veía todas las tardes que una persona mayor de traje oscuro, camisa blanca, sombrero, bastón, barbas y gafas gruesas se colocaba junto al borde de una fuente y fijaba la mirada en la caída de los chorros de agua con la aparente intención de tirarse al fondo de la pila, pero después de un rato desistía y se retiraba con torpeza. La tarde en que se conocieron, Ezequiel se lo encontró junto a la misma fuente con la mirada perdida en una escultura que representaba a una muchacha que sostenía con las manos una tinaja desde donde se vertía el agua. Al viejo trajeado, en ese momento, se le llenaron las mejillas de lágrimas.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Ezequiel.

—¡Hostias! ¡Sí!, gracias. Eres muy amable.

—Venga conmigo —Ezequiel le ofreció su brazo, pero el viejo no aceptó la ayuda y decidió bajar solo del borde de la fuente, ayudándose con su bastón.

—Si me ayudas, me haces sentir más viejo de lo que soy —dijo como si fuese su eslogan favorito.

—Pues, ¡bájese con cuidado! —advirtió Ezequiel, quien lo acompañó a sentarse en un banco de piedra, mientras el viejo trajeado le decía sin venir mucho a cuento:

—Se sabe que las liebres suelen llegar antes que las tortugas a la meta ¿no?, pero a veces las liebres no ganan la carrera, porque la victoria no siempre consiste en llegar primero.

—¡Hola! ¡Yo me llamo Ezequiel! ¿Y usted?

—¡Hostias! ¡Yo soy Juan! ¡Juan a secas! —respondió el viejo trajeado de manera muy tajante y con un acento ibérico muy remarcado.

Ezequiel se enteró de que Juan a secas había nacido en Madrid

hacia 1920 y de que antes de salir huyendo de su país trabajaba como ascensorista en el edificio de la Telefónica, que estaba ubicado en la Gran Vía esquina con la calle Fuencarral. Le contó que era un exiliado del franquismo y que añoraba mucho volver a su tierra una vez que se había consolidado la transición política con un gobierno socialista, pero que no se animaba a hacerlo solo, porque sabía que nadie de sus amigos ni de su familia lo estaba esperando.

—¿Siempre ha sido así? ¡No sé! Tan correcto, tan impoluto con la vestimenta.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, no parece que esté de paseo, más bien parece que haya despachado con un político importante.

—¡Hostias! Según te ven, te tratan. Y no hay mejor consejo que hacer lo que vieres en la tierra a la que fueres. Y te digo esto porque nada más llegar a México, hace ya más de medio siglo, me preguntaron: “Tú, ¿cómo te llamas?”, y yo les dije: “Juan”. “¿Juan, qué?”, insistió el del mostrador. “¡Juan Algarrobo Partida!”, respondí con énfasis subrayando mi nombre con mi acento, todavía inmaculadamente peninsular. El burócrata, después de un silencio repentino, echó una carcajada que fue compartida por todos sus compañeros de garita. “¡Es buenísimo!”, dijeron recuperando la respiración. “Yo que usted, amigo —me aconsejó uno de los contagiados—, me cambiaría el nombre o de plano dejaría que me llamaran Juan, a secas”.

—¡Recórcholis!

♠

Durante varios meses del año ochenta y cinco, tarde sí, tarde no, a la vuelta de la universidad, Ezequiel y Juan a secas coincidían un rato en un banco de la Alameda Central para charlar animadamente. Poco a poco se atrevieron a descubrirse rincones y momentos muy personales. Así, por ejemplo, Ezequiel se enteró de que Juan era un perfeccionista, que su pulcritud era genética y que le gustaba vestir elegantemente porque en su trabajo de ascensorista disfrutó mucho luciendo su uniforme.

—Mi trabajo no solo era abrir y cerrar la puerta —señaló enfáticamente Juan a secas—, sino que teníamos que informar a los pasajeros sobre la localización de los despachos y de las personas a las que buscaban. Aunque, no vayas a pensar que era fácil maniobrar con la palanca de control, teníamos que alinear suavemente el suelo del ascensor con el del piso al que llegábamos, y para conseguirlo se necesitaba mucha destreza y precisión.

Al segundo hijo de la familia Algarrobo le sorprendió el inicio de la guerra, en 1936, subiendo y bajando por las venas del rascacielos

que entonces era el más alto de España. En el edificio de la Telefónica, durante el sitio de Madrid, solo se utilizaron las ocho primeras plantas para resguardarse de los bombardeos; los pisos más altos sirvieron como puntos de observación privilegiada y estratégica para la resistencia, y en los pisos más bajos se mantuvieron activas las comunicaciones de un gobierno republicano cada vez más asediado. Juanito Algarrobo, quien por entonces tenía diecisiete años, no faltó ningún día al trabajo a pesar de que, alguna vez, tuvo que bajar a refugiarse a los túneles del metro al escuchar las sirenas estridentes. Algunos meses más tarde, cuando volvía a su casa, que estaba ubicada en la céntrica calle del Sombrerete, se encontró con una patrulla en el portal del edificio. Los falangistas, que vestían tres camisas azules impecablemente planchadas, estaban buscando a un vecino que vivía en la primera planta.

—¡Eh, tú! —inquirió un muchacho que rondaría la veintena, con palabras bien pronunciadas, rubio, de ojos verdes—. ¿Conoces a los que viven en el primero izquierda?

—Hace tiempo que no los veo —afirmó Juan con resquemor—, creo que se han ido a vivir a su pueblo.

—No sé, no sé, parece que los hijos de puta que viven en esa casa se están escondiendo de nosotros, y tú… no sé, no sé, parece que los estás encubriendo —dijo tajante el de los ojos verdes.

—Lo que les digo es la verdad —insistió Juan—, yo no los trataba nunca.

Los patrulleros de la boina roja sujeta en el ojal de la hombrera se miraron entre sí incrédulos. El de menos rango se atrevió a levantarle las solapas de la chaqueta a Juan con un gesto amenazante. No hizo falta hacer más porque en ese momento se escuchó un sonoro disparo que procedía de unos pisos más arriba. Inmediatamente, una mujer comenzó a gritar: “¡Duvi! ¡Hija! ¿Qué te has hecho?”. Antes de que los patrulleros de las camisas azules subieran apresuradamente por las escaleras, Juan ya había reconocido los sollozos de su madre, la pistola de su padre y el arrebato suicida e injustificable de su hermana Eduviges.

—Mi hermana acababa de cumplir los veintiuno —le aclaró Juan a Ezequiel en el banco de la Alameda—, y se iba a casar con un ingeniero de caminos que le prometió vivir en un paraíso terrenal después de la guerra. El problema fue que cayó prisionero y los del mal llamado “bando nacional” leyeron todas las cartas donde le contaba sus planes, sus previsiones, sus opiniones sobre el conflicto. Un día apreció en casa un amigo de su novio, que supuestamente se habían conocido en el frente, su mensaje fue muy claro: le dijo que huyera, que se olvidara de él, que su vida corría

peligro. Pero mi hermana no hizo caso, estaba estúpidamente enamorada de ese imbécil. ¡Hostias!

—¿Su hermana pensó que la patrulla de falangistas la estaba buscando a ella? —indagó Ezequiel.

—¡Exacto!

—¡Qué historia más triste! ¿Y luego qué pasó?

Juan a secas no quiso decir nada en ese momento porque sabía que la respuesta tocaba una de las llagas más dolorosas de su desafortunada vida a partir de esa triste incidencia familiar. Juan se levantó del banco apoyándose en su bastón y se fue a su casa caminando muy despacio, en claro contraste con el típico ajetreo de la Ciudad de México. Tiempo después Ezequiel pudo enterarse de que la muerte de Eduviges puso en evidencia una situación que en el fondo no evidenciaba nada, es decir, dicho arrebato amoroso se interpretó como una salida in extremis de una recalcitrante marxista. Juan tuvo que abandonarlo todo sin tener tiempo para pensar detenidamente en el significado de la palabra “abandonar”. Dejó su casa, a sus padres, a Madrid y a España en un barco que atracó en el puerto de Veracruz en el otoño de 1938.

—¿Y a ti por qué te gusta venir a la Alameda? —repuso Juan a secas antes de despedirse.

—Vivo cerca —señaló Ezequiel—, me gusta ver pasear a la gente, no sé, tengo la sensación de haber perdido aquí a alguien muy importante.

—Seguro que se tratará de una chica —especuló el anciano.

—¿Una chica? Sí… —reconoció Ezequiel—, pero en forma de personaje.

Juan a secas lo miró extrañado. No entendió las palabras de Ezequiel, pero no le dio importancia.

♠

Después del fatídico terremoto de 1985 en la Ciudad de México, las entrevistas vespertinas en el banco de la Alameda se interrumpieron. Ezequiel lo buscó durante varios días y se arrepintió de no haberle preguntado su dirección o su teléfono, a pesar de haber entablado una intensa amistad. Pensaba que el viejo republicano siempre estaría ahí dispuesto a charlar con él sobre cualquier tema siempre y cuando se tratase con un mínimo de compromiso, racionalidad y sensatez. Ezequiel quería invitarlo a la defensa de su tesis de licenciatura, un trámite universitario que reuniría a un tribunal académico para deliberar sobre el determinante papel del guion en el proceso de producción audiovisual. Semanas más tarde, pensando que ya no lo vería, lo encontró tumbado en el suelo, de casualidad, a las once de la noche,

mientras una muchacha intentaba incorporarlo.

—¡Don Juan a secas! —exclamó Ezequiel—, ¿Pensaba que el terremoto se lo había tragado?

—¡Hostias! ¡Ese es Eze! ¡Amigo! Ya ves… me salvé del sismo, pero, no te vayas a creer, mi vida desde mucho antes del terremoto ya era un puto escombro.

—No diga eso, ¡hombre! —apuntó Ezequiel sujetándole de los brazos—, la verdad, llegué a pensar que ya nunca lo volvería a ver.

Una vez que Melania y Ezequiel se presentaron y subieron a Juan a secas en el coche, Ezequiel dijo con vehemencia que estaría dispuesto a acompañarlo de vuelta a su casa en Madrid, que le ayudaría a redescubrir lo que alguna vez fue suyo y que había dejado en el abandono. El hecho de haberse quedado sin casa en México podría ser el mejor pretexto para tomar la difícil decisión de retornar. Más aún, le comentó que pensaba venderle la idea a un editor de una revista cultural para escribir una historia sobre el proceso de readaptación de un ascensorista exiliado que volvía a su lugar de origen después de casi cincuenta años.

—Has de saber —aclaró Juan a secas—, que ya nunca volví a trabajar de ascensorista. Dejé el sube y baja porque en México conocí a mi compadre Demetrio Pucheta. En España estaba en el bando contrario, pero aquí nos hicimos muy amigos. Me asocié con él para montar varias peluquerías.

—De ascensorista a peluquero, no está mal.

—¿De verdad harías eso por mí? —preguntó Juan a secas con los ojos inundados.

—Recuerdo que usted una vez me dijo que para ganar una carrera primero había que saber cómo ganarla y, a veces, no era necesario llegar antes que los demás.

Se volvieron a fundir en un abrazo y secaron sus respectivas lágrimas con un poco de vergüenza. Melania, que iba conduciendo, también lloró y desde esa misma noche ya no pudo ocultar ni quiso negar las heridas del flechazo. Juan a secas y Ezequiel tramitaron sus respectivos pasaportes y, pocos días antes de partir a Madrid, al retornado le organizaron una fiesta de despedida en casa de sus compadres Demetrio y Lucilda. A dicha celebración asistieron muchas personas y Ezequiel fue el único invitado de Juan a secas. La fiesta se organizó en una casa del barrio de Polanco. Ezequiel, como no conocía a casi nadie, procuró estar siempre al lado de Melania.

—¿Por qué haces esto? Imagino que Juanito te habrá pagado bien, ¿no? —consultó Melania sujetando un vaso de coca cola.

—En absoluto. Lo acompaño porque creo que Juan se merece cerrar su círculo vital —aseguró Ezequiel, al tiempo que se fijaba en

que la cara de Melania estaba repleta de pecas—, además, si no hacemos ahora ese viaje, no creo que Juan se anime a hacerlo más adelante.

—¿Y cuáles son tus planes personales? ¿Hasta cuándo lo vas a acompañar? ¿Lo vas a abandonar cuando ya no pueda valerse por sí solo? —interrogó Melania acercando su cara a una distancia muy corta de la cara de Ezequiel.

—No te preocupes, acabo de licenciarme —asumió Ezequiel al tiempo que descubría que le parecían muy atractivos los ojos azules y el pelo rojo de Melania—, y aún no tengo trabajo fijo…

—¿Sabes que mi padrino no tiene a nadie aquí ni en Madrid? Aquí lo deja todo…

—¿Aquí lo deja todo? —discrepó Ezequiel—, perdió su casa en el terremoto y apenas pudo recuperar algunos objetos y documentos. No tiene familia…

—Me da igual —insistió Melania—, allá tampoco tiene a nadie. ¿Qué va a pasar si decide volver? ¿Volverías con él? ¿Y qué va a pasar si decide quedarse? ¿Te quedarías con él?

—¡Chica! No me agobies con tanta pregunta. No tengo ni idea de qué va a pasar, pero eso es lo interesante de este viaje, ¿no te parece? —chocó su vaso con el de Melania para forzar un brindis.

—¿Y tu familia? ¿Están de acuerdo con este viaje?

—Mi familia no conoce los pormenores. Saben que me voy a España, sí, pero nada más. Mira, soy el séptimo de una prole de trece hijos, tengo seis hermanos mayores y otros seis menores. Cuando mis papás me echen en falta de verdad, quizá ya esté de vuelta.

—¿Sabes una cosa? —Melania le sonrió y después chocó su vaso de coca cola para brindar—, es una pena haberte conocido en estas circunstancias.

—¿A qué te refieres?

—Si no te fueras…, a lo mejor…, tú me entiendes…

—Pues vaya putada…

Melania se llevó a Ezequiel de la mano hasta su habitación. Entraron sin ser vistos, o mejor, creyendo que nadie los había visto entrar juntos. Se besaron sin poder cerrar los ojos. No tenían tiempo. En ese instante los dos pensaron que sus vidas podían dar un mismo vuelco. Seguían relamiéndose los labios y metiéndose mano. Sabían que no tenían mucho tiempo, ni tampoco era el lugar, aunque a ambos, en tales circunstancias, les habría gustado alivianarse mediante ejercicios sexuales. ¿Hasta cuándo y hasta dónde podían seguir protagonizando su recién estrenada historia de amor? ¿Valía la pena tirar por la borda el proyecto de las tortugas ganadoras por el olor de la piel de Melania? ¿Era posible cambiar la

ilusión del retorno de un viejo exiliado por esa mirada cómplice con la que se aprendía rápidamente a descifrar los secretos de la intimidad compartida?

—Disfruta del instante, mientras dure —propuso Ezequiel.

—De acuerdo —asintió Melania—, mientras dure un instante.

Una amiga de Melania tocó la puerta de la habitación para avisarle.

—¡Meli, aguas, que tu mamá te anda buscando!

Melania se abotonó la camisa y se corrigió el pelo. Ezequiel, mientras tanto, entró a hacer pipí en el baño que estaba en la misma habitación. Desde siempre, como un reflejo a la hora de afrontar los momentos más importantes o decisivos de su vida, le entraban unas enormes ganas de vaciar la vejiga. De pequeño, Ezequiel se hacía pis en la cama, y de mayor se manchaba los pantalones. Era incapaz de orinar sin que alguna mancha lo pusiera en evidencia al salir del baño. Él reconocía que tiraba de la cadena antes de terminar la micción y se cerraba la bragueta antes de tiempo. Salió del baño con el corazón en un puño. Antes de volver a la fiesta, Melania le dio otro beso y le dijo en voz baja: “Te has manchado los pantalones, ¡cochino!”.

♠

Ezequiel y Melania, la víspera del viaje a Madrid, pasaron la noche en un motel de la calzada de Tlalpan. Fue una madrugada de amor entre silencios, sin gestos, sin contemplaciones. Noche delicada y frágil que más bien parecía una despedida entre dos amantes que apenas se iniciaban en esas lides. No hablaron mucho porque sabían que las palabras podrían romperse por su propio peso al ser pronunciadas, o porque ninguno de los dos podría sostenerlas más allá de ese momento. Sabían que su relación, por el momento, era imposible. A pesar de todo, se estrecharon sus cuerpos desnudos en un “hola y adiós” donde las lágrimas y las sonrisas tenían el mismo derecho a expresarse.

—Nunca había visto a nadie con tantas pecas —confesó Ezequiel.

—¿Te repelen?

—¡No! Me encantan. Dime una cosa, ¿cuándo…? —dijo Ezequiel, encendiendo un cigarro sin filtro.

—¿Cuándo qué? ¿Me quito las pecas? ¡Nunca! ¡Yo soy así!

—No, no había terminado la frase, ¿cuándo vas a terminar tu carrera de medicina?

—Apenas voy por el primer año. Me falta mucho…

—Te prometo que volveré pronto…

—No digas nada, a saber lo que nos puede pasar. Mejor

escríbeme, así estaremos al tanto el uno del otro.

A las siete de la mañana se despidieron sin mediar palabra. Ezequiel salió del motel en un taxi rumbo a la Alameda Central. Juan a secas también quería despedirse de su alameda y pasó la noche de banco en banco y de fuente en fuente ordenando las imágenes de su memoria. El viejo republicano se presentó sin ninguna maleta, viajaba con lo puesto.

—No quiero cargar nada —aclaró—, solo llevo a Madrid el pasaporte, mi cartera, una llave y mis recuerdos.

Subió en el taxi y de camino le confesó a Ezequiel que tenía mucho miedo por no saber con lo que se iba a encontrar en Madrid y también porque nunca antes había viajado en avión. Tuvieron mucho tiempo para charlar, pero apenas abrieron la boca porque el repatriado estuvo muy pensativo todo el tiempo.

—No quiero aguar su viaje —comentó Ezequiel sin venir mucho a cuento—, pero yo creo que los recuerdos son de esas cosas que más pesan en la vida, ¿no?

♠

En Madrid se instalaron en una pensión de mala muerte. Al día siguiente de su llegada Juan y Ezequiel fueron al número veinte de la calle del Sombrerete a investigar si vivía alguien en el tercero izquierda. Juan le dio una llave antigua, de esas que son mucho más grandes y con un cilindro alargado, por si acaso todavía servía para abrir la puerta de su espacio privado que abandonó durante medio siglo. Se acercaron al lugar indicado sin poder disimular el miedo. Para apaciguar las impresiones bruscas comenzaron sus indagaciones dando una vuelta por los alrededores. Ezequiel, para su sorpresa, reconoció a uno de los vecinos del barrio nada más verlo, se trataba de la estatua de Agustín Lara que custodiaba una plaza con su característico posado postinero. Al pie de la escultura de bronce de su paisano se podía leer “al insigne compositor mexicano que cantó a España antes de conocerla”. Ezequiel, inspirado por algún repentino bolero veracruzano que comenzó a tararear, cogió del brazo a su acompañante y entraron en el edificio. Se fijaron en que ninguno de los buzones tenía escrito “tercero izquierda” en los cartelitos. Subieron por una escalera de madera que crujía al pisarla.

—¿Y si hay alguien viviendo en el piso? —apuntó Ezequiel—, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos sin más?

—Primero vamos a averiguarlo —sugirió Juan a secas.

Cuando llegaron frente a la puerta tocaron el timbre, pero no se escuchó nada, después Ezequiel tocó la puerta con los nudillos, varias veces…, nadie respondió. En eso, una señora, envuelta en

una bata guateada azul marino con lunares blancos, salió con una actitud defensiva.

—No sé a quién están buscando. Ese piso lleva cerrado mucho tiempo.

—¡Pues el dueño de esta casa ya ha vuelto —enfatizó Ezequiel mostrando la vetusta llave!

—¡Eso es imposible! —insistió la vecina—, mis padres hasta su muerte y luego yo misma hemos mantenido intacta la casa, protegiéndola y esperando a que volviera algún miembro de la familia…

—¡Algarrobo! —completó Juan.

—¡Eso es! —aceptó la vecina—, ¿acaso usted es…?

—Juan Algarrobo Partida, “Juanito”, el hermano de Eduviges, la muchacha que se suicidó…

—¡Ya! ¡Ya! No siga… —suplicó, llevándose el dedo índice a la boca—, no hace falta que siga, conozco bien esa historia. ¡Qué alegría saber que está vivo!, ¡de verdad!, ¡no sabe lo que en mi casa se ha hablado de todos ustedes!

Ezequiel, mientras tanto, no cejó en su empeño de girar la llave por la cerradura y en empujar la puerta. Cuando entraron constataron que, efectivamente, en ese pequeño espacio privado se había detenido el tiempo.

—Lo hemos dejado tal y como estaba —apuntó la vecina—, una vez al año, o algo así solo hemos entrado a limpiar el polvo.

—¿Ustedes tenían una llave? —preguntó Juan.

—¡Claro! Sus padres se la dejaron a mi madre, por si acaso podían volver, pero ya ve, ¡cuánto tiempo ha pasado!

Juan se impresionó al enfrentarse tan directa y literalmente con su propio pasado. Nunca se imaginó que volvería a ver los muebles, los adornos, la radio, el sillón, los armarios, los candiles… Le sorprendió un vahído y se desplomó al suelo.

Unos días más tarde pudieron instalarse en su antigua casa. Todas las mañanas limpiaban y escombraban recuerdos y todas las tardes, religiosamente, se pasaban por el café Barbieri para sosegar y organizar los torrentes de escenas pasadas que le sobrevenían a Juan. Los camareros del Barbieri aprendieron que a Ezequiel tenían que ponerle un café cortado y a Juan un pacharán Zoco. Desde una de las mesas de mármol del gran salón, al retornado le gustaba observar, tras los ventanales, a todas las personas que pasaban por la calle Ave María. Le dijo a Ezequiel que anotara en una libreta los nombres de las personas que fuera reconociendo y que le avisara cuando algún nombre se repitiera por tercera vez. El primer nombre que cumplió ese requisito fue el de “Jacinto Rebollo”.

—¡Ya lo sabía!, ¡tenía que ser él! —señaló Juan—, es un viejo

camarada que vendía máquinas de escribir y tenía su taller, que yo le alquilaba, cerca de la Puerta de Toledo.

Jacinto Rebollo también vivía en Lavapiés y pasaba todos los días por enfrente del café Barbieri. Esa tarde, en concreto, entró en el bar a tomarse una infusión de menta-poleo. Desde el momento en que cruzaron sus miradas no dejaron de observarse. Sabían que se conocían, pero les costaba arrancar. Después de un rato, sin mediar palabras, se fundieron en un abrazo porque no se sintieron capaces de decir nada. El verse vivos, aunque fueran viejos y achacosos, era suficiente. A partir de ese encuentro no dejaron de verse. Buscaron cualquier pretexto para coincidir, para contarse todo lo que no se habían contado y sobre todo para decir lo que más necesitaban exteriorizar. Ezequiel disfrutaba escuchando anécdotas inéditas que se actualizaban en aquellas distendidas conversaciones, tomaba nota y a veces les pedía a los contertulios que repitieran alguna frase que se le había escapado anotar.

—¿Sabes escribir a máquina? —interrogó Jacinto.

—¡Por supuesto! —afirmó Ezequiel.

—Pues, te voy a regalar una reliquia que parece un coche nuevo.

El camarada Rebollo le regaló una máquina de escribir Royal 10, una joya de la Typewriter Company de New York fabricada en 1914. Con ella no solo escribió las anécdotas de los viejos camaradas republicanos, sino que también empezó a teclear las anécdotas vividas en carne propia en los callejones de la entonces llamada movida madrileña. Quería sentir la piel joven de un país en el apogeo de sus escapes y destapes. Solo así, escribiendo y reescribiendo, entendió que, si alguna vez la llamada “nueva España” estuvo en América, ahora estaba delante de su propia nariz.

(12)

Cuando se tiene la suerte (o la desgracia) de estar en un lugar en donde el tiempo que transcurre no pasa, sino que se queda atrapado, se tiene la extraña y muy angustiante sensación de poder ver, de manera simultánea, lo que ha sucedido a lo largo de todos los tiempos. Lo más normal en cualquier situación sería presenciar lo que está pasando y recordar lo que ya ha sucedido, pero cuando no solo se presencia lo que está sucediendo, sino que además se contempla sincrónicamente lo que ya ha acontecido, se inhibe la capacidad de percibir la durabilidad. Más o menos así era la experiencia de Ana mientras estuvo atrapada en el interior del mural de Diego Rivera, puesto que presenció escenas que databan desde antes de que se construyera el parque, a finales del siglo XVI, en el tianguis de San Hipólito, al sur de la calzada de Tacuba y enfrente de la iglesia y del hospital de la Cofradía de la Santa Veracruz, pasando por la vida pública del Virreinato, la Independencia, el imperio de Iturbide, el de Maximiliano y Carlota, la Reforma, el Porfiriato, la Revolución, el Priísmo desde sus orígenes hasta la debacle telúrica de 1985. De hecho, también presenció (en 1948) el momento en el que unos estudiantes de ingeniería (creyentes redomados del catolicismo) rayaron con cuchillos la imagen de Diego Rivera niño y la frase: “Dios no existe” que aparecía escrita en un letrero que sostenía el literato Ignacio Ramírez, mejor conocido como “El Nigromante”. Durante ocho años el mural estuvo tapado porque Rivera se negaba a cambiar la frase, sin embargo, poco tiempo antes de su muerte, Ana vio cómo el muralista rehabilitaba con sus propias manos y pinceles su figura de niño y cambiaba la frase del ateísmo más purista por el de “Conferencia en la Academia de Letrán”, para aludir, de esa manera, al discurso en el que El Nigromante dijo esa famosa frase que le sirvió para ingresar en dicha Academia. Después de un tiempo, imposible de precisar en el lugar donde no dejaba de suceder siempre lo mismo, Ana decidió abandonar el cuadro:

—¡No puedo más! ¡Me duele la cabeza! —se quejó, mientras su amigo bajito se peleaba con una niña con alas. La niña estaba a la vera de Porfirio Díaz, cargaba una bandera tricolor y le pegaba al chaparrito con la asta—. ¡Por favor, ayúdame a salir de aquí! ¡Esto es un suplicio!

El chaparrito le hizo un gesto para que inclinara la cabeza como

si fuera a tirarse un clavado en una alberca. Ana agachó la cabeza y el enanito la empujó fuertemente hacia el exterior del cuadro. Solo así, Ana pudo volver al lado de la realidad donde el presente y el pasado estaban mucho mejor delimitados. Ya en el mundo tangible, lo primero que sintió fue como si un millón de alfileres se le clavaran por todo su cuerpo y un ruido exageradamente molesto le hiciera perder el equilibrio. Después de un rato despertó en una banca de hierro de la Alameda Central, se levantó a trompicones y se perdió entre las calles del centro en busca de algún espejo de cuerpo entero. No quería volver a sufrir en el inframundo de la Ciudad de México como una indigente más, esta vez robó ropa limpia de algún tendedero, procuró ir siempre con la cara aseada, la cabeza peinada y bien erguida. No se le ocurrió otra cosa, para darle sentido a su nueva vida, que caminar por las calles de la Ciudad de México sin parar. Lo que más le gustaba era visitar y observar con detenimiento los lugares que aparecían en la obra de teatro. Comprobó, por ejemplo, que en la calle del Monte Everest de las Lomas de Chapultepec seguían existiendo mansiones que se parecían mucho a la casa donde ella vivió con sus primas Lucía y Beatriz. Visitó con emoción la ciudad universitaria, el puente de Nonoalco, el Zócalo y, además, se acercó en varias ocasiones al Teatro del Bosque, al lugar donde se presentó la pieza dramática en la que ella era la protagonista. Como en el vestíbulo no encontró ni rastro de aquella obra ganadora de un concurso de adolescentes, se animó a preguntar en la oficina si tenían algún archivo y le dijeron que, aunque conservaban fotografías y críticas en recortes de periódicos, era muy difícil encontrar material de todas las obras representadas.

—Además, se nos inundó una de las bodegas del sótano —le comentó una chica que trabajaba en el equipo de promoción—, ahora estamos recuperando muchos archivos, pero para qué te voy a engañar, estoy tirando muchos papeles que han quedado inservibles. Si encuentro algo te aviso, ¿a qué teléfono te puedo llamar?

—Mejor me paso por aquí y pregunto por ti —aclaró Ana—, ¿cómo te llamas?

—Blanca.

—Encantada Blanca, yo soy Ana, vengo otro día y me cuentas.

Otro de los lugares de la Ciudad de México que visitó Ana con una mezcla de interés y morbo fue el Palacio de Lecumberri. Se animó a entrar en el conocido popularmente como “Palacio negro”, una penitenciaría en la que ocurrieron las más terribles injusticias contra gente inocente que era encarcelada, golpeada y hasta asesinada. Dicho palacio se construyó como una cárcel a principios

del siglo XX, pero en el año en el que sucedió el terremoto, ya se había reconvertido en el Archivo General de la Nación. Ana paseó por sus galerías e hizo conciencia de que nació en 1959 para la literatura en una celda. En sus visitas a la antigua cárcel escuchó voces de efluvios de presidiarios, como David Alfaro Siqueiros, quien tras una reja le decía con tonos amenazantes: “No te hagas la loca, tú también estás presa”, y tras de otra reja Ramón Mercader le insinuaba: “Tu aparente libertad en el fondo es un cautiverio”. Ana no dilató mucho tiempo en darse cuenta de que su emancipación como personaje la convertiría en una esclava de la realidad.

A Ana le habría gustado mantener el perfil de niña rica y educada que interpretaba en la obra de teatro, pero en las calles abiertas, crudas y huecas, sin la ayuda de un guion ya escrito, no le era nada fácil parecerse a esa “niña fresa” interesada por los problemas sociales comprando libros en la Gandhi, yendo con frecuencia a la Cineteca Nacional a ver cine alternativo o tomando café en Sanborns. Ella se recordaba revolucionaria, insurrecta, renovadora, pero en su nueva vida independiente, más bien le interesaba verse y sentirse muy conservadora, un tanto retrógrada, anticuada, obsoleta…, con tal de conseguir y mantener la supervivencia más elemental. ¡Qué contradicciones! ¡Cuando tenía la vida resuelta le resultaba muy fácil colocarse al frente de una revolución para subvertir el orden! Pero ahora, que vivía en la penuria, no le interesaba otra cosa que buscar la estabilidad para formar parte de ese mismo orden que miraba con desdén. Aunque tenía muy claro que no quería volver a perderse en el inframundo de los bajos fondos de la Ciudad de México no sabía lo que tenía que hacer exactamente para poder sobrevivir.

—¡Con cuántas carencias nos hacen los autores! —dijo Ana enrabietada y en voz alta—, ¿y ahora qué voy a hacer con mi vida?

En sus interminables paseos por el Distrito Federal, una noche se topó con la explanada que albergaba el monumento a la madre: “A la que nos amó antes de conocernos”, decía la placa en la base de una escultura que representaba a una mujer cargando a su hijo. El niño varón estaba plácidamente sentado en los brazos de la madre, pero su postura era totalmente antinatural. Ninguna madre podría cargar así a su hijo, ni por un instante, porque se le escaparía de las manos y se le caería inmediatamente al suelo. Se dio cuenta, rápidamente, de que era una licencia escultórica de un arquitecto, apellidado Ortiz Monasterio, que intentaba representar la abnegada maternidad de las mujeres mexicanas. Cuánto realismo le faltaba, cuánta pobreza expresiva, qué manera tan sencilla de sentirse identificada con un personaje mal construido y tener muchas ganas de llorar sin parar durante varias horas. Los viandantes la miraban

sollozar desde lejos y solo una mujer madura, fumando un cigarro blanco manchado de lápiz labial verde fosforito por un extremo se le acercó y se atrevió a consolarla.

—¿Qué te pasa, mijita? ¿Por qué lloras de esa manera?

—Es que me siento tan sola —sollozó Ana—, ¡no tengo a nadie! ¡No tengo adónde ir! ¡No sé qué hacer!

La mujer abrazó a Ana y se la llevó andando al portal de un edificio cercano que estaba ubicado en la calle Sullivan. Una vez que las lágrimas se esfumaron la mujer le explicó a Ana que la manera más rápida y sencilla para agenciarse algo de dinero para la supervivencia era dedicarse a la prostitución callejera.

—¿Y tú vives de esto? —consultó Ana.

—¡No me val!, mijita, ¡no me val! ¿Y tú quieres aprender a sobrevivir en este mundo, no?

—¿Tú me enseñarías ese oficio?

—Eso es muy fácil, mijita, te voy a prestar una ropa, y ya verás qué sencillo cuando salgas a la calle.

—¡Gracias!, ¿cómo te llamas?

—¿Yo? ¡Ja, ja! —dudó en responder y en decirle la verdad—: yo me llamo Miroslava, pero todo el mundo me llama "Bella-Miroslava" ¿Y tú, con qué nombre giras la cabeza?

—Ana… y, desde hace tiempo, nada más.

—No, no, muy mal. No me gusta nada. Desde este momento te llamarás… ¡Déjame pensarlo rápido! ¡Ya está! "¡Ana-purna!". Eso: "Ana-purna". Como la diosa de la abundancia. Bienvenida, Ana-purna, a mi colección de floreros nocturnos.

Ana, reconvertida en una bellísima divinidad de la opulencia, comenzó a merodear por las noches la calle Sullivan con tacones altos, minifalda y una blusa encogida que le remarcaba los pechos. Mascaba chicle hasta terminar con las mandíbulas adoloridas. Sin duda era el florero de noche más solicitado. Al año de haberse convertido en una puta de lujo consiguió cobrar por sus servicios una de las tarifas más elevadas, de hecho, Bella-Miroslava le agradeció por las ganancias económicas, la subió de rango y la codeó literalmente con los mejores clientes: coches lujosos, hoteles de cinco estrellas, cenas de manteles largos, viajes a playas edénicas, fornicaciones ilimitadas e inconcebibles para las libidos más convencionales. Había que reconocer que Ana, desde el principio, trabajó sin descanso hasta que pudo reunir el suficiente dinero para rentar un departamento por cuenta propia e independizarse de los cuartos de hoteles baratos y de las convivencias marchitas con otras compañeras de oficio.

—¡Mijita! Mañana te vas a Morelia con el nieto de un expresidente, *First class*, ¿entendido?

—De acuerdo, pero dame unos días de vacaciones que estoy molida.

—De coger no se está "molida", sino "adolorida", mijita, ¿cuándo aprenderás?

♠

En la cumbre de una vida disipada, Ana convirtió su cotidianidad en un tren de alta velocidad con el que no paraba en ninguna estación a repostar ni a pensar con detalle ninguna ruta alternativa. Sus problemas se resolvían rápida y fácilmente con cierres abiertos y blusas desabotonadas. El dinero le comenzó a sobrar y, por consiguiente, le comenzó a faltar la suficiente cordura para ver y entender las carencias con las que los autores echan al mundo a sus personajes. Una tarde, de vuelta a su casa de un servicio exprés, pasó en taxi enfrente del salón de belleza "Rosina" de la colonia Condesa. Por un momento dudó si ese establecimiento en el que trabajaba su madre era una invención de la obra de teatro o realmente existía. Le pidió al taxista que parara y se acercó a fisgonear el local.

—Buenas tardes —saludó Ana—, me gustaría… que me peinara...

—¡Pásele, señorita! En un momentito la atiendo —le dijo la peinadora que en ese momento le lavaba la cabeza a una clienta—, siéntese tantito, no tardo nada.

La clienta, al ver entrar en el salón de belleza a una señora con tacones altos, vestida con abrigo de visón y minifalda negra, con una cabellera castaña, larga y despeinada, los labios pintados de rojo carmesí, prefirió irse y ceder su lugar. Ana recordó, de pronto, que la peluquería pertenecía a un tal Demetrio Pucheta, republicano exiliado, originario de la provincia de León que solía decir: "según te peinen te tratan" como frase más recurrente. Miró por todos los rincones del establecimiento y no vio nada que tuviera alguna relación con lo mencionado en la obra de teatro.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en este salón de belleza? —investigó Ana, por si acaso.

—¿Me está preguntado a mí? —interpeló la peluquera al tiempo que intentaba ordenar los cabellos desarreglados de Ana—, pues no sé qué decirle, creo que va para un año, más o menos. Lo que pasó fue que yo primero entré a sustituir a mi prima que se quedó embarazada, pero luego volvió y me tuve que ir… Pero pasó que mi prima ya no quiso seguir peinando señoras porque le entró una alergia muy rara con los pelos de las clientas…, y pasó que no paraba de estornudar. Así que, si contamos el tiempo de la sustitución, pues ya llevo aquí… cerca de dos años.

—¿Y estás a gusto en este trabajo?

—¡Uy, sí! ¡Me encanta peinar! ¡Y también me tratan muy bien aquí! Los patrones son dos viejecitos gachupines muy simpáticos. Ya casi no los veo. Me parece que uno de los socios se volvió a su tierra nada más entré yo aquí. ¡Uy! ¿Cómo se quedó el otro socio? ¡Más triste! ¡Pobrecito! Pero pasó que tampoco viene mucho por aquí.

—¿Ah no?

—No, más bien viene la hija, pero a mí me da que van a vender el salón de belleza.

—¿Ah sí? ¿Y por qué?

—No sé, a mí no me haga mucho caso, señorita, pero hace mucho que el patrón no da pie con bola. La hija no es peluquera, está estudiando medicina. No sé, no los veo muy contentos.

—Oye, ¿acaso el dueño del salón de belleza se llama Demetrio? —se arriesgó Ana con el corazón palpitándole en la garganta.

—¡Claro!, ¡Don Deme! Como le decimos todas.

Ana se levantó del asiento sin que la peinadora pudiera terminar su trabajo. Le pagó sacando un billete al azar de su bolso.

—¡Toma! —dijo dándole el dinero—, ¡gracias por tus servicios! ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —se rio con disimulo, sin poder evitar mostrar un enorme espacio interdental—, yo me llamo Dora, la peinadora.

—Gracias, Dora, se me ha hecho tarde. Vuelvo otro día con más calma.

Ana salió del salón de belleza buscando un taxi. Volvió a sentir que un millón de alfileres se le clavaban por todo el cuerpo y que un ruido exageradamente molesto le hacía perder el equilibrio. Desde aquel día comenzó a vigilar con más ahínco las entradas y salidas del “Rosina” y una tarde se presentó precisamente cuando la peinadora estaba acompañada de la dueña.

—Buenas tardes, Dora —saludó Ana—, me gustaría que me peinaras...

—¡Pásele señorita…! ¡Caray! ¡Pero si así vestida no la reconocía! —dijo Dora al ver que Ana iba con pantalones de mezclilla, tenis, playera blanca y el pelo recogido con una coleta.

—Quiero que me laves el pelo a conciencia y luego que me cortes las puntas.

Mientras Dora le contaba sobre los cólicos nocturnos que le daban al hijo de su prima, Ana no le despegó la mirada a la dueña del salón de belleza. La reconoció al instante. Era Melania, la muchacha que conoció en la Alameda Central dos semanas después del terremoto de 1985. Constató que la escena que presenció en aquella ocasión no había sido ficción. La dueña del salón de belleza, efectivamente, no peinaba, ni lavaba, ni cortaba el pelo a las clientas, tan solo revisaba papeles y echaba cuentas. Mientras Ana

seguía con la cabeza en las manos de Dora, la dueña se despidió de todas.

—¡Adiós! ¡Nos vemos mañana! ¡Y no dejes de tomar el analgésico para el lumbago!

—¡Que le vaya bien, señorita Melania! —correspondió Dora—, no se preocupe, que ya me duele menos.

—¡Perdone! —se levantó Ana para llamar la atención de Melania—, ¡discúlpeme!, no quería molestarla, tan solo quería preguntarle, antes de que se vaya, si acaso, usted…, ¿se acuerda de mí?

—¿Perdón? —intervino Melania desconcertada.

—¡Pues, eso! —insistió—, quería saber si me reconocía.

—¡Lo siento! ¡Ahora no caigo! ¿Nos conocemos de algo?

—No lo sé. Mi mamá trabajó en este salón de belleza, hace muchos años.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y cuándo fue eso?

—¡Uf! Pues… hacia 1958.

—¡Qué barbaridad! ¡Hace casi 30 años! ¡Yo no había nacido todavía! En aquella época el salón de belleza estaba al otro lado de la calle, era mucho más pequeño el local. De todas formas, se lo puedo preguntar a mi papá. ¿Cómo se llamaba su mamá?

—Ana María Martínez.

—De acuerdo. Si me entero de algo se lo cuento otro día que venga por aquí, si no estoy yo, Dora se lo dirá por mí.

—Gracias —respondió Ana sin mucho convencimiento—, ya vendré otro día.

♠

Cuando Ana decidió pasarse por el "Rosina", unas semanas después, encontró un cartel en la puerta que decía: "Se traspasa negocio". Aunque Dora seguía trabajando, ya no era la misma, porque ya no la trataban igual.

—¡Yo me voy a ir de aquí! ¡Esto es un infierno! ¡Ahora me tratan peor que a una criada!

—¿Qué ha pasado? —se interesó Ana.

—¡Nada! ¡Pasó que lo traspasan! ¡Ya está! Y a mí me dejan así, a mi suerte. ¡Sepa la bola quiénes van a ser los nuevos dueños! ¡Sepa la bola si van a querer que yo siga siendo la peluquera! ¡Sepa la bola su pinche madre!

—Calma, Dorita, que no se acaba el mundo por eso. ¿Me das el teléfono de la casa de Melania? A lo mejor yo puedo ayudarte.

—¡Ay! ¡No sabe cuánto se lo agradezco! —enfatizó Dora—, se lo voy a anotar en el reverso de esta tarjeta.

—¿Te ha dicho si su papá recordó a mi mamá?

—Ni una palabra, pero para mí, pasó que se le ha olvidado, según vive esa muchacha tan ocupada. Acaba de empezar la carrera de medicina y creo que ya va a hacer sus pinitos a un consultorio privado.

—Gracias por el teléfono, vengo otro día —dijo Ana, y como despedida le dio a Blanca un fuerte abrazo y una generosa propina.

Por la noche, Ana llamó a la casa de la colonia Polanco, preguntó por Melania, pero su padre, Demetrio, le dijo que aún no llegaba de la Universidad.

—En realidad, no quiero hablar con ella, sino con usted. ¿Usted es Demetrio Pucheta, verdad?

—Así es. ¿Con quién hablo?

—Soy una clienta del “Rosina”. Me gusta mucho cómo trabaja Dora, y como ella me peina tan bien, pues la gente me trata muy bien.

—Eso está estupendo. Me alegra que me diga eso.

—Verá, mi mamá trabajó hace muchos años en el “Rosina”, creo que fue en el 58…

—Ah, sí, mi hija me comentó algo de ese asunto. ¡Es verdad! Ya no tengo muy buena memoria, señorita, pero de su mamá, Ana María, me acuerdo perfectamente. Era una chica muy jovial, trabajadora, de tez morena, ojos negros y siempre iba vestida con camisas y faldones holgados.

—¿Y de qué más se acuerda? —expresó Ana entre sollozos, sintiendo otra vez los alfileres cuando le afloraban las querencias.

—Recuerdo que todo pasó muy rápido: su noviazgo, su embarazo, su encarcelamiento, su muerte… Lo siento, de verdad…, no sé qué más puedo decirle.

—¡Gracias! Le agradezco muchísimo que haya compartido sus recuerdos conmigo.

—¡Oiga! Mi hija está entrando por la puerta. ¿Quiere hablar con ella?

—No hace falta. ¡Gracias de todas formas! Dele un beso de mi parte.

Ana se dio cuenta de que los intensos recuerdos familiares le mellaban la existencia. Sin embargo, ese daño no le impedía encontrar más interés y disfrute en la recuperación de su propia historia que en los placeres sexuales y económicos de su profesión. De hecho, esa noche tomó conciencia de que su vida de diva le parecía vacía, aburrida y muy mejorable sencillamente porque era una vida fácil. La complejidad, la belleza y lo interesante estaban en otras partes de la realidad, el hecho de complacer sexualmente a los mejores y más influyentes clientes de su patrona comenzaba a ser una anécdota, se dio cuenta de que lo importante era experimentar

sus orígenes escriturales y esos manantiales solo los podía encontrar si rebuscaba en su propio pasado. ¿Pero qué podía hacer? ¿Quién podría ayudarla? De pronto se le ocurrió que si buscaba a su autor quizá él podría ayudarle a recrear, actualizar, y, por qué no, a cambiar sus recuerdos. Pero ¿dónde estaba ese tal Ezequiel Linares Zurita? Se quedó dormida en el sofá de la sala, urdiendo un plan bien medido y organizado para encontrar a su autor allá donde estuviera, porque ella no iba a escatimar en gastos.

—¡Ana-Purna!, ¡mijita! —dijo Bella-Miroslava al otro lado del teléfono—, arréglate que mis cachanchanes te van a pasar a recoger en dos horas para ir a un hotel del centro de la ciudad y luego te vas en jet privado a Puerto Vallarta.

—¿A estas horas? —protestó Ana—, hoy no, Miros, hoy estoy muy cansada.

—No te quejes, mijita, te vas con un industrial muy importante. No sé si al final va el gran jefe o un jefe menor, pero hay que reconocer que tienen muchísima lana.

—¿Un industrial? Esos no aguantan mucho —condescendió Ana —, ¿y con qué tarifa?

—Súper *first class*, mijita, lo más de lo más, ¿me entendiste?

—Eres muy mala conmigo, Miros. ¿Te crees que a mí me gusta meterme pepinos por la vagina enfrente de tus clientes?

—Se los comen crudos y con cáscara, mijita. Estos clientes son nuevos, y me he enterado de que son un poco depravados porque trabajan en el ramo de los tubos de acero. ¿Te imaginas?

—¡Miros!, ¡no sigas, por favor!

—¿A ti te suena la marca “Tuberimex”?

—¿Qué? —se levantó de golpe del sofá y mintió—, ¡no!, ¡no había escuchado nunca esa marca!

Colgó prometiéndole que estaría lista en dos horas. Creyó que el destino le estaba jugando una mala pasada, que su sino estaba mal escrito y que estaba totalmente descontrolado. ¿Y si en realidad se trataba de su tío Mario? ¿O quizá podría tratarse de Federico, su antiguo pretendiente? Sí, el mismo engreído al que le devolvió el anillo de compromiso y que seguramente seguiría protegido con un puesto importante en la empresa de tuberías. De una cosa sí estaba segura: no le interesaba indagar nada con esos integrantes de su familia, ya habían transcurrido cinco años del término temporal de la obra de teatro y a ella ya no le movía ninguna venganza, también estaba segura de que no podría soportar volver a ver de frente, y menos desnuda, a Federico o a su tío Mario que solo malos recuerdos tenía de ellos. En ese momento le vino a la cabeza aquella noche a partir de la que todo cambió de golpe. Recordó la conversación a gritos de sus tíos que escuchó a escondidas.

—Déjalo ya mujer —replicó Mario—, te digo que no hay nada entre Ana y yo. Solo a ti se te ocurre pensar esas cosas tan…, sacadas de quicio.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —ironizó Carmen—, ¿regalarle un coche o ponerle un departamento para que esté más disponible para ti?

—¡Que no, mujer!, estás delirando.

—¡Que Dios te perdone, Mario!, pero no es cristiano lo que estás haciendo con Ana. Antes estoy yo, que soy tu esposa y también están tus hijas.

—Ya lo sé, no hace falta que digas eso, pero…, tienes que reconocer que Ana es una muchacha muy “especial”.

—Creí que ibas a decir: “muy guapa”.

—Bueno, sí, lo reconozco, pero no como tú crees que lo pienso yo…

—¡No es tu hija y tampoco puede ser tu amante! ¡Despierta, Mario! Ya estoy harta de que le tengas más cariño a esa muchacha que a tus hijas y que a mí. No sé lo que tengo que decirte para que no se te olvide cuál es su verdadero origen.

—¿Origen? ¿Cuál origen? Ana es nuestra sobrina y se acabó. Mi hermano Diego y su esposa murieron en un “la-men-ta-ble accidente” y por eso me vi en la necesidad de educar a esa niña, eso es todo.

—Tu aprecio por esa muchacha —recriminó Carmen—, te ha cegado la visión

Los efluvios se esfumaron de la cabeza de Ana. Ella sabía que si una vez escapó de su familia lo volvería a hacer, aunque tuviera que huir de la Ciudad de México. Se puso un abrigo instintivamente y salió apresurada a la calle en busca de un taxi. Se acercó de nueva cuenta por las oficinas del Teatro del Bosque. A Blanca, la promotora cultural, ya se le había olvidado el encargo, pero recordó en ese momento que, efectivamente, había encontrado una fotografía y que la había vuelto a archivar. Se perdió un buen rato buscando y rebuscando entre archivos y volvió con una copia de una fotografía en la que se veía el final de una obra de teatro, cuando los actores, colocados en coro, recibían los aplausos del público. A Ana se le iluminaron los ojos, se vio en el proscenio agradeciendo una ovación espontánea. Le saltaron tantas lágrimas que le estropearon el maquillaje que le quedaba del día anterior. Se guardó la foto en su bolso y como despedida le dio un fuerte abrazo y una generosa propina a Blanca. Volvió a casa a arreglarse, antes de que llegaran a recogerla los cachanchanes de Bella-Miroslava. Ana sabía que los guardaespaldas la vigilaban muy de cerca. No solo eso, sino que muchas veces la amenazaban y no dudaban en

darle una tremenda paliza hasta hincharla a moretones si no hacía lo que le mandaba Bella-Miroslava. Una vez se negó a fornicar con un sindicalista del petróleo que estaba tullido de la mitad derecha de su cuerpo, la negativa le costó una golpiza de escándalo consentida por la generala. Quizá por eso Ana aprendió a maquillarse como una profesional, cuando se veía obligada a disimular algún golpe en los pómulos, en los labios o en la frente. Su autor la concibió de piel blanca y de pelo negro, pero a ella le gustaba teñirse de un impecable tono rubio ceniza, además usaba lentes de contacto de colores, se delineaba las cejas, se extendía las pestañas, por lo que fácilmente cambiaba de aspecto. Ahí estaba, frente al espejo sin aguantarse la mirada, sabía que era una hipócrita, una aprovechada, pero que ese cinismo le había permitido sobrevivir en los entornos más hostiles, se daba asco y vergüenza de sí misma. Aguantó tres años (desde que salió huyendo del mural de Diego Rivera) en esa vida tangible de desenfrenos e impudicias y tomó conciencia de que estaba sometida a la más inhumana explotación sexual, por eso, aunque sobrellevaba un tren de vida desenfrenado, quería detenerse a mirar algunos detalles y aprender a sorprenderse con ellos. Cuando llegaron los guardaespaldas se puso la vestimenta más atrevida que guardaba en el armario: una blusa con escote interminable, una falda de tamaño imperceptible, sandalias de tacón alto, gafas negras y un abrigo de visón. En su bolso, junto a la fotografía del Teatro del Bosque metió una muda de ropa, un par de tenis y su pasaporte. La dejaron en la puerta del Hotel Ambassador. Al bajar del coche lució su vestimenta con garbo. Se contoneaba al caminar interpretando con profesionalismo su papel. Ocultaba su mirada (o sus intenciones) con las gafas negras y al entrar en el vestíbulo del hotel fue directamente al mostrador a registrarse. Pensaba escapar de camino a la suite, cuando nadie la viera. El recepcionista le dijo que el cliente de la suite presidencial había solicitado que esperase quince minutos antes de subir a la habitación y que si quería podía tomarse una copa en el bar. Ana tuvo que ir a sentarse en un sillón del vestíbulo a hacer tiempo y cogió al azar un folleto que anunciaba una aburridísima exposición fotográfica en el Castillo de Chapultepec sobre “Los informes presidenciales a través de la Historia de México”. Vio que uno de los guardaespaldas entraba en el vestíbulo del hotel mientras el otro se quedaba afuera, al lado del coche. Hojeó el folleto y se encontró con fotos de Porfirio Díaz en el Congreso de la Unión en 1900 en el momento de ser reelegido; Victoriano Huerta, en la Cámara de Diputados en 1913, durante la lectura del informe que rindió por primera vez como presidente interino; Álvaro Obregón leyendo su mensaje durante la apertura de

las Cámaras en 1921. —El guardaespaldas que había entrado en el vestíbulo se acercó a la puerta de entrada a encenderse un cigarro —. Lázaro Cárdenas trasladándose hacia el Palacio Nacional después de haber leído su primer informe en 1934 mientras una multitud de obreros lo aclamaban por el camino. La foto que más le llamó la atención a Ana era de 1971, en donde aparecía el presidente Luis Echeverría después de la lectura de su Informe Presidencial. En esa foto reconoció a dos personas: las mismas miradas, los mismos bigotitos, los mismos peinados, las mismas expresiones… miraba el folleto y luego al escolta que estaba en la puerta del hotel fumando un cigarro… demasiadas coincidencias. En ese momento experimentó una enorme ansiedad, lo vio todo muy claro y muy complicado. Dejó el folleto de la exposición en la mesa, se levantó deprisa, se metió en el baño del vestíbulo, se cambió de ropa y luego salió corriendo por la puerta del hotel.

—¡Mierda! —exclamó uno tirando el cigarrillo al suelo—, ¡que se escapa la niña!

—¡Pélale! —respondió otro—, yo la atajo por el otro lado de la calle.

Aunque los cachanchanes se dieron cuenta y fueron tras de ella inmediatamente, Ana pudo escaparse gracias a que sabía de la proximidad del recién inaugurado Museo Mural Diego Rivera. Quiso comprar un boleto en la taquilla pero, al ver que sus perseguidores se acercaban, se coló entre la gente ante la llamada al orden de los guardias de la entrada. Una vez dentro del museo se acercó todo lo que pudo al mural y comenzó a saludar a su amigo bajito dando brincos de desesperación.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy yo, Ana. ¡Necesito de tu ayuda!

El chaparrito que ahí estaba, como siempre, sonriendo con las cejas inclinadas hacia adentro, la miraba fijamente y consiguió meterla nuevamente en el cuadro jalándola del brazo. Cuando los guardaespaldas entraron en el museo la buscaron por todos los rincones del edificio, pero no la vieron por ninguna parte porque no se les ocurrió buscarla en el interior del mural. De vuelta, entre las pinceladas cromáticas del “Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central", Ana se rencontró con los viejos colegas que tres años atrás la habían ayudado, pero que en esta ocasión no estaban por la labor de acogerla otra vez, puesto que se había generalizado el temor de que el cuadro podría convertirse en una zona de refugio para personajes con apuros delictivos. El sector femenino, mayoritariamente, pedía su expulsión inmediata. Ana se dio cuenta de que no era bienvenida en ese lugar y, por lo mismo, fue a esconderse detrás de los árboles. El chaparrito la cogió fuertemente

de la mano y ella se abrazó a su amigo para decirle sobresaltada:

—¡Me acabo de dar cuenta! ¡Qué tonta había sido! ¡Los guardaespaldas, los que me persiguen tampoco envejecen! ¡Son ellos! ¡Los acabo de ver exactamente iguales en una fotografía de 1971! ¡Me tienen secuestrada! ¡Explotada sexualmente! Tienes que ayudarme, por favor…

El chaparrito sonrió y entre risas se la llevó de la mano hasta una esquina y le señaló una escena en particular que seguía sucediendo tal y como pasó en su momento, es decir, cuando un taxi, en el que iba Ezequiel, se detuvo para recoger a Juan a secas que viajaba con lo puesto.

—No quiero cargar nada —dijo el viejo republicano cuando subió en el taxi—, a Madrid solo me llevo los recuerdos.

—¡Ya sé dónde está Ezequiel…, está en Madrid! —gritó Ana.

Después de visionar la escena, el chaparrito le dio un beso a Ana en la mejilla de despedida y la empujó desde la acera hacia la calle, con la intención de que pudiera alcanzar al taxi donde iban Ezequiel y Juan a secas. Ana no consiguió subirse al taxi, perdió el equilibrio y se fue al suelo. Se escuchó un fuerte frenazo y un golpe descomunal. A pesar de haber sido atropellada por un coche, no sintió daño alguno. Cuando volvió en sí estaba en el vestíbulo del mausoleo, fuera del cuadro. Unas personas le ayudaron a levantarse y, ya recuperada, salió a la calle sin ver a sus perseguidores.

Ya no volvió a su departamento porque sabía que sería el primer lugar donde la buscarían. Se metió en una agencia de viajes y compró un boleto de avión para viajar a Madrid.

(13)

Ana llegó a Madrid en busca de Ezequiel. Corría el mes de septiembre del año 88, el mismo en el que Hugo Sánchez ganó su cuarto trofeo Pichichi consecutivo; España instaló su primera base permanente en la Antártida; ETA secuestró al empresario Emiliano Revilla; Carmen Polo, la viuda de Francisco Franco, murió mientras dormía; se terminó de construir La Torre Picasso… y, una tarde inverniza, Ana se cruzó en un paso de cebra de la Gran Vía con Pedro Almodóvar, que ese año había estrenado su película "Mujeres al borde de un ataque de nervios". No era la primera vez que paseaba por la estatua del oso y el madroño, ni la primera ocasión en la que perdía la mirada en los escaparates de El Corte Inglés; meses atrás se había hospedado en el Ritz por razones de trabajo, pero en aquella oportunidad apenas tuvo tiempo de conocer los sitios más emblemáticos de la ciudad. Nada más llegar a Madrid se hospedó en una pensión muy barata del centro porque no tenía recursos económicos para alojarse en el hotel más lujoso del Paseo del Prado. Durante algunos días se la vio poco por la calle porque había tomado la decisión de cambiar de identidad. Se tiñó el pelo de rubio, se puso unas lentillas de color azul turquesa y cuando se miró de frente en el espejo se dijo a sí misma: "Desde ahora te vas a llamar… ¡Eva! Sí, me gusta, como el nombre de la primera mujer sobre la Tierra". Sonrió por su nuevo *look* y comenzó a cantar aquello de "Bésame mucho como si fuera esta noche la última vez". Unos días más tarde merodeó el barrio de Argüelles para alquilar una habitación en un piso compartido con otras chicas universitarias.

—¿Y tú, qué estudias? —preguntó una inquilina, con acento extremeño, que decidió su admisión en el piso.

—¿Yo? —dudó en responder—, ¡Historia!

—¿Qué interesante? ¿En la Complu?

—Sí, claro, en la "Complu" —respondió Ana sin saber, en ese momento, que quería decir "Universidad Complutense".

—Por cierto, ¿tú eres de México, verdad? —insistió la chica.

—Sí, ¿por qué? ¿Se me nota mucho?

—¡Lo sabía! ¡Por nada! Lo que pasa es que tengo una tía que vive en Zacatecas, que suele venir por Navidades, y de vez en cuando nos prepara unos chiles en nogada ¡espectaculares!

—Pues me encantaría probarlos.

—Te van a encantar. Por cierto, yo me llamo Bernarda, ¿y tú?

—Yo soy Eva, Eva… —volvió a dudar porque no había pensado en un apellido que sonara muy mexicano, y dijo la primera palabra más defeña que le vino a la mente—: Eva Nonoalco.

—¿Nono… qué? —se extrañó Bernarda.

—"Nonoalco", es una palabra que procede de la lengua náhuatl y significa "lugar de agua muda".

Mientras disimuló ser una estudiante de Historia, Eva intentó encontrar a Ezequiel en algún rincón de Madrid, pero no tenía ni idea de por dónde buscar. Salía todas las mañanas sin rumbo fijo a caminar las calles del centro y se dejaba llevar por sus propias intuiciones. Desde que lo descubrió le gustaba pasar por el callejón del gato, porque le llamaron mucho la atención, como a don Ramón del Valle Inclán, esos espejos cóncavos y convexos en los que los viandantes solían reírse de las deformaciones de sus propios cuerpos. Una vez que pasaba por ahí, a Eva le sorprendió el reflejo de una silueta muy atractiva de un hombre de baja estatura que se miraba con ansiedad tanto de frente como de perfil. Su cuerpo a simple vista era más bien deforme, pues tenía jorobas en la espalda y en el pecho, su andar era a trompicones, su barba, pelirroja, y sus cabellos, con un poco de aire, se despeinaban fácilmente. Eva veía que aquel hombre se embelesaba por una hipotética normalidad corporal que le devolvían esos espejos, sin duda era la persona que no solo se quedaba mucho más tiempo contemplando su cuerpo desdeformado, sino que, además, no se reía. Cuando se marchó, Eva lo siguió de cerca por varias calles hasta que se detuvo en seco y se giró bruscamente.

—¿Me estáis siguiendo, ¿verdad? ¿Qué queréis de mí?

—Perdóneme —reconoció Eva—, creo que lo he confundido con otra persona.

—¿Confundirme a mí? ¿Con otra persona? —arguyó sarcástico el hombre bajito—. ¡Vaya, nunca me había pasado algo igual! Reconoceréis que tendría que estar muy tullido el físico de esa persona para parecerse a mí, empero, si la confusión se debiera a razones del ingenio, pues yo no dudaría en que muchos eruditos podrían ser los candidatos.

—No quería ofenderlo —se sinceró Eva—, ha sido una terrible equivocación de mi parte. Discúlpeme, de verdad.

—¿De verdad? ¡Qué sabréis lo que es la verdad! Dejadme deciros una cosa, hermosa dama, en la boca del que mentir acostumbra, la verdad siempre es sospechosa. ¿Cómo os llamáis? Y espero que ya no sigáis mintiendo.

—¡Eva! Bueno, mi verdadero nombre es Ana —respondió asustada—, le estoy diciendo la verdad.

—Os creo, y si licencia me otorgáis para que os bese la mano tendré el gusto de presentarme con el decoro que la ocasión merece.

—Por supuesto —Eva le extendió la mano que le fue besada, con vistosas reverencias, por unos delicados labios.

—Me llamo Juan Ruiz de Alarcón, aunque si lo preferís podéis llamarme Juan, a secas, pues mis apellidos todavía despiertan inquinas por algunas calles de Madrid. ¿Y a qué os dedicáis, que a simple vista no atino a decidir vuestro oficio ni vuestro beneficio?

—Pues…no sé qué decirle…

—¡De cuántas mentiras estáis hecha, moza! Si es mentira la mentira que más se parece a la verdad, mejor no me digáis nada. Os creo sin mencionar ninguna palabra. ¿Os puedo invitar a tomar un vino? Conozco un mesón aquí cerca que tiene gallinejas de aperitivo. ¿Os apetecería degustarlas?

Eva se dejó invitar por uno de los máximos exponentes de las letras del siglo de oro español. Iba del brazo caminando por los alrededores de la plaza Mayor escuchando improperios contra Quevedo, Góngora y Cervantes, y alguna que otra alabanza tenue hacia Tirso de Molina.

—Abandoné mi cuna del otro lado de la mar océana, mi trabajo como relator interino del Consejo de Indias y muchas pasiones por esta ciudad —comentó Juan Ruiz con una copa de vino en la mano —, ¿y qué me ha dado Madrid? Un rótulo en la fachada del teatro Español junto a algunos escritores que solo se burlaron de mis corvaduras, de mi acento mexicano y también de mis veintiséis piezas teatrales representadas con mucho éxito de público.

—Yo también abandoné México —apuntó Eva—, pero en mi caso porque sufría una constante persecución.

—¿Ah sí? —se interesó Juan Ruiz, besándole de nuevo la mano como muestra de que apelaba a la “verdad” en sus palabras—, ¿de qué huíais?

—Hasta hace poco trabajaba de… Bueno, me da vergüenza decirlo sin más mentiras —probó un poco de gallinejas para animarse, pero amagó un vómito al probar el sabor tan especial de las tripas de cordero—, lo siento.

—Bien dicen que la verdad no peca, pero incomoda —añadió Juan Ruiz sin soltarle la mano.

—Muy a mi pesar me convertí en una mujer de la calle, en un florero de noche, pero cuando quise dejarlo… me obligaban a seguir. No tuve más remedio que escaparme.

—¿Y creéis que Madrid es lo suficientemente grande para que no os encuentren si os persiguen?

—¿Y qué puedo hacer? Tengo miedo y no sé cuánto tiempo voy a estar huyendo.

—Si me permitís un consejo, os diré que tenéis que encontrar "algo" antes de que os sea demasiado tarde —añadió Juan Ruiz, mientras se terminaba la ración de gallinejas que quedaba en el plato—. Encontrad lo que buscáis y si buscáis con el corazón os será mucho más fácil. Mirad, en Madrid tengo una calle, pequeñita, pero, eso sí, muy bien ubicada. Os gustará pasearla y visitar los importantes edificios que se habían erigido antes de ponerle mis apellidos a esa calle. ¿Qué les habría costado ponerle también mi nombre? En fin, me atrevería a deciros que en esos ambientes podréis empezar a encontrar lo que andáis buscando.

El nuevo amigo bajito de Eva se refería a la calle "Ruiz de Alarcón" en Madrid, que discurría por uno de los costados del Museo del Prado, tocaba la fachada del monasterio de San Jerónimo el Real, conocida popularmente como Los Jerónimos y, por si fuera poco, también alcanzaba al edificio de la Real Academia Española de la Lengua. Tenía razón cuando dijo que era una calle pequeñita, pero sobre todo atinó al comentar que daba sus apellidos a la dirección de muy importantes edificios que tenían que ver con la cultura pictórica, literaria y religiosa de España. Eva descubrió muy pronto que la calle estaba en una de las zonas neurálgicas de la vida turística de Madrid y se apresuró a merodear sus esquinas y portales para facilitar su predisposición a la sorpresa. Decidió no entrar en el Museo del Prado por temor a inmiscuirse en el interior de *Las Meninas*, *Los fusilamientos del 3 de mayo* o *El jardín de las delicias*. Contuvo sus tentaciones y se fijó, más bien, en la gente de carne y hueso que paseaba por la calle. Así estuvo durante varios días, luego, aburrida de buscar y de no encontrar nada en esos ambientes, dejó de asistir de manera asidua. Primero alternó los días, luego iba una vez a la semana y al final terminó yendo una vez al mes por no perder la esperanza de encontrar a Ezequiel. Se aficionó a tomar un capuchino en el café Murillo, situado en la misma calle, y también se encariñó con las obras de teatro de Juan Ruiz de Alarcón. Una tarde, al salir del café Murillo, sintió que le faltaba el aire, que su corazón se le salía literalmente por la boca. Recordó que había pasado por una experiencia similar la noche que coincidió con su autor en la Alameda Central, razón por la cual intuyó que Ezequiel estaba cerca. En una de las esquinas del Museo del Prado había una persona que se le podría parecer. No estaba segura de que fuera él, y aunque se acercó con discreción para mirarlo de cerca, sus multiplicadas palpitaciones no la dejaban acercarse mucho. Se trataba de una persona que ofrecía servicios de guía de turistas, más bien, de relator de historias y anécdotas callejeras. Cuando convencía a algunos ingenuos viandantes se enzarzaba en amenas prosas sobre la pinacoteca más famosa del

mundo, afirmando que era la mayor concentración de obras maestras por metro cuadrado. Contaba que la iglesia y el convento de Los Jerónimos siempre estuvieron estrechamente ligados a la vida de la Corte y de la monarquía española, de hecho, ese fue el escenario de la proclamación del rey Juan Carlos I. También tenía palabras para la Real Academia Española, que se fundó a principios del siglo XVIII con el propósito de fijar las voces y vocablos de la lengua castellana en su mayor propiedad, elegancia y pureza… Al terminar el recorrido cerraba su exposición alabando al dramaturgo novohispano que le daba nombre a la calle y que fue un famoso escritor, tanto por sus comedias como por sus corcovas. Los turistas pagaban los servicios del relator dándole alguna moneda que él agradecía bajando la cabeza tres o cuatro veces. Eva confirmó, con la mano izquierda en el pecho, que se trataba de Ezequiel, y con la mano derecha le dio una moneda de doscientas pesetas.

—¡Recórcholis! —exclamó el guía de historias callejeras—, ¡muchas gracias!, señorita.

Eva se alejó rápidamente de su presencia para aminorar el ritmo cardiaco, al tiempo que sintió mucha vergüenza ajena. En ese momento no se atrevió a identificarse, ni a mostrarle la fotografía del Teatro del Bosque que tenía como prueba y que siempre cargaba en el bolso. Pensó que podría encontrar una mejor ocasión. En la tarde de ese primer encuentro, Eva lo siguió hasta la calle Sombrerete y, sin que su autor se diera cuenta, el personaje entró en el portal para revisar en los buzones y leer los nombres de Juan Algarrobo Partida y de Ezequiel Linares Zurita. A partir del día siguiente, Eva se convirtió, sin que nadie se lo pidiera, en un auténtico ángel de la guarda, porque lo siguió a todas partes y no le quitó la mirada de encima para conocer con más detalles los entresijos de su existencia. Ezequiel tenía rutinas muy bien delimitadas que Eva aprendió a apreciarlas con más detalle: todos los días entraba en un bar diferente, siempre con un cuaderno, pedía un chatito de vino, levantaba la oreja y se ponía a escribir. Dos o tres tardes a la semana se iba a caminar a los lugares más emblemáticos de la ciudad (Puerta del Sol, Museo del Prado, plaza Mayor) para pescar interesados en escuchar sus historias. En una ocasión, en el Callejón del gato, con un grupo de turistas, Ezequiel fue capaz de transformar con sus palabras esa pequeña calle de tan solo ciento cincuenta metros. Eva comenzó a ver que les rodeaban efluvios animosos que les hacían sentir como en casa. “añapsE adarragsed” (España desgarrada), les decían los espejos cóncavos y convexos con los que Valle-Inclán descubrió el esperpento cuando los viandantes se reían de la deformación de sus propios cuerpos. Así, de repente, sin que viniera mucho a cuento, se asomó Sancho

Panza por uno de los espejos y les dijo, convencido, de que México era “Méjico acá”, que Quevedo se emborrachaba todas las noches en el Bar Roco, que a Santa Teresa la vieron el verano pasado haciendo *top-less* en la playa de la Concha, que Góngora pidió una paella para no dejar de bailar en la fiesta de la rogativa, que San Fermín se toreaba solito, que Agustín Lara ya no estaba en el hastío, pues se había quedado con la gracia de un piropo retrechero. Muchos efluvios les rodearon intentando llamar su atención: en un cartel luminoso, por ejemplo, vieron al mismísimo Diego Velázquez que aparecía en el interior de sus Meninas con una botella de Pepsi en la mano; Viridiana iba desnuda y de espaldas comiendo un bocadillo de calamares, Goya hacía yoga detrás del escaparate de una tienda de ultramarinos (y pensar que en treinta y un años no pudo escuchar si se rascaba la cabeza). Eva se atrevió a preguntarle a la vendedora de tabacos del estanco si lo que sucedía en ese momento en el Callejón del gato formaba parte de la realidad, ella levantó los hombros en respuesta, se quitó una ceja y la restregó en el asfalto. Después, el grupo de turistas se metió en el primer portal abierto, al azar Ezequiel tocó tres puertas: la primera tenía maderas azules y cristales ahumados, le abrió un tal Cristóbal, pero su rostro de piedra aún estaba desilusionado, les dio un poco de pena preguntarle algo más y solo le hicieron una reverencia en reconocimiento; la segunda puerta era un enredijo de flores árabes, mezquitas en el aroma. Nadie abrió, por el telefonillo, sin embargo, se dejó escuchar un grito que cantaba hondamente un ¡no pasarán!; por último, Ezequiel tocó en una ventana que curiosamente no tenía cristal, pero sonó de todas formas. Al fondo de esa habitación de humo y chantaje una gitana le leía la mano a otra gitana. “¡Descaradas!”, pensaron los turistas. Volvieron a salir a la calle y caminaron sin suerte, sin rumbo establecido, se tomaron un café cortado seguido de una caña. Junto a una mesa vieron la silueta de Alfonso Reyes indeciso por no saber elegir entre los turrones o los tejocotes; “qué bien se respira aquí”, dijo una turista, “qué pronto anocheció”, respondió su acompañante. Luego, fue Ezequiel el que tomó la palabra: “¡Qué daría por conocer a Carmen en persona! ¡Qué daría por decir algo sensible frente al Guernica! ¡Qué daría por subirme a las ramas del ahuehuete de El Retiro, el árbol más antiguo de Madrid! ¡Qué daría por cantar el himno de Riego en el inicio de un partido de futbol!”. Cerca de Sol vieron muchos efluvios, efluvios de plata que se amontonaban en el Arco de los Cuchilleros, cuervos criados por Saura, piedras en el infierno de Gaudí. Más tarde fueron a abrazar a la diosa Cibeles y a darles migas de pan a sus leones; por la Gran Vía llegaron al Chicote, en donde varios asiduos, con sus boinas negras, sus chalecos brillosos,

sus pantalones abombados, charlaban del tiempo pasado, quizá Franco en el altar, quizá Isabel en el lecho con el genovés, quizá don Rodrigo vendiendo sus servicios a la CIA o a la contrarrevolución cubana. Un viejo andaluz invertebrado, según dijeron los camareros, bajó galopando hasta Gibraltar con un serrucho en las sienes, y mencionaron que fue con la intención de cortar ese pedazo de tierra para que se perdiera por el Atlántico, para enterrarlo de una buena vez en el mar. En la plaza de Santa Ana y en Lavapiés vieron efluvios con tenues movimientos en las manos y en las mejillas; quizá eran parientes de Gades. La televisión de los bares (como en todas partes) no dejaba de narrar imágenes anacrónicas: alguien querría volver a instaurar la Santa Inquisición, alguien querría que los reyes fueran absolutamente impecables, alguien querría que esos efluvios revoltosos volviesen al interior de los espejos cantando: "Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, en el frente de Madrid, primera línea de fuego". De vuelta, en el Callejón del gato, frente a los espejos cóncavos y convexos, los turistas volvieron a encontrarse a sí mismos y aprendieron a verse tal como eran.

♠

Eva se dio cuenta de que Ezequiel realmente vivía de atender a su viejo amigo Juan a secas, quien, a pesar de haber vuelto a su entrañable barrio de Lavapiés, estaba más solo que Adán en el día de la madre. La familia cercana del anciano republicano prácticamente se había desintegrado durante la guerra y con los pocos parientes que pudo encontrar a su vuelta no pudo establecer una relación continuada. Juan a secas solo tenía a Ezequiel, con el que se procuró la atención necesaria durante su vejez.

En las reuniones del café Barbieri, tres tardes a la semana, se citaban con el camarada Rebollo y alguno que otro a jugar al tute (a veces al dominó) y a ahondar en las tropelías sufridas durante la guerra y el exilio.

—Tú recuerdas, Juanito —llamó la atención Jacinto Rebollo—, ¿por qué le puse el nombre de "Ayérreya" a mi taller?

—Porque estabas como una cabra —remarcó Juan a secas—, solo a ti se te habría ocurrido un nombre tan feo.

—¡Ay, Juanito! Ya veo que nunca has entendido nada.

—Tiene razón Juan —intervino Ezequiel—, no parece un nombre muy acertado para un taller de reparaciones. ¿Por qué le puso ese nombre?

—Es un palíndroma, mi querido amigo Ezequiel —se animó el camarada Rebollo, muy complacido por haberle hecho esa pregunta —, si te fijas es como si la palabra "Ayer" se estuviera viendo en un espejo: Ayer-reya. El taller de los ayeres, de los anacronismos, de

los lastres ineludibles de la vida. ¿Me explico? Los ayeres están delimitados por la idea de que algo está desfasado, que pertenece a otro tiempo, generalmente al pasado, pero que no concuerda con la situación vigente en la que se desenvuelve…

Ezequiel se quedó muy pensativo, no dijo nada, sorbió de su café cortado y siguió con atención las palabras del camarada Rebollo:

—Los ayeres se asoman con descaro a la superficie del tiempo actual y se conectan de manera automática con el tiempo pretérito, ¿me explico? Además, hacen un recorrido o desdoblamiento que es difícil seguir sin perderse.

Juan también escuchó en silencio moviendo los hielos de su pacharán Zoco, no quiso interrumpir porque sabía que su compañero de lucha era, en realidad, un filósofo en ciernes.

—Los ayeres fueron percibidos hasta que los seres humanos fuimos capaces de darnos cuenta del cambio de los tiempos. Fíjate bien, Ezequiel —insistió Jacinto dando golpes con el dedo corazón en la mesa—, en un contexto donde no exista la cultura no hay ayeres porque no se percibe el paso del tiempo, ¿me explico?

—Muy interesante, Jacinto, muy interesante, pero estará conmigo en que en lugar de "Ayérreya" podría haberle puesto, no sé… "Antigüedades" a un taller de reparaciones de máquinas de escribir.

—¡No, rotundamente no! —saltó Jacinto—, las antigüedades son una forma muy negativa de entender el paso del tiempo, los objetos antiguos se han quedado quietos, vetustos, decrépitos, caducos, decadentes, nefastos… ¿Me explico? Los objetos antiguos, como las máquinas de escribir, si los interpretamos como los límites que marcan el paso de una época a otra, siguen estando vigentes, actuales, su anacronismo nos permite hacer un recorrido para conectar con el tiempo pasado. ¿No te das cuenta?, son como los fósiles que estudian los paleontólogos para conocer la vida de otros tiempos. Al recuperar el funcionamiento de una máquina se puede recuperar algo de las escrituras de épocas remotas. ¿Me explico?

—¡Recórcholis! Es increíble —afirmó Ezequiel—. ¿Y qué historias o conocimiento ha recuperado al reparar esas máquinas?

—¡No te lo vas a creer! —sentenció Rebollo—, pero yo he visto con mis propios ojos cómo las máquinas tecleaban solas lo que sus dueños escribieron o quisieron escribir pero que nunca lo consiguieron…

—¿Cómo? —Ezequiel guiñó un ojo como un acto reflejo de incredulidad.

—Ezequiel, ¡hostias!, no creas nada de lo que dice este individuo —alertó Juan a secas—, el camarada Rebollo está más loco que el sobaco de una serpiente emplumada. Lo que Jacinto no te cuenta es

que el Ayérreya en el fondo era una tapadera durante la guerra. Mi familia tenía ese local, y a él se le ocurrió montar un taller de reparaciones de máquinas de escribir. Mucha gente nos reuníamos ahí, clandestinamente, claro, para tener noticias del frente y del avance del ejército golpista.

—Bueno, esa parte ya no vale la pena ni recordarla. Dime una cosa Ezequiel. ¿A ti te gustaría aprender el oficio de reparador de máquinas de escribir? —sugirió Rebollo esperando un gesto de aceptación de Juan.

—¡Claro! ¡Me encantaría aprender ese oficio! —aceptó Ezequiel mirando también el rostro de Juan.

—Pues mañana pásate por el taller y te pruebas alguna de mis batas de trabajo.

(14)

Eva encontró trabajo como azafata en una empresa que se dedicaba al protocolo y a la organización de eventos especiales. Alquiló un piso por cuenta propia cerca de la plaza de toros de Las Ventas y buena parte de su tiempo libre lo dedicó a presenciar el devenir, cada vez más ruinoso, de Ezequiel. Se dio cuenta de que además del cuidado de Juan a secas y de sus crónicas callejeras, tenía un pequeño sueldo que se ganaba al trabajar las mañanas en el taller de reparaciones de máquinas de escribir y antigüedades de la calle Arganzuela. Era tan sólido y entrañable su compromiso con su amigo Juan a secas que lo cuidó prácticamente hasta el día en que murió, por eso mismo, Eva constató que Ezequiel no quiso volver a México a enderezar su vida y su olvidada profesión de guionista y escritor.

—¿No crees que ya va siendo hora de que vuelvas a México con tu familia? —observó Juan a secas en el interior del café Barbieri tomando un pacharán Zoco—, aquí no has tenido oportunidad de desarrollarte plenamente e imagino que te echarán de menos.

—¿Y usted?

—Por mí ya no te preocupes, ¡hostias!, sabría arreglármelas. Ya has hecho mucho por mí. Te estoy muy agradecido.

—Usted sabe que no soy muy dado a contarle mi vida, pero puedo decirle que a mi padre le dieron hace poco el Premio Nacional de Ciencias Físico-Matemáticas y Naturales.

—¡Enhorabuena! No sabía que tuvieras un padre tan importante.

—Me enteré por el periódico. ¿Usted cree que me envió una tarjeta de invitación? La verdad es que tampoco la esperaba.

—Bueno, si acaso hubieses estado en México te habría invitado.

—Lo dudo. Ser el número siete de trece significa que hay seis antes y seis después, es decir, siempre he estado en la medianía de la mediocridad, en el centro nebuloso del universo de la familia Linares Zurita. Uno más, sí, pero pomposamente imperceptible.

—¿Y aún no tienes novia? —reviró Juan a secas, traspasando la frontera de un tema vedado por Ezequiel.

—¿Novia? ¿Me está preguntando si tengo novia? —intentó evadirse con otra pregunta, al tiempo que sintió que la vejiga se le colmaba de ansiedades.

—Sí, una chica, un ligue, una pareja, una compañera…

—Bueno, para que lo voy a engañar, he tenido varios intentos,

pero todos han terminado en un rotundo fracaso.

—¿Y mi ahijada Melania? ¿Te sigues escribiendo con ella?

—Cada vez menos, su vida es la medicina y apenas tiene tiempo para escribir. Y ahora me va tener que disculpar porque tengo que ir al baño, me ha entrado una repentina urgencia.

Juan a secas quería ayudar de alguna forma a Ezequiel, pues aunque ya se había comprometido a donar, después de su muerte, todos sus bienes patrimoniales a una asociación republicana, no sabía muy bien qué hacer con él. Esperó a que saliera del servicio, pero al parecer Ezequiel se demoraba mucho. Eva, en ese preciso momento, estaba hablando con Jacinto Rebollo en una mesa contigua de manera muy efusiva: estiraba los brazos, juntaba las manos, se recogía el pelo, en fin, tenía embelesado a Jacinto. Poco después se levantó y se despidió también muy efusivamente. Juan a secas vio la escena desde una mesa cercana en el interior del Barbieri, y no se resistió a preguntar:

—¿Quién era esa?

—¿Tú qué te has creído? —reclamó Jacinto—, ¿te piensas que aún no tengo edad para ligar?

—¿Ligar? ¿Tú? ¿Con esa cara de cenutrio? No me hagas reír.

—Estaba yo pensando —adujo Jacinto al tiempo que se sentaba al lado de Juan—, es una cosa que me está dando vueltas en la cabeza.

—¡Suéltalo ya! Jacinto, que me pones de los nervios —apuró Juan.

—Se trata del chico, Ezequiel, tú sabes que él es muy discreto con sus cosas.

—¡Y tanto que es prudente el chaval!, pero es un ángel bendito, eso sí, y mira que no está bien que yo, un recalcitrante republicano, traiga a colación expresiones celestiales, pero ese muchacho se lo merece todo. Se ha portado muy bien conmigo.

—Mira Juanito, él te trajo desde tu exilio en México, te ha ayudado a recuperar tu antigua vivienda, te ha ayudado a tramitar la jubilación y una pensión de repatriado. No solo se ha ocupado de ti en todo momento, sino que ahora cuida de tu salud mejor que un asistente social.

—Es cierto, Ezequiel es un ángel caído del cielo, con perdón… ¿eh? Tú me entiendes.

—Lo triste de todo este asunto es que piensas abandonarlo a su suerte, es decir, mandarlo a la cuneta después de todos estos años dedicados a tu cuidado.

—¡Eso no es cierto!, yo a él lo tengo como si fuera de la familia. Tú y yo le hemos conseguido trabajo en el taller de reparaciones de máquinas de escribir y si no se va de mi casa es porque está muy a

gusto.

—Sí, pero cuando te mueras él se va a quedar en la calle.

—Ezequiel es un muchacho muy listo, ¡hostias! Él sabrá ingeniárselas fácilmente.

—¿Y por qué no, mejor, lo nombras como tu heredero universal? Creo que tu patrimonio tendría beneficios directos y muy útiles.

—A Ezequiel no lo voy a dejar en la calle, pienso dejarle algo de mi herencia, si es eso lo que te interesa saber, pero quiero que sepas que mi compromiso con la República es inquebrantable —subrayó Juan a secas—, y por eso voy a donar buena parte de mi patrimonio a una asociación republicana.

—No lo dudo Juanito, pero tu deuda con Ezequiel se ha convertido en algo insuperable. Por él puedes perfectamente quebrantar tu compromiso con la República. Piénsalo bien y no le digas nada, es mejor que no se entere de que lo vas a convertir en tu único heredero, si se entera no va a querer aceptarlo, es demasiado orgulloso.

—No lo sé, es un muchacho que no suelta prenda, no sé cuáles son sus planes y eso que hace un momento le he preguntado por ello.

—Piénsalo, por favor, es lo único que te pido —suplicó Jacinto clavando su mirada en Juan a secas.

—¿Y qué ganamos si nombro a Ezequiel como mi único heredero?

—¡Hombre! Lo harías muy feliz.

—Te juro que, si estuviera enrollado con mi ahijada Melania, no lo dudaría ni un segundo.

—Hazlo entonces por tu ahijada.

—No sabes de lo que sería capaz por mi niña pelirroja, por ella haría cualquier cosa.

—Si consigues que se vuelvan a ver, entonces, será mucho más fácil.

—Bueno, me lo voy a pensar, ¡hostias! Pero… Vale, veré lo que puedo hacer —advirtió Juan a secas insinuando que la conversación debería terminar.

—Como quieras, pero no dudes que será la mejor decisión que hayas podido tomar en tu puta vida, y que nunca llegarás a arrepentirte, ni cuando estés en el cielo con nuestros antiguos camaradas.

—¡Oye! Nuestros camaradas no han muerto para ir al cielo.

—Yo ya no estoy tan seguro de eso —se levantó de la silla cuando se percató de que Ezequiel volvía del servicio—. ¡Chitón!, no le digas nada a Ezequiel de esta conversación, como se entere de que hemos estado hablando del tema lo va a echar todo a perder.

Cuando Ezequiel volvió a sentarse a la mesa, Juan no le dijo nada. Solo le sonrió con un gesto de complicidad. Se le quedó mirando con ojos escrutadores y después de un rato de silencios gratuitos le dijo:

—Mañana, si tienes tiempo, quiero que me lleves a la oficina del notario… y, por cierto —le dijo señalándole la bragueta con el dedo índice—, te has manchado los pantalones, ¡guarro!



Nada más entrar la década de los años noventa, Juan a secas comenzó a perder la salud en picado, entró en un letargo que rápidamente se convirtió en una especie de pantano profundo y oscuro. Tumbado en la cama veía pasar los días y las noches a través de su ventana. Los desayunos, las comidas y las cenas se sucedían sin coherencia y sin apetito. Se sumergió en recuerdos que subían y bajaban en ascensores antiguos en las entrañas del edificio de Telefónica, la clandestinidad en el barrio de La latina, la muerte absurda de su hermana Eduviges, el viaje trasatlántico, el exilio en México, el terremoto del ochenta y cinco, el retorno al barrio de Lavapiés…

—Eze, querido, quiero que te quedes con una cosa que está guardada en el cajón de mi mesilla —sugirió Juan a secas desde la cama—, cógela, por favor.

—¿Y yo para qué quiero esto? —dijo Ezequiel al sacar una pistola.

—Era de mi padre, y mi hermana, la tonta, sabía dónde la tenía guardada.

—No la quiero, solo pensar que tengo una pistola me da miedo.

—Quédatela y no la uses. Que te sirva para recordar que hay historias que no pueden volver a repetirse.

—¡Pero si está cargada! —reclamó Ezequiel.

—¡Te he dicho que no tienes por qué usarla!

—¡Está bien! Como usted diga. Me la quedaré, pero no la usaré.

—También te quiero pedir otra cosa, muchacho —aventuró Juan a secas con lágrimas en los ojos—, llama por teléfono a mi compadre Demetrio y dile que me gustaría despedirme de él, de Lucilda y de Melania.

Al día siguiente Ezequiel avisó a Demetrio y concertó una cita para que los antiguos socios pudieran hablar por teléfono, pero Juan a secas, esa misma tarde, entró en coma, y cuando Ezequiel llamó a México solo pudo informar de la terrible noticia. Tanto Demetrio, como Lucilda y Melania reaccionaron rápidamente ante esa situación y le avisaron que al día siguiente volarían al centro de la península ibérica. Ezequiel fue a recibirlos al aeropuerto de

Barajas. Al encontrarse por la puerta de salida de los pasajeros los cuatro se fundieron en un abrazo húmedo y cariñoso.

—¿Cómo está? —se interesó Lucilda.

—Muy malito, de esta ya no sale —asintió Ezequiel.

Mientras esperaban en la cola del taxi, Melania se agarró al cuello de Ezequiel y no le importó exteriorizar sus sentimientos enfrente de sus padres.

—¿Y tú por qué todavía sigues con mi padrino? —interrogó Melania sin retirar sus labios de la boca de Ezequiel.

—¡Ya ves! Juan es como la hierba mala.

—¡Han pasado cinco años! Yo he terminado mi carrera mientras tanto. Por cierto, he leído todos tus artículos publicados en el periódico y, la verdad, me han gustado mucho.

—¿De veras? Y yo que pensé que nadie me leía.

—¡Son buenos Ezequiel! —se metió Lucilda en la conversación —, en especial me gustó aquel que dedicaste a la muerte de Robert Graves.

—¿Por qué dejaste de escribirme cartas? —reclamó Melania, dándole la espalda a su madre y a su padre.

—Porque no me respondías a las que te enviaba.

—A mí no se me da bien escribir, además, la carrera me absorbía mucho. ¿Cuáles son tus planes ahora? ¿Vas a volver a México?

—No lo sé. Imagino que seguiré improvisando.

—¡Ezequiel! No se puede vivir sin tener al menos algún proyecto.

—Quizá tengas razón.

—¿Te alegras de volver a verme?

—¡Recórcholis!, nos tenemos que subir en ese taxi.

Juan a secas, ingresado en la Unidad de Vigilancia Intensiva del Hospital 12 de octubre, no se enteró de que sus compadres y su ahijada habían vuelto a Madrid para despedirse de él. Ya no se dio cuenta siquiera de que su antiguo socio de peluquerías en la Ciudad de México se había sentado al lado de su cama para exteriorizar sus sentimientos, sin importarle que los demás lo estuvieran escuchando:

—¡Juanito! ¡Compadrito! —se animó Demetrio cogiéndole las manos—, te estás muriendo y antes de que eso suceda quería confesarte una cosa. Me habría gustado decírtela antes, mucho antes, pero nunca encontré el momento, nunca supe cómo hacerlo. Hoy me doy ánimos porque ya no hay más tiempo y porque no me queda más remedio que decírtelo todo, sí, como a mí gusta hacer las cosas, ¿te acuerdas?, “sin pelos en la lengua”. Bueno, el caso es que no me importó venir desde la Ciudad de México para decirte

que yo, en el año 37 estaba en Madrid y fui al portal de la calle Sombrerete. Sí, a tu casa, porque por aquel entonces yo formaba parte de una patrulla de falangistas que estaba buscando a un comando de comunistas que vivían en la primera planta. Yo era el más joven de todos y recuerdo que te levanté de las solapas de la chaqueta con un gesto amenazante cuando te preguntamos si conocías a la familia que vivía en ese piso. No te dio tiempo a responder porque, justo en ese momento, se escuchó un sonoro disparo con el que tu hermana se suicidó pensando que nosotros íbamos a por ella…

—¡Papá!, ¡pero ¿qué estás diciendo?, ¡por favor! —interrumpió Melania mientras Lucilda se sumergía en un llanto que delataba que ya conocía esa historia.

—¡Calla! —advirtió Demetrio y siguió su discurso secándose las lágrimas con los puños de su camisa—. ¡Esto es un asunto entre mi compadre Juanito y yo! Te juro, compadrito, que no me di cuenta de todo esto hasta después de habernos conocido en México. Créeme, no soy tan mala persona, en aquella época me obligaron las circunstancias y luego, en el D.F. quise repararlo ayudándote en todo lo que he podido. Tienes que saber que cuando liquidamos tu parte en la sociedad te correspondía mucho menos dinero, pero no me importó darte todo lo que pude para que tu vuelta a España no fuera tan traumática. Espero que, por lo menos en estos cinco años, te hayas reencontrado contigo mismo. ¡Yo no maté a tu hermana, compadrito! ¡Fue una puta casualidad!

—¡Déjalo ya! ¡Deme! ¡No sigas! —propuso Lucilda—. ¡No tiene caso! ¡Juanito ya no te oye!

—¿Cómo que no tiene caso? —reclamó Demetrio—, claro que tiene caso y que yo tenía que habérselo dicho mucho antes, pero, compadrito, yo creo que, después de contártelo todo, no me seguiré atormentando tanto y empezaré a encontrar algo de paz.

Demetrio inclinó la cabeza en el pecho de su compadre y lloró desconsoladamente. Ezequiel le dijo, con voz enfadada, poniendo su mano en los hombros de Demetrio, que Juan a secas vivía reconciliado con su pasado y esperaba que su estado de inconsciencia no le hubiera permitido entender tantas palabras tan desagradables y tan fuera de lugar. Melania no pudo contener el llanto, la rabia y la decepción. Se fue al hotel y no salió a la calle hasta tres días más tarde, para enterrar a Juan a secas en el Cementerio Civil de Madrid.

—Mi madre me contó ayer otra versión —afirmó Melania vestida de negro—, que mi padre fue quien le ayudó a exiliarse en México. Por intermediación de un amigo falangista lo sacaron de Madrid y lo embarcaron en Bilbao. Cuando llegó a México no fue

tan casual que se conocieran.

—¡Vaya historia! —exclamó Ezequiel sin poder decirle a Melania lo guapa que se veía con el contraste de su pelo rojo con la ropa negra.

En el cementerio, el camarada Rebollo comenzó a cantar una estrofa del Himno de Riego con el puño izquierdo en alto: “Soldados, la patria nos llama a la lid, juremos por ella vencer o morir”; Demetrio Pucheta, por su parte, no articuló palabra, a pesar de que le habría gustado exaltar la humanidad de su compañero de travesías y negocios, Lucilda se agarró a un brazo de su marido y tampoco abrió la boca; Melania tiró un ramo de rosas en el foso y Eva, aunque también estaba, nadie la vio, porque, como siempre, estaba a una distancia prudente para que no se notara su presencia. Los sepultureros echaron tierra sobre el féretro del viejo exiliado, cuya fosa quedó muy cerca de ilustres hombres como Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero, Pío Baroja, Pedro Laín Entralgo, Dolores Ibárruri, Francisco Giner de los Ríos y Arturo Soria.

—Si tú quieres, me quedo a vivir aquí contigo —indagó Melania, en tanto echaban tierra sobre el féretro de Juan a secas.

—¡Estás loca! —respondió Ezequiel—, ¿y tu profesión?

—Pido una convalidación al Ministerio, me da igual, quiero hacer mi propia vida, sin mentiras, sin tormentos. ¿Tú quieres que yo esté a tu lado?

—No te ensañes con tu papá, él no tuvo nada que ver y finalmente tuvo el valor de contarlo.

—¡Valor! —gritó Melania—, ¿en el lecho de muerte?, ¿cuándo ya no quedaba tiempo para pensar o corregir nada? Mi padrino se murió sin saberlo. ¡Qué vergüenza! ¿Entonces qué? ¿Quieres que me quede?

Al día siguiente Ezequiel dio parte a la Seguridad Social del fallecimiento sin tener muy claro lo que iba a pasar con su destino.

—¿Y dónde vamos a vivir? —interpeló Ezequiel.

—En el pisito de la calle Sombrerete, está muy bien ubicado, ¿no? —propuso Melania.

—¿Y de qué vamos a vivir? —insistió Ezequiel.

—Ya se nos ocurrirá algo —sentenció Melania.

Tres días más tarde Ezequiel recibió un telegrama para presentarse con diligencia en la oficina del notario.

—¿Me acompañas? No me gustaría ir solo —invitó Ezequiel.

—No puedo, mis papás vuelven mañana a México y quiero acompañarlos al aeropuerto.

—¿Están de acuerdo con que te quedes conmigo?

—¡Claro! Ya se habían hecho a la idea desde hace tiempo.

En la notaría le informaron de que el finado Juan Algarrobo

Partida lo había nombrado como único heredero de todas sus propiedades que incluían el piso de la calle Sombrerete y el taller de reparaciones de la calle Arganzuela. Además, el notario le comentó que muy recientemente había incrementado sus posesiones, pues su socio Demetrio Pucheta le había "devuelto" otras dos viviendas en ese mismo edificio que el régimen franquista le había confiscado y que habían pasado a su gestión indefinida. El asombro de Ezequiel no había terminado cuando el notario le informó de que la herencia además contaba con un importe en efectivo de más de 50 millones de pesetas.

—¡Creo que nos hemos sacado la lotería! —afirmó Ezequiel al levantar su copa.

—Ni que lo digas, ¡salud! —brindó Melania.

Ezequiel alquiló las tres viviendas y con el dinero de la herencia se compró un chalé, a toca teja, a las afueras de Madrid, en un barrio conocido como Aravaca. Se trataba de una casa antigua, grande, con mucho jardín y pinos de tronco grueso. La casa se construyó a mediados del siglo veinte como segunda residencia para una familia adinerada que por aquel entonces la vendió simplemente por falta de uso. Desde que Ezequiel y Melania entraron a vivir en esa casa se necesitaba hacer algunas reparaciones en los tejados, en las humedades de las paredes, en los grifos de los baños, en el desagüe del fregadero, en la crecida maleza que asaltaba el porche y el paso de los coches. Ninguno de los dos podía considerarse un "manitas" para la rehabilitación y el mantenimiento de la casa y el jardín pero, en la medida de sus capacidades y limitaciones, consiguieron construir un entorno doméstico muy agradable. Al fondo del jardín había una construcción de dos plantas. La parte de abajo era un cuarto trastero y la parte de arriba era una pequeña vivienda para el servicio, con dos habitaciones, un baño y una pequeña estancia que incluía una cocina americana. Ezequiel instalaría más adelante en ese lugar su estudio, en el "cuarto de los tiliches" tal y como él había renombrado a su lugar de trabajo. El camarada Rebollo, después de la muerte de Juan a secas, se jubiló y le dejó el negocio a Ezequiel.

—¿Por qué no vendes ese taller de reparaciones de máquinas de escribir? —sugirió Melania mientras pintaba de blanco una de las paredes del salón.

—Me daría mucha pena cerrarlo —rehusó Ezequiel, que también estaba pintando en ese momento otra pared—, porque para Jacinto ha significado mucho ese lugar. ¿Te imaginas?, en plena guerra y luego en pleno régimen franquista se reunían ahí camaradas republicanos para tener noticias de los suyos.

—Insisto, si quieres no lo vendas, pero ¿por qué no montas otro negocio? Reconoce que “la Guerra Civil Española”, “el franquismo” y “las máquinas de escribir” son referencias a cosas ya se quedaron muy atrás en el tiempo, ¿no te parece?

—Mientras viva Jacinto lo voy a dejar como está, ¿de acuerdo? Después…, ya veremos.

(15)

La noche del 21 al 22 de septiembre de 1992 (equinoccio de primavera en el hemisferio norte del planeta) Melania y Ezequiel estaban tomando margaritas en la terraza de un bar del pabellón de México en la Expo Universal de Sevilla. Después de contemplar el espectáculo acuático y de recitar sonetos, repasaron las anécdotas de su enlace matrimonial por lo civil organizado unos días antes en Cercedilla, un pueblo de la sierra de Madrid. Al festejo asistieron Demetrio y Lucilda, a quienes mejor les habría gustado organizar unos fastos religiosos en la iglesia de la Almudena, para ver a su hija casarse en el altar, vestida de blanco, bajo las directrices eclesiásticas de Ángel Suquía, el arzobispo de Madrid. La ceremonia, en cambio, la presidió el alcalde de Cercedilla y asistieron los familiares más cercanos de los novios y algunos amigos comunes. Los padres de Ezequiel acudieron sin poder borrar de sus caras la incredulidad, ya que no daban crédito a nada de lo que veían.

—¿Por qué no ha venido ninguno de los hermanos de Ezequiel? —examinó Melania a su suegra, a quien había conocido unas horas antes.

—¡Es que somos tantos! ¿Te imaginas? ¡Trece hijos y mi marido y yo: quince en total! Es imposible organizarse.

—¡Ya! —contemporizó Melania—, así es muy difícil llevar un orden.

—No tengas tantos hijos como yo —sentenció la suegra, cogiéndole una mano con fuerza—, aunque Ezequiel se empeñe. Tú, ni caso.

—¡No se preocupe! Nosotros no llegaremos a tantos.

—Aunque tienen una casa muy grande para tenerlos —apostilló el padre de Ezequiel, metiendo su cuchara en la conversación.

♠

A la vuelta de su luna de miel, se encontraron con la triste noticia de la muerte del camarada Rebollo, sin embargo, el taller de reparaciones de máquinas de escribir, el inigualable “Ayérreya”, nunca se cerró. Ezequiel mantuvo el local abierto, instalado en el sótano de un edificio centenario de la calle Arganzuela de Madrid, contra viento y marea. Él asegura que a pesar de que no era muy conocido, quien entraba en el taller parecía que accedía a un cementerio de chatarra y que le invadía un olor penetrante a tinta,

hierro y aceite para engrasar. Lo que finalmente le convenció a no cerrar el Ayérreya fue que por esa época un equipo de investigación de la DR1 (Danmarks Radio), de la cadena de la televisión pública danesa, realizó un programa sobre el oficio, prácticamente extinguido, de reparar máquinas de escribir. El documental comenzaba con un primer plano de Ezequiel, vestido de bata blanca, que decía enfáticamente: "¡Estas máquinas han visto lo que no está en los escritos!". Mientras se veían muchas estanterías con máquinas destartaladas y apiladas, Ezequiel reconocía que casi nadie tenía ni usaba ya máquinas de escribir, y las pocas personas que aún conservaban algún ejemplar mecánico no siempre se animaban a repararlos, entre otras cosas, porque cada vez era más difícil conseguir recambios. "La gente que todavía tiene alguna máquina como estas lo que en realidad tiene es una pieza de museo". En un primerísimo plano, sobre una hoja de papel en el rodillo, unas teclas escribían la palabra: "nostalgia" ("nostalgi" ponía el rótulo en danés). Ezequiel, mientras tanto, afirmaba que ya se había cerrado el ciclo de esta herramienta escritural, que se había convertido en una tecnología obsoleta, pero que, aún pervivían con mucha fuerza las imágenes de aquellos escritores y periodistas que, esperando la llegada de las musas, tecleaban con avidez y consumían en la boca, sin darse cuenta, un cigarro encendido. "Antes, el sonido de las teclas representaba una de las más queridas expresiones sonoras del trabajo intelectual. Si se oían las teclas, el avance del carro y el timbre marginal, la creatividad estaba funcionando". El documental seguía con la imagen y el rótulo de los componentes más básicos y conocidos: armazón, carro, cinta entintada, espaciador, tecla fijadora de mayúsculas, fijadores de papel, palanca de carro libre, palanca para rotar el rodillo, tabulador, tecla de retroceso, tecla o saltador marginal, teclas de cambios de mayúsculas, timbre marginal… En tanto, Ezequiel reconocía que, aunque la máquina de escribir había servido durante muy poco tiempo a la historia de la escritura, su huella tendría que permanecer durante mucho tiempo. "Todo lo que se escribió antes del siglo XX se hizo sin máquinas de escribir y el siglo XXI nació prácticamente sin ellas. Es poco tiempo para toda la historia de la escritura, pero lo que sí perdurará mucho tiempo es la famosa distribución de teclado QWERTY, que se convirtió en el estándar para máquinas de escribir y teclados de computadoras en lengua inglesa y española". En el documental se escuchaba una música de marimbas, para mexicanizar el ambiente, y se decía que el reparador de máquinas de escribir comenzó a ganarse el pan, precisamente, escribiendo a máquina guiones de radio y televisión. Gracias a esos trabajos eventuales pudo terminar su carrera de

Comunicación y emanciparse económicamente. En su primera casa, un apartamento de cuarenta metros cuadrados, no tenía muebles, excepto una máquina marca Underwood Touch-Master 5, fabricada el mismo año de su nacimiento (1963) y que compró de segunda mano en el mercado de la Lagunilla de la Ciudad de México. Ezequiel tecleaba sin descanso, sentado en el suelo, con las piernas abiertas y la espalda inclinada, toda clase de guiones de continuidad, de esos que se usaban una vez para que los presentadores de los magazines verbalizaran para desenvolverse frente a las cámaras y luego se tiraban a la basura: “¡Qué tal, amigos! ¡Bienvenidos a su programa preferido de la noche de los jueves!”. “¡Una vez más nos volvemos a encontrar en este espacio dedicado a la diversión y al entretenimiento!”. “Nos veremos la próxima semana y recuerden que no hay mal que por la televisión no venga”. Aunque pronto llegarían las máquinas de escribir eléctricas, las computadoras de escritorio y luego las laptops, Ezequiel mantenía una extraña relación obsesiva con las teclas mecánicas y las hojas blancas insertadas en los rodillos, sostenía con convicción que el arte de la escritura era fugaz y furtivo. Él sostenía que escribir era escribir a máquina, a solas y a deshoras, necesitaba oler la tinta, ver el fondo blanco de las hojas de papel, tocar con la mano izquierda la palanca para mover el rodillo, oír el timbre marginal, en definitiva, necesitaba sentir las teclas duras y metálicas que pulsaban sus dedos obedeciendo el dictado de su pensamiento. Los “tecla-escritores” representaban una fracción infinitesimal y cuantitativamente despreciable de la humanidad. El documental de la televisión danesa terminaba diciendo que el “Ayérreya”, a pesar de ser un taller que nació antes de la Guerra Civil española, se había convertido, en las postrimerías del siglo XX, en un anacronismo, o en uno de los ineludibles e impetuosos lastres de la vida.

♠

Un año más tarde, en 1993, Melania consiguió homologar su título de licenciatura en medicina obtenido en la Universidad Nacional Autónoma de México y aprobar el examen MIR (Médico Interno Residente) que le permitió incorporarse en la atención primaria, como médico familiar, en un centro de salud en Cercedilla. Al poco tiempo de incorporarse a trabajar, tuvo que pedir la baja por maternidad, pues en septiembre de ese mismo año parió a Clara en el Hospital Puerta de Hierro de Madrid. La niña arribó al seno de la familia Linares Pucheta al tiempo que Ezequiel llevaba a la casa de Aravaca un cachorro de raza Akita, al que le puso Urtain de nombre, para mantener la tradición literaria entre sus perros japoneses y el pugilismo latino. En concreto, el nombre

homenajeaba al boxeador José Manuel Urtain, tres veces campeón de España y de Europa de los pesos pesados en los años setenta. Melania, Ezequiel y los recién llegados Clara y Urtain, vivieron unos meses de férrea estabilidad, vínculos firmes e imaginaciones resignadas a estar muy pendientes de los horarios de las tomas de pecho, del cambio de pañales, de los paseos vespertinos, de las papillas, de los baños nocturnos, de la actualización de nanas y canciones de Cri-crí. Esta etapa de estancamientos profesionales y de profundizaciones emotivas fue vivida con mucha honra y sobrellevada con mucha gala. A Ezequiel no le importó cerrar el Ayérreya unos meses para cuidar de cerca a su hija y ponerse a escribir una novela que le merodeaba desde tiempo atrás. A Melania tampoco le importó pedir seis meses de prolongación de la baja laboral, a pesar de que prácticamente no se había incorporado a su trabajo en el centro de salud de Cercedilla.

A ese periodo de felicidad desbordante de la familia Linares Pucheta le correspondieron los momentos más bajos y críticos en la prosística vida de Ana Barberena (por entonces vecina del barrio de Las Ventas y mejor conocida como Eva Nonoalco), ya que ella tardó en darse cuenta de que había una sencilla y estricta relación de "sube y baja" entre su trayectoria y la de su progenitor literario. Reelaborando su pasado y de forma estructurada se podía afirmar que cuando asaltó pacíficamente una embajada para reivindicar los legítimos intereses de los campesinos chontales de Oaxaca, fue protagonista y punto de atención de una función de teatro, mientras que su autor, en esos momentos, terminaba con apuros económicos su carrera escribiendo guiones de continuidad para la radio y la televisión con una máquina de escribir Underwood Touch-Master 5; mientras el personaje sobrevivía, a duras penas, en el inframundo de la Ciudad de México, el escritor se embarcaba en un nuevo proyecto vital con destino Madrid; la mejor etapa de "Ana-Purna" coincidió en el tiempo con las más duras peripecias de Ezequiel como guía callejero; el apogeo económico de uno de los mejores floreros nocturnos de Bella-Miroslava se relacionó directamente con las penurias de un reparador aprendiz de máquinas de escribir. Eva Nonoalco influyó en la opinión de Jacinto Rebollo, quien, a su vez, influyó en la opinión de Juan a secas, quien finalmente nombró a Ezequiel como su heredero universal. La enfermedad de Juan a secas propició que Melania viniera a Madrid y se quedara a vivir con Ezequiel.

Mientras tanto, Eva Nonoalco conoció en carne propia la decadencia humana y la agonía de la cotidianeidad. Tomó la determinación de alejarse de Ezequiel para intentar volar en solitario, para nadar sin vejigas en los océanos humanos, y tampoco

se acercó a los ambientes de la prostitución en Madrid, por miedo a que sus antiguos perseguidores la siguieran buscando. El temor a ser descubierta como replicante obligó a Eva Nonoalco a pasar desapercibida; buscó que su comportamiento rayara el mimetismo, la reiteración y la previsibilidad absolutas para que nadie dudara de su "normalidad", de su "falta de cultura", en suma, de su "mediocridad manifiesta como ser humano". Mantuvo su trabajo como azafata en esa empresa dedicada al protocolo y a la organización de eventos especiales. Se convirtió en una muchacha muy modosita, decente y tímida. A su piso alquilado comenzó a llevar a un solo chico con el que comenzó a mantener una relación aparentemente formal. Pensó que si se echaba un novio sería mucho más fácil adaptarse al mundo de los palpitantes. Conoció a Nicolás en su trabajo y después de varios cruces de miradas comenzaron a salir. Al principio todo fue muy divertido porque nada tenía medida. Se veían todos los días: cuando no se iban al cine se citaban para comer, cenar o desayunar en alguna cafetería del centro histórico; cuando no se iban de excursión a la sierra se iban de fin de semana a un parador nacional; cuando no se iban de copas por la calle Huertas quedaban en el piso de Ventas a follar sin parar toda la noche.

—¿Por qué siempre estás sonriendo? —preguntó ella acariciándole el pelo.

—No siempre sonrío —respondió Nicolás con un tono serio—, es que tengo los dientes muy grandes.

Con el tiempo, la relación se fue asentando y consolidando: mientras Nicolás buscaba el sofá del salón del piso de Ventas para ver una película en VHS o las especias de la estantería para preparar una cena romántica con langostinos cocidos y vino Verdejo, Eva siempre quería estar en la calle, conocer nuevos lugares y pasarlo bien allá donde estuviera. Nicolás comenzó a fatigarse al lado de Eva, no la podía seguir, no era capaz de mantenerle el aliento, de complacerla en todo lo que se le ocurría, entre otras cosas, porque ella seguía rebozando sus eternos veinticuatro años y mostraba mucha más vitalidad que él. Una mañana de domingo, Nicolás apareció vestido de corbata negra y con un ramo de flores amarillas, también llevaba un estuchito con un anillo de compromiso en su interior que sacó de un bolsillo de la chaqueta, tragó saliva e hizo la pregunta más difícil y previsible de todas las preguntas.

—Eva, ¿quieres casarte conmigo? —propuso poniendo la rodilla izquierda en el suelo.

Eva recordó que ya había pasado alguna vez por esa situación con Federico y que no había sido una experiencia muy agradable.

Le pidió tiempo a Nicolás para pensarlo, tiempo para decidirse, tiempo para alargarlo todo y dejar todo como si no hubiese pasado el tiempo, porque tiempo era lo que a ella realmente le sobraba y podía malgastar sin ninguna cortapisa. Nicolás no quería esperar e insistió mucho cambiando de rodilla en el suelo. Sabía que no podía prolongar una relación que se movía en todas direcciones, pero que no llegaba a ninguna parte. A Eva no le importaba esperar porque creía que seguía teniendo todo el tiempo del mundo, pero no era así, por primera vez en su vida tuvo conciencia de lo que era sentirse enferma. Por primera vez sintió que estaba profundamente enamorada de alguien, un humano de olores intensos y vellos por todos los rincones de su cuerpo. El amor humano le costó muy caro, porque a partir de entonces, como nunca antes le había pasado, su cuerpo comenzó a pesarle más, sus reflejos eran cada vez más lentos y experimentaba toda clase de dolores internos: de cabeza, de estómago, de riñones, de espalda, de cuello, de pies… ¡Qué terrible era sentirse como una humana, qué desagradable era palpar tan cerca, tan intensamente la vulnerabilidad! Su rostro dejó de tener esas expresiones enloquecedoras, su mirada dejó de ser penetrante, le salieron ojeras y los pómulos le crecieron. Por primera vez frente al espejo, a pesar de su cabellera rubia y sus ojos azules turquesa, se vio demacrada y no tuvo ganas de hacer otra cosa más que descansar. La insistencia de Nicolás por formalizar y asentar la relación fue muy agobiante para Eva: mensajeros con flores y notas de “te quiero”; invitaciones a la ópera y mensajes en el contestador de “te extraño”; comida en casa de sus padres y comentarios en la sobremesa de “te adoro”; en fin, cartas de amor en el buzón y por debajo de su puerta con posdatas de “te amo”. Eva, en cambio, fue empeorando progresivamente, no se sentía capaz de corresponder a su enamorado porque dejaba secar las flores; comenzó a odiar la ópera; no sabía cómo comportarse con los amigos comunes; no estaba segura de si tenía que reírse o morderse la lengua cuando hablaba la madre de Nicolás; era incapaz de terminar de leer todas las cartas que llegaron a su buzón. Se sintió perseguida, como si Nicolás fuera uno de los fornidos cachanchanes de Bella-Miroslava, y no tuvo más remedio que salir huyendo de su piso de Las Ventas. Sin pensarlo mucho metió en una maleta sus pertenencias más preciadas (entre las cuales estaba la foto del Teatro del Bosque) y se fue a vivir a Cercedilla, un pueblo de la serranía madrileña, en donde alquiló un piso con la intención de esconderse y dejar que todas las enfermedades terminaran de invadirle y, si fuese el caso, también acabaran con su degradada vida como personaje. No sabía dónde estaba Ezequiel, dónde vivía; no estaba segura si él podría o querría ayudarle a sanar. Lo maldijo por primera vez: “Ezequiel,

eres un hijo de la chingada. De verdad, eres un auténtico gilipollas". Unas semanas más tarde, acompañada de una vecina del mismo portal, acudió con mucha fiebre al centro de salud de Cercedilla. Una médica de guardia le atendió por urgencias y a Eva, a pesar de su lastimoso aspecto, se le iluminaron los ojos cuando reconoció a Melania Pucheta.

(16)

Eva se dejó auscultar, pero no dejó de seguir los ojos de Melania. Temía que en ese momento pudiera reconocerla. Habían pasado poco más de ocho años desde que la vio por primera vez en la Alameda Central, aunque aquella noche, en la que Melania se reencontró con su padrino, no se vieron la cara directamente. Le puso un termómetro bajo el brazo. Eva recordó también que habían pasado cinco años desde que se vieron en el salón de belleza “Rosina”. En aquella ocasión, Eva se llamaba Ana y tenía el pelo negro cuando le preguntó si la reconocía.

—¡Chica!, pero si estás en los huesos —advirtió Melania en su faceta de doctora—, ¿qué te ha pasado? ¿Te ha dado un mal de amores o algo parecido?

Eva le sonrió la broma. Comprobó que Melania estaba mucho más guapa que la última vez que la vio, de lejos y a escondidas, en el entierro del camarada Rebollo.

—La verdad, doctora, es que últimamente no he estado muy animada.

—Eso se nota a leguas. Tienes mal aspecto, pero estás perfecta. Yo creo que si comes tres veces al día, duermes ocho horas y sales a respirar todos los días el viento fresco de la sierra, te vas a recuperar en un santiamén. No te voy a recetar nada, pero te voy a sacar una cita para dentro de quince días, a ver cómo sigues. ¿Tu nombre es…?

—Eva.

—Eva ¿qué más?

—Eva Nonoalco.

—¿Nonoalco? Eso es un puente que está en la Ciudad de México, ¿no?

—Así es. En el “de-efe”. Cerca de Tlatelolco, para ser exacta.

—¿Tú eres de México?

—Sí.

—¡Qué casualidad! ¡Yo también soy una “chilanga”!

—Me alegra saber que mi médica de cabecera es una paisana.

—Ya no se te nota el acento de allá —afirmó Melania.

—A usted tampoco se le nota —constató Eva.

—No conocía a nadie que se apellidara “Nonoalco”.

—La verdad, doctora, es que me lo inventé cuando llegué a España

—¿Ah sí?

Melania no quiso indagar más. Pensó que no era muy prudente en ese momento hacerle la pregunta obligada: “¿Y por qué te cambiaste el apellido cuando llegaste a España?”. Dos semanas más tarde Eva apareció por la consulta con un semblante mucho más tonificado. Había recuperado el brillo de su mirada y embarnecido sus formas.

—¡Vaya cambio! —subrayó Melania—, veo que has mejorado mucho. ¡Estás guapísima! Ya te decía yo que el aire de la sierra era mano de santo.

—La verdad, doctora, es que le estoy muy agradecida. Ya sé que los médicos están para eso, pero usted me ha devuelto a la vida.

—No seas boba, que una recaída la tiene cualquiera, además no me llames de “usted” que me haces sentir más mayor.

—De acuerdo. Lo que me pasaba es que estaba muy agotada y muy desanimada, sin reflejos, sin ganas de hacer nada.

—Eres muy joven para sentirte tan deprimida. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro

—¡Uy! ¡Quién los tuviera! Si estás en el cénit de la plenitud.

—Sí, en la plenitud, pero aguantando el peso de muchos hombres que solo han conseguido decepcionarme. ¿Tú crees que existen los hombres perfectos?

—¡No! ¡Claro que no!

—Yo creo que la “perfección masculina”, si existe, tan solo abarca el físico, no tiene nada que ver con la sensibilidad. ¿Tú crees que los hombres tienen sensibilidad?

—Si no dejasen siempre la tapa del wáter abierta después de mear, si no carcomieran con el sudor las axilas de las camisas, si tuvieran más cuidado para no escuchar los gases que dejan escapar en cualquier parte, si tuvieran más iniciativas para los asuntos domésticos, si no se pasaran la mayor parte del tiempo tumbados en el sofá con el mando a distancia en la mano, creo que las mujeres podríamos encontrar un poco de sensibilidad en los hombres.

—Lo dices como médica o como mujer —interrogó Eva clavándole la mirada en los ojos.

—Como médica, por supuesto, llevo muy poco tiempo casada y a mi marido…, todavía le queda mucha sensibilidad. Tenemos una niña pequeñita y él prácticamente se encarga de cuidarla todo el tiempo.

—¿Ah sí? ¿Y cómo se llama? —se interesó mucho Eva.

—¡Clara! Está para comérsela.

—Qué nombre más bonito.

—Mira, aquí traigo una foto, ¿la quieres conocer?

—Me encantaría.

Eva constató la viva imagen de la mezcla genética, pues Clara tenía muchos rasgos de Ezequiel y de Melania fundidos. Se alegró por ellos. Se despidió prometiendo que algún día la volvería a visitar para tomarse un café, pero ya no como una paciente. De todas formas, Eva tuvo mucho tiempo para observar y conocer los movimientos de Melania como médica del centro de salud de Cercedilla. Se dio cuenta de que Melania solía llegar en su coche hacia las ocho y media de la mañana, salía a desayunar todos los días a un bar que estaba enfrente del consultorio y hacia las tres de la tarde volvía para su casa. Con semejante rutina laboral le fue muy fácil a Eva coincidir "casualmente" una mañana en el bar a la hora del desayuno.

—¡Hola! Doctora, ¿se acuerda de mí?

—¡Claro que sí! —confirmó Melania—, tú te llamas "Eva Nonoalco", ¿no?, como el puente de la estación de Buenavista.

—¡Muy bien! —afirmó Eva—, esa palabra es de origen náhuatl, y significa "lugar de agua muda". ¿Me puedo sentar?

—¡Por supuesto! ¿Quieres un café?

—¡Sí! ¡Uno con leche, por favor! —respondió Eva, en voz alta, para que el camarero la escuchara.

—Y dime, Eva, ¿a qué te dedicas? ¿Cómo es que una chica tan guapa como tú vive en este rincón de la sierra madrileña?

—Pues, yo ahora estoy sin trabajo, pero he hecho de todo.

—O sea, que tu vida estará llena de anécdotas.

—Mi historia tiene muchos capítulos. Antes de nacer me quedé huérfana de padre y al nacer me quedé huérfana de madre. Me criaron unos tíos que tenían mucho dinero. De verdad, eran millonarios porque tenían una residencia enorme en las Lomas de Chapultepec.

—¿No me digas?

—Sí, yo vivía, con ellos y mis primas, a todo trapo. Pero me emancipé porque quería conocer la autonomía y la libertad, ya sabes, los clásicos temas de las juventudes inadaptadas. Estuve dando tantos tumbos por todas partes que prácticamente volví a nacer otra vez huérfana, desamparada y necesitada de todo.

—¿A qué te refieres?

—Estaba muy perdida y desadaptada.

—¿Y cortaste definitivamente con tu familia?

—Sí, porque me enteré de cosas muy feas y muy desagradables… Así que, preferí poner tierra de por medio.

—¡Qué duro!

—Luego, como no sabía muy bien cómo salir adelante, conocí a una señora muy buena, que se llamaba Bella-Miroslava, que me

acogió y me dio un buen trabajo.

—¡Qué bien! ¿Y en qué trabajabas exactamente?

—En el ramo de la prostitución. Al principio, sí, fue muy duro adaptarme, pero después, me empezó a ir bien y llegué a ser uno de los floreros nocturnos de la calle Sullivan del Distrito Federal más caros y codiciados. No me iba nada mal: viajes, hoteles de lujo, restaurantes caros, alcohol sin medida, cocaína, marihuana, ácidos… Como soy muy acrobática la postura que más les gustaba era cuando me ponía boca arriba y colocaba mis piernas en los hombros de los clientes. Mientras más asquerosas eran las frases que les decía, más disfrutaban…

—¿Y luego qué pasó? —insistió Melania indecisa entre cambiar de conversación o indagar más sobre las peripecias sexuales.

—Lo dejé. Bueno, más bien, me escapé porque me obligaban a prostituirme y no me daban un respiro. Extrañaba mi autonomía y mi libertad. Por eso hui de México y me vine a Madrid. Me cambié de nombre e inicié una nueva vida.

—Hiciste muy bien —reafirmó Melania—, pero ¿qué pasó aquí para que te diera esa depresión de caballo?

—Me enamoré de un estúpido que al principio me quería a mí, tal como era, luego ya no me quería a mí sino a un modelo de mujer que tenía insertado en la cabeza, un tipo de mujer que sencillamente no era como soy yo. Quería que hiciera lo que no sabía hacer, que fuera como no sabía o no me gustaba ser. ¿Tú entiendes eso?

—Es que eres muy joven y todavía piensas que las personas no cambian. Cuando seas más mayor te darás cuenta de que la gente madura se replantea muchas cosas, cambia de opinión, se recicla. No se puede ser siempre de la misma manera.

—Será por eso que no entiendo muchas cosas de esta vida. Las que nacemos huérfanas nos la pasamos necesitando de todo.

—¿Y qué planes tienes ahora?

—Aunque no me creas, he estado pensando muy seriamente la opción de meterme a monja

—Pero ¿qué dices?

—¡Lo digo en serio! Había pensado ingresar en el Monasterio de Monjas Cistercienses Calatravas de Moralzarzal, porque he estado meditando mucho que en este momento de mi vida tengo que hacer alguna cosa muy importante para conseguir trascender.

—¿Y qué es eso tan importante? ¿Renunciar a tu propia vida en favor de la vida monacal?

—No, ¡de verdad!, he pensado muy seriamente en que tengo que ponerme a escribir todo lo que me ha pasado.

—¿Tus memorias? —Melania evitó por poco una carcajada—,

me parece que todavía eres muy joven para que te preocupen esas cosas, ¿no?

—¡No! —respondió contundente Eva—, porque nunca se es demasiado joven para empezar a escribir las historias que no deberían olvidarse.

♠

Eva y Melania comenzaron a intercambiar impulsos químicos muy positivos, buscaban cualquier pretexto para quedar, para charlar, para conocerse más a fondo, para bailar en toda clase de antros nocturnos que abrían de madrugada y aprender a verse de frente, a tocarse, a sentir una atracción nunca antes experimentada por ellas. En un concierto de "Héroes del Silencio", en la Riviera de Madrid, aprovecharon el anonimato de la multitud entregada para besarse sin mirarse, sin ponerse trabas, sin pensarlo demasiado, como si realmente esa noche fuera la última vez que iban a estar en tales circunstancias. No se dijeron nada, no se reprimieron ni se halagaron, no necesitaron explicaciones ni justificaciones, tan solo vivieron intensamente ese momento en el que se fundieron en un abrazo. Una semana más tarde, después de agotarse por las compras de rebajas en las tiendas del centro, estaban tomando un café en una terraza de la glorieta de Atocha. Melania aprovechó para sonsacar a su amiga.

—¿Qué nos está pasando?

Eva la miró al tiempo que sorbía una relajante taza de café con leche y respondió sin inmutarse.

—¡Nada!, somos dos buenas amigas, nada más. No te preocupes, ah, pero eso sí, con una amistad que de cerca se agiganta.

Rieron y Melania se sintió mucho más confortada, se terminó su respectivo café y le preguntó si ya conocía El Guernica de Picasso. Eva le dijo que no lo había visto porque delante de los grandes murales le podían ocurrir cosas indescriptibles.

—Es una experiencia que no deberías perderte —dijo, mientras se la llevaba del brazo después de pagar la cuenta.

Entraron en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía y Eva se resistió a mirar de frente el famoso lienzo que recreaba las desastrosas consecuencias del bombardeo de la legión Cóndor. Melania aprovechó para contarle que el cuadro lo había encargado el Gobierno de la República Española para ser expuesto en el pabellón español durante la Exposición Internacional de 1937 en París… Eva se escabulló en cuanto pudo, la dejó hablando tal y como hablaba Ezequiel cuando contaba sus crónicas callejeras frente a un puñado de ingenuos turistas. En su escapatoria buscaba el trayecto más corto y sin cuadros hacia la salida, pero se perdió.

El enorme tamaño del edificio, que en otros tiempos fungió como Hospital Provincial de Madrid, la confundió y no pudo evitar entrar en una sala llena de obras pictóricas. Vio una puerta y adivinó el caminó hacia ella con los ojos bien cerrados, entre tanto, comenzó a escuchar el estruendo de mucha gente. Se imaginó que el ruido procedía de una muchedumbre de turistas que a diario llenaban las salas del museo, pero al abrir los ojos se quedó paralizada cuando, de repente, se encontró en el interior de un enorme pabellón de hospital, en donde había muchas camas con sábanas blancas y estructuras de hierro en los cabeceros. Las camas estaban alineadas en las paredes y en muchas de ellas estaban recostadas personas de miradas lánguidas. También había enfermeras que más parecían religiosas por sus abundantes ropas, cofias y delantales blancos, crucifijo al cuello y tensiómetro en los bolsillos. El olor a alcohol y desinfectante, tan característico de las dependencias sanitarias, le ocasionó que se le revolviera el estómago. Eva, en tales circunstancias, comenzó a buscar el baño de mujeres sin despejar interrogantes: ¿A dónde se habían ido todos los cuadros? ¿Por qué se había desplazado a la época en que el museo era un hospital? Eva no encontró el baño, pero se topó con Melania que caminaba como una zombi por los pasillos. Cuando cruzaron sus miradas le hizo la misma pregunta por segunda vez en menos de una hora:

—¿Qué nos está pasando?

Eva la cogió de la mano y se fueron corriendo hasta que encontraron la puerta de salida. Ya en la calle, de vuelta en su realidad contemporánea, se miraron como se verían dos quinceañeras después de haber pasado por la escarpada y emocionante ruta de una montaña rusa.

—Eva, ¿tú has visto lo mismo que yo? ¿Qué era todo eso?

—Nada, no te concentres en eso, ya te advertí que podían pasar cosas indescriptibles.

Se fueron caminando dando tumbos, mareadas, despeinadas, si saber en qué dirección ir. Caminaron hasta que volvieron a encontrar sus miradas de complicidad y estallaron simultáneamente en una estruendosa carcajada que llamó la atención de los viandantes. Cerca de las fiestas de Navidad de ese mismo año (1993), Melania organizó una fiesta por su cumpleaños en el chalé de Aravaca. Al festejo fueron muchos amigos, entre los que se encontraba Eva, que llegó con dos botellas de vino tinto de la Ribera del Duero. Entró por el jardín donde la gente conversaba y bebía animadamente alrededor de una surtida y humeante barbacoa, a pesar del frío invernal que inundaba el ambiente. Se percató de que los temas de conversación más socorridos de la reunión se dividían entre la aprobación, por parte del presidente

Clinton, del Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Canadá, México y Estados Unidos y la intervención, por parte del Banco de España, de Banesto, que dirigía Mario Conde. Eva se fijó en que el perro de la casa estaba tumbado en el suelo, atado a una cadena. Antes de presentarse como una amiga de la cumpleañera fue a acariciar a Urtain que le lamió la mano desde el primer momento. Así la encontró Melania, que llevaba a Clara llorando en brazos.

—¡Hola! ¡Qué alegría que hayas podido venir! Mira, te presento a Clara.

—¡Hola, Clara! ¿Por qué lloras?

—Porque estoy muy tonta esta tarde —respondió la madre desvelando su hartura.

Eva la cogió en brazos y al poco rato consiguió calmarla y dormirla. A partir de esa fiesta Eva multiplicó sus visitas al chalé de Aravaca. La invitaban a merendar, a dar paseos por los parques del barrio, a formar parte del elenco obligado de invitados en todas las fiestas que organizaban. También le pedían que fuera recoger a Clara a la guardería, que se quedara en casa cuidando a la niña los días que estuviera enferma. Una tarde estaban sentadas en la mesa de la cocina tomando un café.

—¿Te pasa algo? —apuntó Eva frunciendo el ceño—, hace días que te veo un poco esquiva.

—Es por mi marido —respondió tajante.

—¿Algún problema?

—Bueno, yo creo que la cosa ya no funciona.

—¿Qué cosa? Su… —dijo Eva señalándose la entrepierna.

—Es un decir, Eva, no se puede ser tan literal —reprimió Melania sin poder borrar la preocupación de su cara.

En ese momento, oyeron los ladridos de Urtain que anunciaba la llegada a casa de Ezequiel.

—Tienes que hablar con él —sugirió Eva recogiendo sus cosas—, lo mejor será que me vaya.

—Buenas tardes a todas en esta casa —saludó Ezequiel—, ¿estamos celebrando algo en especial?

—Nada —respondió Melania sirviéndole una taza de café a Ezequiel—, que Eva ya se iba.

—Oye, por mí puedes quedarte. Que yo me voy a encerrar en mi estudio a escribir toda la noche.

—¿Y eso?

—Nada en especial, unas ideas que me rondan y que no quiero que se me pasen.

Ezequiel salió de la cocina con su taza de café humeante mientras Melania, sin poder desdibujar la preocupación de su rostro

inquirió:

—¿Ves? Así lleva varios días, no nos hace caso. Te has dado cuenta de que no me preguntó cómo me había ido hoy, ni tampoco se interesó por Clarita. Está muy raro.

—Ya veo, ya veo —dijo Eva ocultando una enorme satisfacción.

(17)

El empujón definitivo con el que Ezequiel volvió a retomar con más disciplina su faceta de escritor lo dio un cúmulo de circunstancias en las que Eva siempre estuvo presente. Ella sabía que mientras su autor mantuviera viva la llama de la escritura ella gozaría de buena salud para mantener sus recobradas libertades y autonomías vitales. Los momentos culminantes tuvieron lugar en septiembre de 1995, mientras en México ocurría un accidente entre dos aviones que formaban parte de una exhibición aérea durante el centésimo octogésimo quinto aniversario de la Independencia. Eva se presentó en el chalé de Aravaca con una pequeña maleta. Melania tenía que asistir durante una semana a un Congreso de Medicina General en Barcelona, por lo que le pidió que cuidara de Clarita, quien apenas acababa de cumplir dos años.

—Me quedo más tranquila si te instalas en casa —afirmó Melania mientras le daba un sonoro beso a su hija y el taxista subía su maleta en el coche—, te debo una.

Eva aprovechó para interesarse más de cerca por las vicisitudes epistolares de Ezequiel sin descuidar las atenciones de Clara. Así, por las noches, cuando Ezequiel volvía del taller de reparaciones, Eva ya había bañado a la niña y le había dado el biberón. Jugaban un poco y se iba redondita a dormir a la cuna. Después de cenar y de recoger la cocina Ezequiel y Eva se quedaban charlando sobre las nuevas hazañas expresivas de Clara, el nivel de saturación de mocos o el comportamiento durante las ingestas de alimentos. Hacia las diez de la noche llamaba por teléfono Melania para pasar revista a lo sucedido en el día, primero hablaba con Eva y luego con su marido. Una noche, después de colgar el teléfono, Ezequiel se metió en su estudio a escribir, pero Eva se le interpuso en su camino.

—¿Sabías que a mí también me gusta mucho escribir? —le confesó.

—¡No me digas! —se interesó Ezequiel—, ¿y qué escribes?

—Historias que me pasan y que me invento, como tú.

—Pues me tienes que dejar algo, me gustaría leerlo.

—Antes me gustaría que tú me contaras en qué proyecto estás trabajando.

—Uf, eso es muy difícil de saber —reconoció Ezequiel buscando con ahínco su pipa y el tabaco—, todas las tardes que vuelvo en el tren me fijo en las personas que viajan en el mismo vagón y procuro

inventarles una historia. Me fijo en su forma de hablar, en su manera de caminar, en la expresión que adoptan cuando tienen la mirada perdida. No sé, veo todo eso y luego llego a casa y frente a la hoja en blanco dejo que mi mano y el bolígrafo me sorprendan.

En eso de dejarse sorprender, Ezequiel era un experto, porque muchos días aprendía a pensar escribiendo, o mejor dicho, que el pensamiento que más le convencía y le gustaba era aquél que escribía. Su verdadera pasión consistía en que no veía la hondura del renglón y se le desbordaba la prosa, y luego no había pupila mortal que le siguiera. Solo escribiendo se acordaba de lo que había escrito antes; escribía recordando, recordaba escribiendo; no paraba, seguía. Tenía una enfermedad que un médico y divulgador científico mexicano, Rufino Pérez Tamayo, definió como: *Insanabile scribendis cacoethes* y que significaba: “la enfermedad incurable de escribir”. Dicho padecimiento era tan antiguo como la necesidad que había tenido el hombre para almacenar información fuera de su memoria.

—Entonces, ¿escribir para ti es como hacer gimnasia?, ¿para mantenerte en forma?

—Más o menos, yo escribo para creer que sigo vivo en este mundo. Nada más.

Ezequiel manuscribía empujado por el precipicio del tiempo y la inmensidad del instante. Se ceñía a sus propias "escrituras", porque las consideraba como las verdaderas materias primas de su autenticidad.

—O sea, que tú escribes por el gusto de escribir antes que por el reconocimiento que los demás te otorgan al leerte.

—Dicho así suena como si fuese un mártir o un tonto. Yo creo que lo importante es no perder nunca la oportunidad de decir algo.

Ezequiel reconoció que nunca consiguió vivir de su escritura a pesar de que no dejó de manuscribir artículos periodísticos, ensayos, novelas, obras de teatro, diarios y cartas largas a su familia y, sobre todo, a Melania.

—¿Y ya has conseguido publicar algo?

—No, aún no, a pesar de que tengo borradores a montones, pero no me angustio porque las publicaciones se parecen a las liebres: cuando menos las esperas se te aparecen por el camino.

—¿Te importaría si ordeno tus borradores? Yo creo que aquí hay suficiente material para concretar alguna publicación. Si quieres, yo podría ayudarte en esa tarea… —propuso Eva ante el gesto atónito de Ezequiel.

—Qué quieres que te diga, a mí me encantaría que te atrevieras a organizarme todo ese material. Pero no te hagas muchas ilusiones, porque también hay mucha basura.

Eva se puso de inmediato a la tarea y comenzó a escombrar las pilas de papeles que había en las estanterías y en los cajones. El estudio tenía dos archiveros repletos de manuscritos y también había muchos papeles dentro de varias cajas apiladas. Ezequiel vio con asombro la iniciativa de la invitada, pero no se animó a participar en esa empresa, le dijo que ella solita se había metido en ese embrollo. Se fue a ver la tele y antes de irse a dormir pasó de nuevo por su estudio.

—¿Te vas a quedar toda la noche ordenando papeles? —intentó desanimar a Eva.

—Si no te importa, me gustaría quedarme otro rato —pidió Eva—, en un momento lo dejo y mañana continúo.

—Como quieras, buenas noches.

Eva se pasó toda la noche leyendo y clasificando los materiales que encontraba. Tenía mucha ansiedad porque sabía perfectamente que entre esos tumultos estaría la obra de teatro *Ana desde hace tiempo* y no sabía qué podría pasarle a la hora de leerla por primera vez en su vida. La encontró y se enfrentó al texto como lo haría cualquier persona en el momento de ver fotografías o películas de su historia pasada. La leyó de un tirón y oxigenó todos sus recuerdos.

♠

A la mañana siguiente, Ezequiel se levantó temprano y se encontró con Eva, que todavía estaba en su despacho. La habitación tenía un aspecto diferente, menos polvo, mucho más orden, su estudio de pronto le pareció un lugar más agradable para entrar y permanecer, pero lo que más le llamó la atención fue que la vieja máquina de escribir, la misma que le había regalado el camarada Rebollo, ahora estaba encima de su mesa.

—¡Vaya! ¿Has encontrado mi vieja máquina de escribir? ¿Dónde estaba?

—Metida en el fondo de una caja.

—Creí que la había perdido.

—Pensé que te haría ilusión verla. Si ya no piensas usarla podrías, al menos, tenerla como adorno. Es muy bonita.

—¡Pobrecita! A ver, entre tantos papelotes estaría ahí totalmente asfixiada.

—¿Por qué no la pruebas? ¿A la mejor todavía sirve?

Ezequiel metió una hoja y se puso a teclear con rapidez. Le gustó el soniquete y recordó sus viejos tiempos de guionista: “la realidad no existe, la inventan los medios de comunicación”; de cronista excepcional de la movida madrileña: “Abigarrada conjunción de negros es la noche”; tecleó y tecleó para sentirse muy reconfortado.

Llenó con agilidad la primera hoja con historias que recordaba improvisadamente: "Un día una gallina llegó a su casa muy triste diciendo que había suspendido el examen de ortografía. Era inconcebible que tan hermoso ejemplar pudiera poner uevos sin hache". Y luego siguió metiendo muchas más hojas por el rodillo de su antigua máquina. Ahí se quedó toda la mañana, sin ducharse, sin desayunar, sin ir a trabajar al taller de reparaciones. Cuando volvió Eva de dejar a la niña en la guardería oyó que las teclas repiqueteaban con fuerza y decisión, para ella era como si su vida hubiese obtenido una larga prórroga de estabilidad. Respiró hondo y se acercó al estudio para despedirse de Ezequiel.

—Bueno, yo me voy a dar una vuelta, te veo esta tarde.

—¡Espera! —alertó Ezequiel, levantando la cabeza—, no te vayas todavía, que quiero decirte una cosa.

Eva esperó un rato en lo que Ezequiel terminaba de teclear. Sonrió al tiempo que cruzó los brazos.

—¿Qué me ibas a decir?

—¡Ah, sí! ¡Gracias! —se levantó de su silla y fue a darle un sentido abrazo—, hace tiempo que no me sentía tan bien y creo que te lo debo a ti.

—No es para tanto —respondió Eva, zafándose del abrazo—, de vez en cuando viene bien poner orden en nuestras vidas.

—Ni que lo digas —volvió a sentarse a teclear y después paró en seco y le dijo—: eres como un ángel caído del cielo.

Esa tarde, hacia las cinco y media, Eva volvió al chalé de Aravaca con Clarita en su sillita de ruedas. Mientras preparaba una papilla de merienda, con zumo de naranja, manzana y galletas, escuchó a lo lejos que la máquina de escribir seguía tecleando. No quiso interrumpirlo, lo dejó ensimismado en su estudio toda la noche. Ya de madrugada, Eva, desde su habitación, se dio cuenta de que las teclas ya no se oían, se acercó al estudio y encontró a Ezequiel dormido con la cabeza colocada encima de la máquina, seguía en pijama, sin ducharse y seguramente sin haber probado bocado durante más de veinticuatro horas. Eva no pudo contener su curiosidad por leer las muchas hojas recién escritas y ahí se quedó el resto de la noche, sin dormir, leyendo frases inconexas, al lado de su autor, soñando con los ojos abiertos.

Cuando salió el sol, Eva despertó y se vio rodeada de papeles. Clarita fue a ponerle sus manitas en la cara y le dijo "¡Ava!" Ezequiel entró en ese momento, recién duchado, recién afeitado con una taza de café humeante.

—¿Qué tal ha dormido la lectora nocturna?

—Perdón —reaccionó Eva—, anoche vine a ver cómo estabas, me puse a leer y me quedé frita…

—No me extraña, menudos mamotretos y ladrillos te habrás tragado. Clara y yo nos vamos a El Retiro a ver una actuación de titiriteros, ¿te vienes?

Ezequiel esa mañana de sábado lucía una mirada radiante, indistinguible para quienes lo conocían y enigmática para quienes no lo conocían. Las sufridas y reconfortantes experiencias epistolares vividas con tanta intensidad le brindaron un paréntesis, una tregua, un respiro para verse renovado frente al espejo y ante sus propias expectativas. Después de la función de teatro infantil se fueron a sentar en un banco bajo una buena sombra mientras Clarita se echaba una merecida siesta.

—¿Y qué te parecen mis textos? —preguntó directamente Ezequiel—, ¿por qué estás tan interesada en leerlos si apenas son borradores?

—Pues… no sé —se sonrojó Eva sin encontrar una respuesta rápida—, me gusta lo que cuentas.

—¿Ah, ¿sí? Pero, podrías ser un poco más explícita.

—No sé, bueno, ya que insistes, te diré que, para mi gusto, hay poco sexo en tus escritos… Muchas noches, muchos abrazos, pero de eso, nada de nada.

—¿Tú crees?

—Definitivamente. Tienes que ser más explícito y describir con paciencia, imaginación y entusiasmo todos los detalles. Tendrías que dejarte la piel y los sesos cuando decides entrar en esos terrenos.

—No sé qué decirte —reconsideró Ezequiel—, porque a veces la mejor escena de amor se consigue con un simple intercambio de miradas entre dos personajes, no hace falta ser tan explícitos. El detalle, a veces abruma, distrae si la historia no avanza.

—De acuerdo, pero reconoce que dices lo que dices pensando solo en los lectores y no en los personajes. Créeme si te digo que los personajes necesitan de esas descripciones explícitas tanto o más que los lectores. Piensa, por un momento, que los escritores les ofrecen a sus lectores una experiencia literaria entre muchas otras experiencias vitales que han podido tener al cabo del día, pero los personajes necesitan tener más vivencias y solo los escritores se las pueden dar.

Ezequiel se quedó pensando en las palabras de Eva. Las repasó con calma con un gesto serio, luego, sin saber qué decir se le escapó una risa carraspera.

—Perdona —respondió Ezequiel combatiendo la risa—, en mi opinión, en una historia es más importante la acción que los personajes.

—¡Ya! —se levantó Eva del banco con un gesto que se parecía

mucho a la indignación—, pero los personajes somos los que le damos vida a esas acciones.

—¿Cómo has dicho?, ¿“somos los que le damos vida…”?

—¡Perdón! Quise decir que los personajes “son los que les dan vida a las acciones”.

Ezequiel también se levantó del asiento y empujó el carrito de su hija, que todavía seguía durmiendo. Sin poder evitarlo cruzaron por el estanque y el Palacio de Cristal de camino a la estación de cercanías de Atocha.

—¿Ves esa muchacha? —señaló Ezequiel levantando el brazo—, ¿la que está sentada en aquel banco? tú y yo no sabemos quién es, cómo se llama, si espera a alguien, si dentro de unos minutos formará parte del acontecimiento más excepcional o trágico de su vida.

—Si le preguntamos sería fácil saberlo —Eva entró al trapo.

—¿Y qué vas a preguntarle? ¿Si podría ser Candela, una de las famosas mujeres atacadas de los nervios de Almodóvar, poco antes de tener una aventura amorosa con un miembro de un comando terrorista chiíta? Aquella otra podría ser Fortunata momentos después de engañar a su marido, o aquel ciego podría ser el mismo Pérez Galdós, su autor, un día antes de inaugurar, en 1919, su estatua en ceremonia oficial, se supone que anda por aquí para despedirse de sí mismo acariciando su estatua de piedra. Mira, vamos al interior del Palacio de Cristal.

Aceleró el paso empujando el carrito mientras a Eva se le empezó a revolver el estómago.

—Ezequiel, no me estoy sintiendo bien —dijo Eva conteniendo una arcada.

—Escucha lo que te voy a contar —alzó la voz—, este edificio de metal, recubierto con planchas de vidrio de alta calidad fue construido en 1887 con motivo de una exposición de flora de las Islas Filipinas. Esa señora que ahora mira los cristales podría estar viendo unos alcatraces de un cuadro pintado por Diego Rivera *La vendedora de flores* que fue adquirido por el Museo Reina Sofía prácticamente un siglo después…

Eva escuchó el nombre de Diego Rivera y buscó la salida para no vomitar dentro del recinto.

—Pero eso no es todo —continuó Ezequiel—, en mayo de 1936 este hermoso lugar se utilizó para celebrar el nombramiento oficial de Manuel Azaña como presidente de la República. Ese señor vestido de traje y boina en la cabeza bien podría ser un diputado del Partido Socialista invitado a la ceremonia o un periodista de *El Sol* afilando su pluma y su oreja para hacer una crónica puntillosa.

Al salir del Palacio de Cristal, Eva buscó la base de un árbol

donde ocultar la cabeza para devolver los restos del desayuno. Volvió a sentir en carne propia aquellos alfileres que se le clavaban y un ruido exageradamente molesto que le hacía perder el equilibrio. Ezequiel, cuando se dio cuenta fue a buscarla y le preguntó cariñosamente.

—¿Te encuentras mal?

Eva negó limpiándose la boca con un pañuelo desechable. La abrazó con la mano izquierda mientras con la derecha empujaba el carrito de su hija. Todavía, al pasar por el Parterre francés, debajo de un enorme sabino, se animó a decir:

—Este ahuehuete es el árbol más antiguo de Madrid, se supone que lo sembraron hacia 1632, en una de las entradas del Palacio del Buen Retiro que por entonces estaban construyendo.

Cuando volvieron a casa, Eva se tomó una manzanilla y se quedó dormida toda la tarde. Entre tanto, Ezequiel se puso a jugar Serpientes y Escaleras con Clarita, la niña se divertía tirando el dado continuamente mientras su padre narraba las tiradas.

—Cariño, no hagas trampas, voy a ver si ya despertó Eva —dijo Ezequiel al tiempo que subía a la habitación de invitados.

Eva escuchó que alguien abría la puerta, pero fingió seguir dormida. Ezequiel se sentó a su vera y le colocó la mano en la frente para ver si tenía fiebre. Eva aprovechó la cercanía para abalanzarse sobre su autor con un forcejeo amoroso:

—Tienes que narrar todos los detalles —afirmó ella con los dientes apretados.

—Con una rubia de ojos azules tan guapa como tú no será muy difícil.

—Cuenta cómo me quitas cada botón de mi camisa, cómo me desatas el broche del sujetador, cómo me tocas los senos, cómo me quitas el cinturón y el cierre del pantalón, cómo me monto encima de ti, cómo invades mi interior con tu semen…

—¿Vas muy rápido, ¿no? —reclamó Ezequiel echando la cabeza para atrás.

—Pero si todavía no hemos comenzado —amenazó Eva buscando sus labios.

—¿Tú crees que sea una buena idea?

—Tú toma nota de todo lo que te voy a dictar.

♠

Melania había llamado la noche anterior por teléfono para avisar de que adelantaba su vuelta del congreso de médicos de Barcelona para el sábado por la noche. Habló con Eva y ésta le dijo que le avisaría a su marido, pero no le dijo nada con tal de consumar sus propios planes. El destino quiso que Melania volviera

a casa justo en el momento en que su hija se atragantaba con un dado de las Serpientes y Escaleras. Los buenos oficios de la médica de familia consiguieron sacarle el cubito de la garganta. Primero, la recostó boca abajo y luego, con la cara de lado, le presionó fuertemente la espalda, hasta expulsar el dado. El llanto de la niña se incrementó al sentirse más segura en los brazos de su madre. Melania, sin tiempo para quitarse el abrigo buscó a Ezequiel y a Eva sin soltar a su hija. Cuando llegó a la planta de arriba entró en la habitación de invitados y se topó con la escena más cruda de la infidelidad. Era como un monumento al descaro capaz de conseguir que sus interactuantes se abstrajeran de la realidad, a tal grado que podían desdoblar sus sensibilidades al infinito, pero no podían percibir si alguien los miraba de cerca con una niña en pleno llanto. En ese momento constató que el pasado de Eva era muy cierto y evidente. Ella estaba ahí, con los pechos al descubierto, arrodillada, hurgando la bragueta del macho; él, en calcetines y sin camisa, también estaba ahí, algo abstraído pero complaciente a todo lo que ella le decía.

—¡Pelirroja! —se subió la bragueta—, ¡qué sorpresa! Pensé que volverías mañana. Cariño, no es lo que parece, de verdad, Eva tan solo me estaba dando una lección de erotismo para darle más realismo a mis textos.

—¿Una lección de erotismo para tus textos? —saltó Melania—, ¡qué descarado! ¿De qué me estás hablando?

—¡De todo! ¡Lo importante es esto! ¡Mira! —se incorporó y sin camisa se fue hasta su estudio para mostrarle su escritorio lleno de papeles.

—¿Qué? —Melania lo siguió con la niña todavía en brazos—. ¿Qué es lo que tengo que ver?

—¿No te das cuenta? —levantó un fajo de hojas escritas a máquina—, mira, he vuelto a escribir. ¿No te parece maravilloso? Después de todos estos años, por fin me vuelvo a concentrar en estas lides… Creo que he superado esa estúpida crisis de identidad trasterrada. Pecosa, me vuelven a fluir las historias, los personajes conversan con naturalidad, ya no son maniquíes de cartón piedra, ahora sus rostros tienen verrugas, matices, tonos, canas, pasiones, lunares, escalofríos, olores, sueños…

Melania no pudo ni quiso oír a Ezequiel.

—¡Para, para, para…!

Lo había sorprendido in fraganti, lo había pillado con las manos en la masa, lo había cazado in situ. No estaba para congeniar con las extravagancias de quien nunca se había considerado como un escritor. Salió corriendo del estudio sin soltar a su hija y de espaldas se le escuchó nítidamente decir: “¡hijo de puta!”.

Antes de salir por la puerta de su casa se encontró de frente con Eva, quien para entonces ya se había vestido y la esperaba con la cabeza agachada.

—Melania, déjame que te lo explique.

—No necesito que me digas nada. Y menos tú. ¡Puta eras y puta seguirás siendo! Me has destrozado la vida. Espero que no vuelvas a cruzarte por mi camino.

Melania salió rumbo a las urgencias del Hospital Puerta de Hierro para asegurarse de que su hija no tuviese alguna lesión en la garganta. Ezequiel salió a la calle, medio vestido, intentando detenerla, suplicándole un segundo para poder brindarle una excusa y una aclaración. Melania no se detuvo hasta que se encontró con un taxi en el que se fue sin hacer caso a nadie. Eva esperaba a Ezequiel en la puerta del chalé acariciando la cabeza de Urtain. Tenía la esperanza de que la nueva situación familiar arrastrara a Ezequiel a la escritura y, con eso, ella pudiera asegurar su estabilidad en el mundo de los palpitantes durante un largo tiempo. Pero calculó mal porque nada más entrar en casa, Ezequiel subió a su estudio, tiró la máquina de escribir al suelo y la sepultó con todos los papeles que encontró sobre su escritorio. Se ensañó con las estanterías y terminó tirándolas sobre el escritorio dejando todo patas arriba. Después fue a vestirse y antes de salir de casa le dijo a Eva:

—Cuando te vayas cierras la puerta, por favor.

—¡Lo siento! Nunca me imaginé que podía pasar algo tan desagradable —insistió Eva.

—Déjalo, no ha sido culpa tuya.

—¿Adónde vas?

—A buscar a mi mujer y a mi hija.

—Te acompaño.

—No, lo mejor será que te vayas a tu casa y no vuelvas en una temporada larga.

—¡Lo siento! ¡De veras!

—Tranquila, somos personas adultas y responsables de lo que hacemos. Adiós y suerte.

Ezequiel salió por la puerta mientras Eva, sola en casa, se dio prisa en recoger todas sus cosas y llevarse consigo la máquina de escribir, la obra de teatro y algunos borradores. En ese momento tomó la decisión de aprender a usarla en su propio beneficio.

Tercera etapa
Los ayeres de mañana mismo

Alameda Central: agua cero

El jueves 19 de septiembre de 2013, veintiocho años después de la señalada fecha en que ocurrió uno de los más devastadores y mortíferos terremotos en la historia de la Ciudad de México, Melania Pucheta estaba sentada en un banco de piedra que rodeaba una de las fuentes de la Alameda Central. Era por la tarde y, aunque las familias paseaban sin prisas y sin destinos prefijados, comenzó a chispear amenazando aguacero. A Melania, desde que dejó su chalé de Aravaca y volvió a México hacía dos años, le gustaba andar por esos antiguos y legendarios pasillos cargados de personajes destacados y de personas normales que encontraban su presente en forma de fuente, jardinera, banco, bolero, hemiciclo, estatua o acacia. Ese parque le traía muchos recuerdos de su padrino, pero, sobre todo, las evocaciones más relevantes eran para Ezequiel, a quien todavía echaba de menos, a pesar de haberse divorciado de él dieciocho años atrás. Melania no había quedado con nadie en concreto, pero parecía que tuviera una cita importante porque se imaginaba que alguna de las muchas personas que pasaban enfrente de ella se sentaría a su lado y comenzaría a charlar sobre la calidad del aire en la Ciudad de México, las ventajas de utilizar el segundo piso del periférico o de cualquier cosa. Melania no se movió del banco de piedra, a pesar de que los goterones comenzaron a alejar a todos los paseantes. Cuando la lluvia arreció se quedó completamente sola en el banco y en todo el parque. Estaba encantada, pues no recordaba un momento igual bajo un aguacero torrencial: se le pegó el pelo rojo sobre la cara y las ropas se le entallaron al cuerpo. El ruido de la lluvia llegó al umbral de la intolerancia hasta que se convirtió en silencio, ¡eso!, en un lugar de agua muda y se animó a quedarse. Decidió esperar a que escampara sentada en el banco de piedra, con la cabeza recargada en las rodillas y abrazándose las piernas. Por momentos, parecía que había una avería de fuga en las nubes porque llovía tanto que el follaje de los árboles se movía más que el mar chocando contra los muelles y,

además, comenzó a desbordarse el agua de la fuente. Los rayos iluminaban la oscura tarde ennegrecida por el aguacero y Melania, de reojo, se dio cuenta de que no había ni una persona en un radio de quinientos metros a la redonda. "¿Cómo se puede estar tan sola en una de las ciudades más pobladas del mundo?" Pensaba. Sin llegar a escampar un ápice, Melania sintió la presencia en su regazo de alguien que llegó a resguardarle de la lluvia.

—¡Gracias! —reaccionó Melania—, de todas formas, no se moleste, ya estoy más que empapada.

—Para mí no es una molestia, sino más bien un placer —dijo una mujer con una voz muy grave y con acento francés.

Melania se percató de que su acompañante era una mujer muy alta, cuya vestimenta y piel eran completamente negras, y tan duras como el mismo bronce.

—Pero… ¿tú eres la estatua de la fuente, no?

—*¡Oui, madame! Je suis une création de Monsieur Sauvageau.*

—¿Y qué quieres? —Melania se asustó, poniendo los pies en el suelo. Le vino a la mente la experiencia vivida con Eva Nonoalco en el Museo Reina Sofía convertido en hospital.

—No se asuste, por favor —intervino la estatua—. Mire, he querido aprovechar que nadie nos ve en este momento para decirle una cosa.

—¿Qué cosa, exactamente? —Melania se puso de pie a punto de salir corriendo—, usted comprenderá que no suelo hablar con las estatuas, y menos a la mitad de un aguacero.

—Entiendo —asintió la mujer de bronce—, seré breve: hace veintiocho años, más o menos, un hombre mayor y un muchacho solían pasear alrededor de mi fuente prácticamente todas las tardes y en una ocasión me tomaron como testigo ocular y de oídos.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—No sé, mi instinto femenino me dice que ellos hablaban de usted.

—De mí, o de cualquier otra persona. ¿Cómo puede asegurar que ese muchacho y ese anciano se referían a mí?

—Pues, en mi dilatada vida de estatua en la Alameda Central, solo una vez me han pedido ser testigo de una conversación y solo una vez he podido quedarme a solas con una persona en uno de los parques más populosos de la Ciudad de México. ¿Supongo que habrá una conexión entre esas dos situaciones?

—Bueno, suponiendo que esa conversación tuviera que ver conmigo, ¿qué es exactamente lo que tendría que decirme?

—Recuerdo que aquel día preparaban un viaje. El anciano no estaba convencido. El muchacho le daba muchos argumentos. El anciano le preguntó por una chica con la que el muchacho

comenzaba a salir. Entonces el joven me llamó a mí, sí, a mí como estatua. Yo me quedé de piedra, bueno, es un decir, porque nunca antes me habían dirigido la palabra de manera tan directa y tan franca. Y me dijo: “a ti, tinajera de la Alameda, te pongo por testigo que querré a Melania, la pecosa, hasta el final de mis días”.

Melania, sí, al oír esa confesión, se quedó de piedra. Comenzó a amainar y la estatua tuvo que regresar con rapidez a su posición en la fuente. Se despidió de la estatua sin que las lágrimas se le notaran caer por el rostro.

(18)

Ese mismo día de septiembre de 2013, al otro lado del Atlántico, Ezequiel abrió el portón de su casa después de probar con varias llaves. Bien sabía que, cuando estaba más nervioso, era incapaz de recordar cuál era la llave a elegir, por eso tenía que utilizar todo el llavero. Cruzó el jardín y escuchó los ladridos que Poli, el hijo de Urtain, le lanzaba a modo de saludo de bienvenida. El nombre de este akita también homenajeaba a un boxeador; en esta ocasión, se trataba de Policarpio Díaz, o "el potro de Vallecas", quien fuera campeón de Europa y España de los pesos ligeros en los años ochenta. Ezequiel, antes de entrar en casa, le dio un achuchón a su fiel acompañante. Cuando entró en casa se percató de que olía a encerrada y estaba más fría que esa noche lluviosa de septiembre. Encendió la tele, como un acto reflejo; pero con la iluminación de la pantalla no reconoció dónde estaba, se vio en otra parte, a pesar de que estaba en el salón de su casa. Antes había intentado encender las luces, pero el interruptor no le hizo caso: ¿desde cuándo no funcionaba la bombilla?, por eso fue que encendió la tele y con esa luz blanquecina, cambiante y deformadora decidió ir a la cocina. Abrió un cajón de la despensa en el que encontró un paquete empezado de galletas María y apuró las últimas gotas de un brick de leche semidesnatada que encontró en la nevera. En esas estaba, cuando sonó el timbre del telefonillo.

—¿Quién es? —interrogó, pero no alcanzó a entender lo que le decían por el auricular. Se puso un abrigo, cruzó el jardín alertando a Poli y abrió la puerta.

—¡Ezequiel! ¿Se acuerda de mí? —dijo una muchacha veinteañera de piel blanca, pelo negro, ojos marrones, pestañas largas, que sacudía el agua de la lluvia de su paraguas.

—Perdóneme —alucinó el dueño de la casa poniéndose las gafas —, ¿yo a usted la conozco?

—Sí, nos vimos ayer en su taller. Le llevé una máquina de escribir Royal 10, ¿no se acuerda? —insistió la muchacha en el quicio de la puerta—. Me dijo que era una joya de la Typewriter Company de New York fabricada en 1914.

Ezequiel recordó perfectamente la visita que le hizo esa muchacha en su taller. Cómo no la iba recordar, ella tenía una máquina de escribir igual a la que él, en otros tiempos más inciertos, se había deshecho de ella producto de un arrebato

existencial. Pero lo que nunca se imaginó fue que la muchacha pudiera aparecer en su casa en ese preciso instante.

—¡Recórcholis! ¿Qué se le ofrece a estas horas? —desaprobó señalándose con un dedo la muñeca que no tenía reloj.

La muchacha, rápidamente, extrajo del bolsillo de su abrigo un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y se lo mostró con una gran sonrisa.

—¡Feliz cumpleaños Ezequiel! —le dio el paquete con los dos brazos estirados—. No quería que, en este día tan especial para usted, no tuviera, al menos, un pequeño obsequio.

—¿Cómo? Pero si todavía faltan cuatro días para mi cumpleaños… —Ezequiel se quedó de piedra. No sabía qué hacer. Lo primero que pensó fue que le estaban jugando una inocentada. No sabía si cerrar la puerta bruscamente y continuar con su plan previsto para esa noche o aceptar un regalo de una clienta desconocida. La situación en la que se encontraba en ese momento era absurda. “¿Cómo me puede estar pasando esto?”, pensaba enrabietado. Se estiró las mangas de su camisa, echó un minucioso vistazo a la acera, por si acaso había más gente urdiendo una broma de mal gusto, pero no vio a nadie. Con un gesto hizo pasar a la muchacha para evitar la molesta lluvia. Cerró la puerta mientras ella esperaba acariciando a Poli con mucha familiaridad. Dudó en llevarla a la casa o al estudio.

—Si es un asunto de trabajo vamos a mi estudio que está en el trastero —advirtió Ezequiel.

—No, más bien es una visita de cortesía —aclaró la muchacha que aún seguía con el regalo en las manos.

—Entonces, vamos a la casa, pero le pediría que no se fijara en el enorme tiradero que tengo.

—No se preocupe, que yo, en ese sentido, soy igual que usted.

Pasaron a la casa y Ezequiel cogió el regalo sin mirarlo. La muchacha entró muy alegremente, se quitó el abrigo mojado y dejó entrever unos pantalones vaqueros muy entallados y una camiseta blanca muy fina. La casa, efectivamente, estaba muy desarreglada, con ropa sucia en los sillones, platos con restos de comida en el suelo, vasos de todas clases y discos compactos en cualquier ventana, mesa, mueble o escalón. Periódicos antiguos apilados en una pared, zapatos y zapatillas deportivas con calcetines de colores metidos en cada par. Las cortinas estaban negras de polvo y los cristales blancos de tierra, las pocas plantas interiores que había estaban secas y al pie de la escalera un equipo de música que a simple vista parecía inservible. La casa olía a encerrado, a una mezcla de humedad, cacharros sin fregar, pis de perro y ropa sucia.

—¿Cómo consiguió mi dirección? —interrogó Ezequiel

malhumorado cerrando la puerta y dejando el llavero en la misma cerradura—. Ayer por la tarde en el taller no recuerdo haber quedado en verme con usted esta noche, ¿o sí?

—Tiene razón, disculpe mi atrevimiento —dijo la muchacha levantando las manos como si la estuvieran asaltando—, ya sé que no está justificada mi presencia aquí en este momento, pero ¿no va a abrir el regalo? Eso ayudaría mucho a explicarme.

Ezequiel seguía sin saber qué hacer. No estaba convencido de seguirle el juego a esa muchacha que por la edad podría ser una compañera de universidad de su hija Clara.

—Dígame antes una cosa, ¿quién le dijo que hoy era mi cumpleaños? Hoy es jueves, ¡no? ¡Ya sé! ¡Ramiro, mi asistente del taller! ¿Se lo ha dicho él, verdad? Pues, lo lamento mucho, pero mi cumpleaños será hasta el próximo lunes.

—No, él no me dijo nada.

—Pero qué tonterías estoy diciendo…, es imposible que ese muchacho sepa cuándo es mi cumpleaños o si acaso tengo alguna afición…

—Bueno, en ese aspecto yo diría que a usted, por ejemplo, le gusta ¡escribir obras de teatro! —añadió con seguridad la muchacha.

A Ezequiel le comenzó a cambiar el rostro. La ceja derecha doblada le delataba la curiosidad por el desafío de la situación, pero la boca torcida también reflejaba el miedo que comenzó a sentir.

—Muy bien. La felicito —dio varios aplausos sin mucho brío—. Creo que además de la dirección de mi casa, la inexacta fecha de mi nacimiento y mi gusto por la escritura dramática sabe muchas más cosas sobre mí. Y la explicación a todo lo que está sucediendo se aclarará en cuanto abra este regalo, ¿no es cierto?

—Más o menos —asintió la muchacha pidiendo permiso con la mano para sentarse en el sofá.

—Siéntese, cuelgue su abrigo en el perchero, deje el paraguas en el paragüero y póngase cómoda —invitó Ezequiel—, saldremos rápidamente de este embrollo.

Ezequiel cogió el regalo con las dos manos y según comenzaba a destrozar el envoltorio le vino una enorme necesidad fisiológica de mear. Dichosa manía que incluso utilizó Melania como uno de los agravantes más decisivos durante la separación: “¡Te meas en los pantalones sin ningún control, ni que fueras un anciano o un bebé!”, le recriminó Melania dieciocho años atrás.

Para disimular, a Ezequiel no se lo ocurrió otra cosa que decir:

—¿Le apetece tomar algo antes de abrir el regalo?

La muchacha movió los hombros sin saber qué responder. Ezequiel dejó el regalo a medio abrir en una mesa de centro y se fue

apresuradamente al baño, luego fue a la cocina a buscar algunas bebidas dentro de la nevera. Sacó dos botellines de cerveza y los abrió con un artilugio que tenía colocado en la pared. Volvió al salón y le dio un botellín a su invitada. Brindó chocando los cristales de las botellas sin que la muchacha se enterase del brindis, Ezequiel bebió, de un trago, la mitad del contenido. Dejó su botellín en la mesa de centro, al lado del regalo, pero ya no se animó a seguir rompiendo el envoltorio.

—¿Por qué me da mala espina todo esto? ¿Qué me puede regalar alguien a quien no conozco de nada?

—Usted no se acuerda de mí —subrayó la muchacha brindando a destiempo con el botellín—, pero si hace un poquito de memoria seguro que sabe quién soy yo.

—¡Fíjate!, pero si tú eres… Ahora caigo, sí, te pareces mucho a una amiga de mi "ex" que una vez estuvo aquí trabajando de canguro, cuidando a mi hija Clara... ¿Cómo se llamaba? ¡Eva! ¡Eso! ¡Eva Nonoalco! ¡Aunque ella era rubia y de ojos turquesas! Tú debes ser su prima o su hermana pequeña, ¿no?

—No —respondió tajante la muchacha.

—¡Eva! Ya me acuerdo. ¡Vaya que si me acuerdo de esa chica! Mi mujer me pidió el divorcio, porque creyó que me había enrollado con ella. Si no eres su hermana pequeña ni su prima te le pareces mucho.

—Que no, me está confundiendo, mejor abra de una vez el regalo y así no andamos con tantos rodeos.

Por fin, con titubeos y desordenadamente, Ezequiel abrió el regalo. Al principio, aunque lo tenía entre las manos no sabía lo que era. Le dio varias vueltas de arriba abajo, de izquierda a derecha, por delante y el revés. Se lo puso en las rodillas para examinarlo con más detenimiento y se buscó las gafas en todos los bolsillos hasta que las encontró donde siempre solían estar: en su pecho, colgadas de un cordón alrededor del cuello.

—¿Una fotografía? ¡Vaya misterio! —exclamó Ezequiel dando un suspiro tranquilizador.

—¿Reconoce a la gente que sale en la fotografía? —indicó la muchacha muy interesada en apreciar el rostro de Ezequiel.

Ezequiel miraba con atención la foto, pero no identificaba a nadie. En el fondo no estaba por la labor de escudriñar nada más.

—Bueno sí, la fotografía es en blanco y negro; la imagen no está muy clara; aquí hay un grupo de gente arriba de un escenario. Se ve algo así como si fuera el final de una obra de teatro cuando los actores reciben los aplausos del público.

—Exacto, ¿y usted no se ve en la foto?

—Yo nunca fui actor, señorita, me confunde con otra persona.

—Actor, no, es cierto, pero sí, escritor, ya se lo he dicho antes… Mire —se sentó a su lado y le arrebató la foto—, usted es este, el del extremo, el único que no sonríe. ¿No se reconoce?

Ezequiel miró un buen rato y en silencio la fotografía. Luego la volvió a dejar en la mesa de centro, se quitó las gafas y se levantó buscando la mitad del botellín de cerveza que le quedaba. Se bebió de otro trago lo que quedaba y solo tuvo tino para exclamar:

—¡Pero si eso fue hace treinta años!

(19)

La noche seguía inverniza. La lluvia comenzó a arreciar de nueva cuenta. Ezequiel seguía asombrándose ante la fotografía que la misteriosa muchacha le había regalado.

—¿Por qué soy el único que no sonríe en la foto? —se preguntó en voz alta Ezequiel.

—Porque seguramente, en ese momento, estaría pensando en otras cosas —añadió la muchacha terminándose su botellín de cerveza.

—¿Quién es usted? ¿A qué ha venido? Dígame la verdad.

—¿No me reconoce? Yo también aparezco en la foto.

—¡Imposible!

—Fíjese bien.

Ezequiel se ajustó las gafas y recorrió cada uno de los rostros de los actores que aparecían sobre aquel escenario del Teatro del Bosque. Cruzó varias veces la mirada entre la foto y la cara de su forzosa invitada.

—No puede ser. No puede ser. ¿Usted es ésta? ¿Ana? ¿La protagonista de la obra?

—¡Correcto!

—Entonces, usted en realidad es Rosalba Salgado, ¿no? ¡Qué bien se conserva! ¡Mujer! ¡Está igualita que en la foto! Dígame, ¿cómo lo ha conseguido? —ironizó Ezequiel.

—A ver, Ezequiel. Yo soy Ana, el personaje. Rosalba, la actriz, además de tener 30 años más, sus hijos muy probablemente estarán estudiando una carrera en la Universidad y, que me perdone si me estuviera escuchando, porque probablemente también tendría algunos kilitos de más.

Ezequiel se volvió a quedar de piedra hasta que una carcajada incontrolable le nubló la cordura. La situación era muy fuerte, propia de los grandes relatos de Pirandello o las películas de Woody Allen. Los hechos experimentados hasta ese momento no eran frecuentes en la vida mediocre y más bien sin chiste que llevaba. Se puso a caminar en círculos. Iba de un lado para otro intentando encontrar una explicación lógica a lo que le estaba pasando, pero no encontraba ninguna explicación y mucho menos que tuviera algo de coherencia. Volvió a sentarse, resignado, e intentó buscar una salida digna a la situación.

—Está bien. Vamos a suponer, solo para desatascar el embrollo,

que usted es Ana, el personaje. ¿Qué tenemos que hacer ahora exactamente?

—A usted, ¿qué le apetece hacer?

—No sé. ¿Otra cervecita?

—Puede valer, si eso ayuda a romper el hielo…

Ezequiel fue a buscar otros dos botellines a la nevera. No estaba muy convencido de que lo que estaba pasando realmente estuviera sucediendo. El tiempo discurría nebuloso, pesado, porque cuando destapó las cervezas se dio cuenta, por ejemplo, de que llevaba calzado un zapato diferente en cada pie. No era la primera vez que le pasaba. Se avergonzó de la situación, pero más le sonrojó el hecho de saber que llevaba puestos los zapatos diferentes desde esa mañana. ¿Alguien se habría dado cuenta? ¿Qué habrán pensado las personas que se dieron cuenta? Subió rápidamente a su habitación a calzarse unas pantuflas de peluche negro. Cuando volvió al salón con las cervezas en mano, Ana ya no estaba. La buscó por toda la planta baja (vestíbulo, salón, cocina, tendedero y terraza trasera) de los tres pisos que tenía su vivienda. Subió a la primera planta donde había tres habitaciones y dos baños. Entró en cada uno de los habitáculos y ni "borrador" del personaje. Por último, subió a la bohardilla y ni rastro. De pronto escuchó un ladrido de Poli y dedujo que Ana estaba en su estudio. Cruzó el jardín, entró en el garaje trastero y subió por unas escaleras laterales. Vio que las luces de su estudio de trabajo estaban encendidas. Ahí se encontró a Ana que estaba sentada en el sillón reposet que solía utilizar Ezequiel para hacer más placenteras sus horas de lectura.

—Pensé que se había marchado sin despedirse —recriminó Ezequiel con las dos cervezas abiertas en la mano.

—Perdone que haya venido hasta aquí sin avisarle, es que no podía resistir las ganas de volver a ver la obra —le señaló un ejemplar de *Ana desde hace tiempo*.

—Claro. ¿Qué otro texto podría interesarle? ¿Pero es muy extraño, no?

—¿Qué es extraño?

—Que supiera encontrar el manuscrito. Yo mismo no habría sabido encontrarlo.

—Bueno, era lógico suponer que estaría en su estudio, en esa estantería, junto a otros manuscritos suyos —en realidad, Ana no se atrevió a confesarle que ella se había quedado con el manuscrito durante dieciocho años y que acababa de colocarlo en la estantería —. Pero, explíqueme una cosa, Ezequiel, ¿sabe por qué nunca se publicó la obra de teatro?

—¡Es verdad!, nunca se publicó, pero porque ninguna editorial…, bueno, al parecer no era posible que…, no lo sé… —le

acercó el botellín de cerveza—. La verdad, tengo que admitir que no sé por qué no se publicó. Eso sí, llegó a tener más de veinte representaciones en teatros importantes de la Ciudad de México, ¿o más? Y ahora, ya qué importa, ¡salud!

—¿Y le gustaría volver a leerla? —sugirió Ana con una voz tímida.

—¿A estas horas? Ya es un poco tarde, ¿no? —exclamó Ezequiel señalándose, de nuevo, la muñeca que no tenía reloj.

—¿Hace cuánto tiempo que no la ha vuelto a leer?

—Yo qué sé, muchos años… Es una obra de teatro que, la verdad, estaba empolvada en esa estantería y en mi memoria hasta esta noche, claro.

—Presiento que le incomoda esta situación, ¿quiere que mejor me vaya y quedamos otro día? —insinuó Ana, un poco dolida.

—No, Ana, no me molesta, en absoluto, solo que… ¿podría tratarte de tú? Es que me desmotiva la distancia que impone el trato de “usted”.

—Por supuesto.

—Ana, entiende que nadie está preparado para recibir una visita como la tuya —sin pedirle permiso, se animó a estrecharle las manos—. Lo que me imaginaba, tienes una piel muy tersa, tu olor es fresco y muy atractivo, tu mirada es penetrante, provocadora. Vamos, que tú, por mucha literatura que le pongas, eres una persona de carne y hueso como yo.

—No se fíe de las apariencias, mi existencia depende de que alguien quiera darnos vida escribiendo, pero también gracias a que otros leen o releen lo que está escrito. Míreme bien, Ezequiel —Ana se levantó del reposet para dar un pase de modelos—, a primera vista es difícil distinguir entre una persona y un personaje, pero hay que saber mirar para diferenciar entre unos y otros.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y en qué me tengo que fijar exactamente? —perdió la mirada en algún punto (in)finito del cuerpo de Ana.

—No hay que mirar con los ojos, sino con la inteligencia.

—¡Ya! Eso lo dicen todas las mujeres. En ese tema no eres muy original, ¿sabes?

—Eso es cierto, no somos originales, porque tan solo somos una copia, a veces mejor o a veces peor, pero, al fin de cuentas, una simple imitación de las personas. Ahora bien, algunos personajes, como yo, alcanzamos la capacidad de emanciparnos del texto y vivir más allá de lo escrito

—Muy interesante, pero ¿dónde viven entonces los personajes? ¿En los relatos o en la realidad? —exploró Ezequiel, al tiempo que le daba un trago a su cerveza.

—Uf, esa es una pregunta muy difícil de contestar —se animó a

decir Ana.

—Inténtalo, por favor —suplicó Ezequiel—, porque ahora mismo estamos respirando en la realidad, ¿o no?

—Pues verá, cuando el escritor construye una historia a través de su imaginación está elaborando otra realidad, cuya principal característica es que está relatada y ya no es real estrictamente.

—De acuerdo —asintió Ezequiel—, pero eso también sucede con la Historia, el Periodismo…

—Sí, pero los personajes de ficción pueden cobrar autonomía de su autor y del contexto en el que surgen cuando se lee, se relee, se interpreta escénicamente, se proyecta audiovisualmente, cuando, en definitiva, dicha historia sigue siendo actualizable, revisable y vigente en otras personas de otros tiempos y otros lugares.

—Según deduzco de tus propias palabras —dijo Ezequiel—, la existencia de los personajes más allá de las obras literarias depende más de la subjetividad de los individuos que de las cosas tangibles y palpables. Es decir, yo, persona, existo porque palpita mi corazón, respiro y aún no he tomado la decisión de pegarme un tiro en la cabeza. Y tú, personaje, existes porque alguien, quien sea en cualquier tiempo y lugar, piensa y cree que existes.

—Creo que ha captado el trasfondo del asunto —añadió Ana.

—¿Solo el trasfondo? —objetó Ezequiel—, ¿qué parte importante me he saltado?

—Aunque se realicen las actualizaciones por parte de los lectores y aunque la gente necesite tenernos cerca como referentes modélicos, no todos los personajes trascienden los soportes espacio-temporales. La emancipación de los personajes depende de la suerte de cada cual.

—¿De la suerte de cada cual? ¿A qué te refieres exactamente?

—Nosotros, los “replicantes”, al igual que ustedes, los “palpitantes”, dependemos del azar infinito para llegar a existir, y a veces se alinean los astros o cambian las tornas y surge un brote esperanzador de vida.

—O sea, que los personajes como tú, primero, nacen literariamente por las habilidades de un escritor; segundo, se mantienen en intermitencia mientras se lean y se reinterpreten las escrituras y, tercero, si hay suerte, si el azar está a su favor, se trasladan al mundo de los mortales para convertirse en inmortales, ¿no? —Ana asintió con la cabeza mientras buscaba su cerveza—, no me lo creo, sencillamente me cuesta aceptarlo, no creo que sea tan fácil…

—Yo, a usted, no intento convencerle de nada —recalcó Ana.

—¡Recórcholis! ¿Y tú, finalmente, cómo conseguiste meterte en el mundo de los humanos? ¿Tuviste que sobornar a alguien

importante?

—Lo mío fue una experiencia muy traumática —añadió Ana intentando evadir una respuesta clara—, pero no quiero hablar de eso porque sigue siendo una existencia muy difícil de sobrellevar. Lo que más desearía en estos momentos es que volviésemos a empezar de cero.

—¿Empezar de cero? ¿A qué te refieres exactamente?

—No sé, podríamos comenzar leyendo la obra de teatro, ¿qué le parece? Bueno, pero si usted lo prefiere, quedamos en otra ocasión, a horas más tempranas.

—No, no, está bien, no quiero que te vayas en este momento. Si no hay más remedio comienza a leer, pero, ¡espera un poco! Antes voy a la cocina por otras dos cervecitas, ¿te apetece?

(20)

Cuando Ezequiel abrió la puerta de la nevera no solo buscó otros dos botellines de cerveza, sino que, de pronto, sintió un hambre irreconocible. Al llegar a casa recordó que se conformó con unas galletas María y un poso de leche semidesnatada para cenar. Se animó a poner en una sartén dos huevos para hacer dos sándwiches de huevo revuelto y tomate. A pesar de que el pan de molde estaba caducado preparó una bandeja con dos platos. Antes de volver al estudio se metió en el baño de nueva cuenta. Durante la micción se fijó, a través del espejo, en que las axilas le sudaban demasiado. Se las husmeó y decidió echarse un poco de desodorante de espray por encima de la camisa para intentar contrarrestar el tufo añejado de la jornada laboral. Después, cara a cara con el espejo, se miró las horribles pelambreras que le brotaban en cada oreja. Buscó sin suerte unas tijeras, y para disimular un poco esos pelajes intentó meterlos por los orificios con los dedos índices humedecidos con saliva. Cuando volvió a la parte de arriba del cuarto trastero, bandeja en mano con dos sándwiches de huevo revuelto, se percató de que Ana se había vuelto a esfumar. Su primera reacción fue de enfado:

—¡Cosas de personajes!

¿En qué otra parte podría estar? Volvió a la casa y buscó con entusiasmo en su habitación, pero nada. Repasó los cuatro baños y tampoco. Se fijó en el perchero de la entrada y se dio cuenta de que el abrigo ya no estaba, ni tampoco el paraguas en el paragüero. Su segunda reacción fue, más bien, reflexiva y realista: él nunca terminó de creerse por completo que un personaje de una obra de teatro, que había escrito y estrenado hacía tres décadas, lo fuese a visitar unos días antes de cumplir los cincuenta años, y aunque a esa hora de la noche no era posible encontrar ningún rastro de Ana, la fotografía que le trajo como regalo aún estaba en la mesa de centro del salón. Su tercera reacción fue volver a mirar la foto con detenimiento y percatarse de que Ana, la que aparecía en la imagen, le sonreía con complicidad. ¿Realmente lo había visitado o fue una figuración de su parte? Ezequiel no recordaba que la fotografía fuera suya, y si Ana no la había traído a su casa, ¿cómo había llegado hasta aquí? ¿Quién, entonces, la había envuelto en papel de regalo y la había puesto encima de esa mesa de centro? Ezequiel comenzó a darle vueltas a la situación sin encontrar

respuestas satisfactorias. Cansado de tanta pregunta, volvió al estudio. En el jardín llamó a Poli, pero el perro no respondió a su llamada. Se comió los dos sándwiches, se tomó las dos cervezas y nada más empezar a releer la obra de teatro, se quedó dormido.

Al día siguiente, viernes 20 de septiembre, se levantó, a las siete de la mañana, como de costumbre y sin la ayuda del despertador. Le dolía el cuello por no haber dormido en su cama. Estaba sudoroso por no haberse quitado la ropa del día anterior. Poli le lamió la palma de la mano derecha cuando lo vio salir del estudio. Ezequiel se metió cabreado en la ducha sin poder abrir los ojos todavía. Cuando se estaba afeitando oyó el timbre de la puerta y un ladrido de Poli. Pensó inmediatamente en Ana, que volvería arrepentida por haberse ido la noche anterior sin avisar. La insistencia del timbre se incrementaba y Ezequiel no hizo la mínima intención de abrir la puerta hasta que terminó escrupulosamente su afeitado. Se vistió con un albornoz de color fucsia, se calzó sus pantuflas de peluche negro y atendió el telefonillo.

—¿Quién es?

—Buenos días, soy el inspector Aurelio Raso, de la Jefatura Superior de Policía de Madrid —escuchó claramente por el auricular—, perdone que lo llame a estas horas tan tempranas. ¿Usted es Ezequiel Linares Zurita?

—Así es.

—¿Puedo pasar?

—Le abro, no se asuste. El perro ladra, pero no muerde —dijo, mientras operaba el mecanismo de apertura de la puerta de la calle.

Al abrir la puerta de casa un señor de bigote y sombrero le saludó amablemente y le mostró una placa. Ezequiel lo invitó a pasar apretándose el cordón del albornoz.

—Verá, anoche denunciaron un robo de unas joyas a punta de pistola muy cerca de aquí. ¿Conoce a esta persona? —preguntó mostrándole una foto—. La imagen está sacada de la cámara de la estación de trenes de Cercanías. No sale muy bien, pero quizá pueda identificarla.

Ezequiel se quedó mudo al ver la foto de Ana.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha robado algo? ¿A quién? ¿Por qué?

—¿La conoce o no la conoce? —insistió el inspector.

—¡No! —respondió tajante, aunque luego comenzó a dudar—, bueno, sí la conozco, pero de una manera muy vaga, la verdad es que no sé qué decirle.

—Algunos vecinos me dijeron que vieron que esta muchacha pasó varias veces por esta calle. ¿Estuvo aquí anoche con usted?

—Sí, llegó poco después de las once, y se fue, no me acuerdo, serían las doce y cuarto.

—A las doce y cuarto. Muy bien —anotó el inspector en su libreta—. ¿Y de qué la conoce?

—Se pasó por mi taller para que le reparara una máquina de escribir, luego se presentó aquí, en mi casa.

—¿Una máquina de escribir? —preguntó el inspector metiéndose el bolígrafo en la boca—. ¿Todavía existen esas cosas?

—Bueno, se usan poco. Son como los coches antiguos.

—Para coleccionistas —agregó el inspector.

—Más o menos.

—¿Sabe cómo se llama?

—Sí, se llama Ana.

—Ana ¿qué?

—Ana Barberena.

El inspector anotó en su libreta el apellido y luego no se cortó en echar un vistazo por el salón de la casa. Al terminar sonrió y se corrigió la postura de su sombrero.

—Muchas gracias señor Linares, agradezco su colaboración, avíseme si vuelve a ver a esa muchacha —metió las manos en varios bolsillos de su chaqueta—, aquí está mi tarjeta.

—Pero ¿es seguro que ella ha robado algo, o solo son especulaciones? —aventó la tarjeta sobre la mesa de centro.

—No tenemos pruebas concluyentes de que ella haya robado nada, pero como es la única persona extraña que vieron los denunciantes... Usted me ha dicho que salió de aquí a las doce y cuarto, y el robo, según la denuncia, sucedió hacia la media noche. Además, las cámaras de la estación no la registraron a la vuelta. Si salió de aquí a las doce y cuarto, no le habría dado tiempo de volver en tren. Sospecho que alguien la recogió en coche o quizá… —el inspector se quedó pensando.

—O quizá ¿qué? inspector —insistió Ezequiel.

—O quizá no haya salido de esta casa, o quizá haya salido y haya vuelto y usted no me haya dicho toda la verdad —el inspector se dirigió a la puerta—, pero antes de irme me gustaría saber una última cosa, señor Linares: ¿reconoce esta pistola? —extrajo del bolsillo de su chaqueta una bolsa de plástico cerrada herméticamente con una pistola dentro.

—¿Cómo dice? —a Ezequiel le vino un sofoco repentino—. ¡No, no, qué va, no había visto antes esa pistola!

Ezequiel sabía que tenía guardada esa misma pistola en el fondo del cajón derecho de su escritorio. Un artilugio exterminador que había heredado de Juan a secas “para recordar que había historias que no podían volver a repetirse”.

—¿Usted no tiene pistola?

—No, no, por supuesto que no, yo no uso esas cosas.

—La encontramos dentro de uno de los cubos de la basura. Al parecer esa muchacha utilizó esta arma para amedrentar a sus vecinos y robar las joyas. Bueno, señor Linares, ándese con mucho cuidado si la vuelve a ver.

—Gracias por advertirme inspector, lo tendré muy en cuenta.

—Con su permiso.

El inspector Raso se fue entre los ladridos de Poli dejando un tufillo a alcanfor impregnado en el ambiente. Ezequiel inmediatamente fue a buscar la pistola que supuestamente la tenía guardada en un cajón de su escritorio, pero, ya no estaba ahí. Se miró la muñeca y, a pesar de no llevar reloj, dedujo que era muy tarde. Subió a su habitación a vestirse y entró en el baño. Después se tomó, apresuradamente, un zumo de naranja y comenzó a buscar la pistola por todas partes: en las estanterías del salón, en los cajones de la cocina, debajo del lavabo del baño de la entrada… Cuando estaba a punto de salir de casa rumbo a su taller, se encontró con una Ana recién levantada según la delataban sus cabellos despeinados y las arrugas en la camisa.

—¡Ana! ¿Pero qué haces tú aquí?

—Perdone, Ezequiel, no me imaginé que se levantaría tan temprano.

—Anoche, cuando fui al estudio ya no estabas. Creí que te habías ido.

—Sí, salí un momento a la calle, a pasear con Poli, pero al volver usted ya estaba roncando.

—¿Y adónde fuiste anoche? Si se puede saber.

—A ningún sitio en especial. Solo salí a dar una vuelta con el perro.

—¿Y cómo pudiste volver a entrar en casa?

—Las llaves estaban puestas en la cerradura. Me las llevé y luego las utilicé para entrar.

Ezequiel no se acordó de ese detalle. De todas formas, no le creyó.

—¿Anoche saliste a robar unas joyas a los vecinos?

—¿Pero ¿qué está diciendo?, ¡claro que no! Ya le dije que salí a dar una vuelta con Poli, a que me diera el aire.

—¿Tú tiraste a los cubos de la basura una pistola que estaba en el cajón del escritorio?

—¿Qué pistola? ¿No sé de qué me está hablando? —dijo Ana atisbando una mirada de indignación.

Antes de salir de casa, Ezequiel le preguntó por sus planes inmediatos. Sabía que le estaba mintiendo y esa actitud no le gustaba nada en las personas ni en los personajes. Ella no le respondió nada en concreto. Ezequiel le pidió, entonces, que saliera

de su casa con un tono poco usual en él. Ella se apresuró a recoger sus cosas. Él se aseguró de cerrar bien la puerta con varias vueltas de llave en la cerradura. No se despidieron. Él se fue a trabajar dudando si llamaría al inspector Raso. Ella caminó sin rumbo fijo por la calle. Él, en el fondo, no estaba seguro de si quería volver a encontrarse con ella.

(21)

Durante ese día, 20 de septiembre de 2013, Ezequiel no dejó de pensar en Ana. No tuvo la oportunidad de charlar con nadie sobre ella, entre otras cosas porque era muy difícil explicar la visita de la protagonista de una obra de teatro que había escrito treinta años atrás. Esa mañana, como siempre, llegó a su taller, se puso una bata de trabajo, encendió su ordenador y, mientras terminaba todas las rutinas del inicio, salió a tomarse un café con leche con una porra. Se encontró con las personas que solían ir a desayunar todos los días a la misma hora a ese bar de la calle de Arganzuela. Aunque tenía mucha confianza con los parroquianos con los que desayunaba todas las mañanas, no se animó a sacar el tema y compartirlo con los demás. Tampoco se animó a comentar nada con Ramiro, su ayudante, un muchacho recién salido del instituto que trabajaba en su taller para empezar a ahorrar para pagarse el Grado en telecomunicaciones. Después del café con leche le dijo a su asistente que se adelantara, puesto que él tenía que ocuparse de un asunto importante. Llevaba consigo el manuscrito de la obra de teatro y la terminó de leer en una mesa del bar con satisfacción y angustia, con emoción y sonrojo, con todas las mezclas emotivas que conlleva actualizar un texto propio tres décadas más tarde. Estuvo todo el día con la mente puesta en otra parte. Recordó que solo Melania había leído la obra de teatro cuando en la mudanza al chalé de Aravaca, por casualidad, se encontró con el manuscrito. No recordaba si le había gustado, ni tampoco recordaba si habían hablado al respecto. Ezequiel solo fue capaz de constatar que su exmujer era la única persona a quién podía recurrir para desahogarse. Le escribió un correo electrónico, pero, antes de enviarlo, lo descartó cuando se dio cuenta de que había escrito un mensaje ininteligible. En un arrebato, tan mecánico como instintivo, pulsó el nombre de “Pelirroja” en su teléfono móvil. Sabía que la conexión electrónica viajaba al otro lado del Atlántico y que la llamada se salía de la tarifa que tenía contratada con su operador de telefonía. De pronto recordó las siete horas menos de diferencia que había con México. Echó cuentas y pensó que la encontraría desayunando. Sabía que con esa llamada se iba a gastar una pasta, pero no le importó. Hoy tenía un pretexto para llamarla a pesar de que lo hacía con mucha frecuencia desde que hacía dos años Melania y Clara volvieran a México. Marcó varias veces, pero no

consiguió hablar con ella. Le dejó varios recados insulsos: “Meli, soy yo, quería hablar contigo. ¿A que no adivinas quién ha venido a visitarme a casa? No es urgente. Te busco”. “Pelirroja, te vuelvo a llamar para preguntarte sobre una persona. No es importante. Te marco en otro momento”. “Melania, si te soy sincero, creo que no te vas a creer el motivo por el que te estoy llamando…”. Ya por la noche, arriba del tren, de vuelta a casa, volvió a marcar como si se diese una “última oportunidad”. La llamada entró y le contestó su hija:

—¡Bueno! ¿Quién habla? —interrogó Clara.

—¡Hola, cariño!, soy yo, papá. ¿Qué tal estás?

—Yo, bien. Comiendo una ensalada en estos momentos. Por cierto, papá, hace dos días cumplí 20 años. Te has vuelto a olvidar.

—¡Mierda! ¡Felicidades! —exclamó Ezequiel con rabia y alegría al mismo tiempo—, ¡lo siento, cariño! Es que he andado muy ocupado.

—Ya lo sé. Como siempre.

—¿Tu madre ha cambiado de teléfono o lo ha dejado olvidado en casa?

—Se le descompuso. Me contó que ayer se empapó bajo un enorme aguacero. ¿Quieres que le diga algo?

—Mejor no le digas nada, que de todas formas no me va a creer.

—Como quieras. ¿Le digo que te llame?

—Eso, que me ponga un WhatsApp, más tarde, cuando pueda. Te mando un besote, hija. ¡Cuídate mucho! Perdóname por el olvido. Te debo una “cuelga” muy especial.

—Adiós, papá.

Ezequiel, antes de acercarse a su casa, se pasó por un pequeño supermercado a comprar pan, atún y queso. Después se metió en un bar que estaba en la misma calle de su chalé. Pidió una caña y se dijo en voz alta que no había hecho otra cosa ese día más que pensar en Ana, pero también reconocía que no había urdido ninguna estrategia por si volvía a encontrarse con ella. Cuando terminó de beber su vaso de cerveza se dio cuenta de que no quería volver a casa, todavía. Entre tanto, pidió otra caña al camarero.

Ana estaba esperando, sentada en el suelo, junto a la reja de la calle del chalé de Ezequiel. Poli le lamía la mano y también se le notaba triste, cansada de tanto pensar.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —preguntó Ezequiel sacando el manojo de llaves de su bolsillo.

—Un buen rato, sí —admitió Ana recogiéndose su negra cabellera—, no quería importunarlo en el taller, así que preferí esperarlo aquí.

—¿Dónde vives? —replicó Ezequiel buscando con insistencia la

llave correcta.

—¡Uf! Han sido tantos lugares que ya no sé dónde vivo exactamente. A ver, primero alquilé un piso cerca de la plaza de toros de las Ventas, luego me mudé a un pueblo de la sierra, hasta hace poco vivía en el Monasterio de Monjas Cistercienses Calatravas de Moralzarzal y, ahora mismo, para ser sincera, no tengo dónde quedarme.

—¿Eres monja?

—No, qué va. Me recluí en un convento, durante un largo tiempo, porque necesitaba arreglar y reescribir mi vida.

—Ya no tienes acento de México.

—Usted tampoco. ¿Me va a invitar a pasar otra vez?

—¡Por supuesto, mujer! No te quedes ahí de pie. Pasa.

Poli comenzó a ladrar y a mover la cola como hacía mucho tiempo no lo hacía. A Ezequiel le gustó ver tan animado a su perro.

—Se ve que le gustas a Poli.

—Antes que nada, quería disculparme por lo de anoche. No estuvo bien que tirara la pistola a los cubos de la basura. Cuando la encontré en el cajón del escritorio me asusté y pensé que usted podría…

—¿Por qué hurgabas en mis cajones? ¿Cómo sabías que tenía ahí guardada una…?

—No piense mal, por favor. Buscaba una chincheta para colgar en la pared la foto que le regalé…

—Qué bien mientes. No te creo nada.

—Déjeme explicárselo…

—Sí, sí, ya me lo explicarás, con calma. Anda, entra y preparamos algo para cenar.

Ezequiel, que nunca se le había dado bien cocinar, se atrevió con unos molletes de atún y queso gratinado al microondas que cambiaron el semblante de Ana. Después de cenar, Ezequiel se preparó una pipa, fue a sentarse al sillón más cómodo del salón y volvió a examinar la fotografía que Ana le había regalado la noche anterior.

—Dime una cosa, ¿cómo conseguiste esta foto?

—La rescaté de una inundación, para qué voy a engañarlo.

—¿Ah sí? ¿Y de dónde la rescataste?

—De los sótanos del Teatro del Bosque.

—Del teatro donde se estrenó la obra. ¡Qué interesante! ¿Y por qué lo hiciste?

—Por un asunto de vida o muerte.

—¿De vida o muerte? ¿A qué te refieres?

—Pensé que si le mostraba un objeto así, tan incuestionable, sería más fácil que me reconociera… y me protegiera.

—¿Protegerte? ¿De qué? ¿De quién?

Ezequiel le dio varias caladas a su pipa en silencio, esperando una respuesta. No supo decir nada para romper la tensión creada. Se fijó en que a Ana le estallaron las lágrimas en los ojos. Se sintió incómodo e hizo el falso mutis de retirarse, pero Ana se lo impidió.

—¡No se vaya!, necesito contárselo. No puedo más…

—¿Qué tienes que contarme? —se preocupó Ezequiel.

—Ayer por la noche —recapituló Ana—, estuvimos hablando de la emancipación de los personajes, ¿se acuerda? Le conté sobre aquellos personajes, como yo, que podemos cobrar autonomía de su autor y del contexto en el que surgimos porque otras personas nos actualizan con sus lecturas o porque vuelven a interpretar teatral o audiovisualmente nuestras historias.

—Sí, me acuerdo perfectamente de esa tontería y te confieso que en todo el día no he dejado de pensar en eso.

—No es ninguna tontería, Ezequiel, sino algo tan real como la ficción.

Ana comenzó a describirle un lugar que para cualquier mortal tendría un nombre parecido a “Shangri-La”, “Utopía”, “Paraíso”, “Edén”, “Oasis”, “Vergel”, “Tierra prometida”, “Cielo”, “Gloria”, “Olimpo”, “el Dorado”, “Xanadú”, “el valle de la Milagrosa”, “Arcadia”, “Aztlán”. Un bello paraje de tierra fértil en el que viviría gente noble y laboriosa bajo un sol esplendoroso y un cielo de un azul impecable. Un lugar de agua muda, donde las cascadas no se oyeran caer. Una zona imaginada en la que sus habitantes sencillamente serían felices. Pero Ana más bien insistió en describir un raro y efímero lugar en el que solamente podían estar y sobrevivir los personajes de ficción. Describió un sitio cuyas principales características eran la complejidad, la incertidumbre y la destrucción, en el que las situaciones más comunes y recurrentes tenían que ver con la duda y la inseguridad. Una realidad en la que la única certeza posible era el riesgo. No habló de vida, sino de supervivencia en situaciones siempre inacabadas que nunca llegaban a ninguna parte.

—No es un lugar imaginario, Ezequiel —subrayó Ana—, sino inimaginable y atroz.

—Bueno, al ser la morada de los personajes más famosos, supongo que habrás conocido a Don Quijote, a Ana Karenina, a Dorian Gray, a Sherlock Holmes, a Mafalda…

—No, que no…

—A D’Artagnan, a Hamlet, a Robin Hood, a Edipo, a Robinson Crusoe, a Ulises…

—¡Basta! No siga.

—A Prometeo, a James Bond, a Tarzán, a Fortunata y Jacinta, a

José Arcadio Buendía…

—¡Pare ya!, que ahí no es posible conocer a nadie.

—¿Por qué no?, si debe ser un lugar alucinante. ¿Te imaginas? Tomarme una cerveza con el doctor Fausto y que me explicara, en persona, su versión sobre el conocimiento infinito. Aunque no le entendiera nada, de todas formas, sería impresionante. Dime, Ana, ¿cómo es la vida exactamente en esa especie de “Ficcionlandia” de donde tú vienes?

—Por favor, Ezequiel, créame cuando le digo que es un lugar muy desapacible.

—Bueno, si el cielo idílico no existe para los personajes de ficción dime, entonces, ¿cómo es su averno? ¿Hay cavernas ardientes con demonios alados? ¿Y cómo se llama? ¿Numénica? ¿Terra tártara? ¿El infierno de los insignes?

—No siga que, de verdad, no le encuentro la gracia —se encaró Ana—, usted alguna vez habrá tenido una pesadilla, ¿no?

—Sí.

—Y, con independencia de lo que estuviera soñando, habrá sentido angustia, ansiedad, temor, preocupación, desasosiego, zozobra… Y seguramente durante y después de ese mal sueño se habrá sentido muy atormentado.

—De acuerdo, pero ¿qué tienen que ver las pesadillas con el destino inmortal de las ficcionadas como tú?

—¡Es que son la misma cosa! —Ana se ató con una cuerda su larga y negra cabellera—, el mundo de los personajes de ficción es como un planeta inhabitable, en donde solo hay energía estática. Un espacio, para que me entienda, donde no hay formas ni figuras, solo fondos oscuros, sombras, penumbras, información sin interpretar… Ahí no hay palmeras, ni fuentes de agua potable, ni buen tiempo, ni puestas de sol en el mar. Sencillamente hay de todo y de nada, antimateria a punto de estallar y transformarse en imágenes que solo las conexiones neuronales de la mente humana pueden crear y darles forma.

—No entiendo.

—Ya sé que es difícil de entender, pero…

—¡Calla! Antes dijiste que tenía que protegerte. Lo que no entiendo es ¿de qué o de quiénes exactamente tengo que protegerte?

—Quizá no me crea, pero yo soy como una prófuga —añadió Ana—, me colé sin querer en el mundo de los humanos cuando ocurrió, en septiembre de 1985, uno de los terremotos más devastadores de la Ciudad de México. Usted me fabricó con veinticuatro años y así me quedé, así llevo treinta años sobreviviendo, escapando, escondiéndome de los que me persiguen,

de los que están pendientes de que cometa un error, que me distraiga, que caiga entre sus redes. Desde que vivo como un ser humano solo he sentido miedo, pavor, angustia…, y ya estoy muy cansada.

—¿Y quién te persigue? ¡Recórcholis! ¿La policía secreta del *Land fiction*?

—Todavía siento el peso de las miradas en mi espalda que vigilan todo lo que hago y todo lo que digo —aseguró el personaje abrazándose a Ezequiel—, todavía oigo esas voces de los reos que me dicen: "Ana, estás presa, desde hace muchísimo tiempo estás presa".

Ezequiel no dijo nada. Dejó su pipa en un cenicero, interpretando con detenimiento todo lo que le contaba Ana. Se dio cuenta de que ahora a Ana no le habían estallado lágrimas en los ojos, sino más bien le había explosionado un brillo en la mirada que la hacía enormemente bella, furtiva y peligrosa.

—Por cierto —atajó Ana—, ¿cómo se puede ser la protagonista de una obra de teatro si apenas tengo parlamento?

—¿De qué hablas?

—Pues de eso precisamente, de que apenas hablo. Aparezco casi al final de la obra diciendo con un tono compungido: "Una noche me levanté a beber agua y en el trayecto a la cocina oí una discusión…"

—¿No te ha gustado?

—Pues no. ¡Hombre! Si mi nombre está en el título, si la historia va de mí, pues lo mínimo habría sido que tuviera más… peso…

—Lo siento de veras, nunca lo había pensado de esa manera. Hasta esta mañana he vuelto a releer el texto y me he dado cuenta de que la idea era que todos los demás pudieran construirte con referencias a partir de sus propios puntos de vista y quizá, de haberlo conseguido plenamente, ni siquiera hubieras aparecido en escena. Pero, mírate ahora, hay que ver y reconocer lo bien que estás hecha.

Se miraron directamente, ya sin reservas ni disimulo. Se sintieron atraídos por un imán inciertamente existente entre un autor solitario y cincuentón y una guapa personaje, eternamente veinteañera, caída literalmente del cielo de la ficción. Ezequiel pensó que para ella sería mucho más rápido y fácil quitarse la camisa y el sostén talla 85, que para él desatarse el cinturón talla 105. En ese preciso momento sonó el tono del móvil de Ezequiel. Su exmujer le hacía una inoportuna llamada desde México.

(22)

Cuando Ezequiel encontró el móvil estaba estúpidamente nervioso. No sabía qué hacer. Reconoció que muchas veces había deseado que Melania lo llamase bajo cualquier pretexto, para pasar un rato hablando de sus últimas lecturas y películas. Pero ese, precisamente, no era el momento más oportuno.

—Hola, pelirroja.

—Me has dejado catorce mensajes en el celular. Te he enviado varios WhatsApp y tú no los respondes. Me obligas a marcarte, a sabiendas de que cuesta un dineral. ¿Qué pasa? —exigió una respuesta rápida.

—No es fácil de explicar —apaciguó Ezequiel.

—Entonces, si no es nada grave, me voy al trabajo, que estoy muy ocupada —concluyó Melania.

—¡Espera! No cuelgues… —salió al jardín con la esperanza de que Ana no escuchara la conversación—, para una vez que me llamas me sabe mal que no hablemos… un rato. Reconozco que hoy he tenido la necesidad de hablar contigo. ¡Recórcholis! ¿Qué hay de malo en eso?

Melania no dijo nada. Estaba convencida de que se trataba de otra artimaña de su exmarido para recuperar algo de las experiencias perdidas de la vida conyugal que a ella ya le había costado lo suyo olvidar y enterrar. Con oír la respiración de Ezequiel a través del teléfono se lo imaginó con evidentes desatenciones en su vestuario y en su físico; se imaginó también el desorden de su entorno doméstico, pero su sorpresa fue mayúscula cuando oyó una voz de una mujer que no reconoció.

—¡Ezequiel! ¿Pasa algo grave? —preguntó Ana, haciéndose notar.

—No nada, vuelve a casa, voy en un momento —disimuló Ezequiel.

—¿Quién es esa? —interrogó Melania, con un tono parecido a la indignación.

—Nadie, bueno sí, es alguien, pero no es importante.

—¿De ella es de quien querías hablarme? En uno de tus mensajes decías que querías contarme algo de una persona que te había hecho una visita. ¿Es ella?

—Sí, es ella, se llama Ana —condescendió Ezequiel—, la conocí ayer y…

—¿Apenas ayer? Sí que eres muy rápido —ironizó Melania—, mantienes esa habilidad intacta. ¿No te acuerdas que hiciste lo mismo con Eva? Era una paciente mía, hicimos amistad y cuando le pedí que cuidara a Clara unos días... ¿Tú qué hiciste? Te la tiraste porque no tenías otra cosa mejor que hacer. Te sorprendí en plena faena, ¿te acuerdas?

—Con Eva no me enrollé, todo parecía que era así, pero no fue así. Deja que te explique. Ana es una chica muy joven, tiene veinticuatro años…

—¿Y para esto me llamas? Para presumirme, a mí, de tus ligues con las jovencitas. Pero si casi tiene la edad de tu hija. ¡Cochino!

—Para el carro, mujer, que no tienes ni idea de lo que está pasando en realidad —intentó calmar los fogonazos de Melania—, a ver cómo te lo cuento… Ana, en realidad, no es una jovencita, tiene más de cincuenta años, aunque no los aparente.

—¡Entonces en qué quedamos! ¿Ahora te gustan más las maduritas?

—Nació en 1959, bueno, en realidad fue concebida en 1983 por mí, cuando…

—O sea, ¡que es tu hija! ¡Cabronazo! Eres un adúltero… ¡Qué estoy diciendo!, eres un incestuoso. De pronto me entero de que tienes otra hija y, encima, ¿te la estabas ligando? Así, sin más. Tú estás mal de la cabeza, Ezequiel. Si ya me lo decían mis papás, lo tuyo, desde el principio, era de psicoanalista.

—¿Por qué no te calmas y te lo explico con lujo de detalles? No está bien que pienses que yo soy como Edipo o Tiestes, ¿de acuerdo? Voy a poner el “manos libres” del teléfono y te lo cuento despacio.

Melania aceptó sin mucha convicción. No estaba cómoda. Se sentía muy alterada, movía la cabeza en todas direcciones y no tenía el más mínimo interés en dejarse convencer por ninguna palabra que procediera de su exmarido. En tales circunstancias Ana salió al quite.

—Hola Melania. Me llamo Ana, ¿cómo está? Mire, quiero decirle que nada de lo que ha dicho, ni nada de lo que piensa es verdad —se atrevió a decir—, no soy hija, ni soy amante de Ezequiel, yo soy…

—¡Ana! —interrumpió Ezequiel—, a ver si no lo vas a empeorar más.

—¡Bueno! ¿Qué está pasando ahí? —saltó Melania—, me están dando miedo.

—Melania, pelirroja —se animó Ezequiel a deshacer el entuerto —, te acuerdas que en el viaje de novios estuvimos en la Expo de Sevilla, y que en una terraza del pabellón de México, cenando a la

luz de la luna, te declamé un poema que decía algo así: “Quiero decir que hay algo más afuera / Más allá de tu beso y mi garganta…”

—¿A qué viene eso ahora? ¿Tú me recitaste una vez un poema? ¡No me acuerdo!

—Yo me acuerdo, gracias a que lo volví a leer esta mañana. Aunque te cueste aceptarlo, te recité un soneto que entonces te gustó mucho y eso te animó a leer una obra de teatro que había escrito.

—Me acuerdo de la obra de teatro, sí, pero nada más.

—El título era *Ana desde hace tiempo*. ¿No te acuerdas?

—¡No! No me acuerdo de qué iba, de eso hace mucho.

—Efectivamente, querida, fue hace mucho tiempo. Bueno, aunque te cueste trabajo creerlo, ella es: Ana…, la protagonista.

Melania sonrió, luego soltó una carcajada que se cortó de golpe; después se tapó la boca con la mano derecha a punto del sollozo.

—¿Qué nos está pasando, Ezequiel? El mundo está loco, parece que se vuelve en nuestra contra —dijo sin esperar una respuesta—, ayer por la tarde, en la Alameda, en medio de un aguacero, una estatua de una fuente me comentó que tú, hace muchos años…

Se cortó la comunicación. Ezequiel movió la cabeza de lado a lado reiteradamente. Se acercó a la nevera y se abrió un botellín de cerveza.

—Ezequiel, yo creo que debería llamarla otra vez —comentó Ana—, explíqueselo todo y sin perder la compostura. ¡Por favor!

—Tienes razón, pero ya te digo que no hay peor cosa que intentar hablar con Melania cuando se pone así. No sabes cómo va a reaccionar.

—Inténtelo, yo creo que ella todavía siente algo por usted.

Él oprimió la tecla “Pelirroja” de sus contactos, y mientras se establecía la llamada a Ezequiel le dio tiempo a contar que aunque se habían divorciado hacía dieciocho años, vivieron en esa casa durante dieciséis: él en la parte de atrás y Melania y Clara en la casa.

—Está claro que ella no quiere contestar el teléfono —aclaró Ezequiel.

—Siga insistiendo —animó Ana—, y luego, ¿qué pasó?

—Pues, el 11 de septiembre de 2011, me acuerdo muy bien de la fecha porque ese día se recordaba en Nueva York el décimo aniversario de los atentados a las torres gemelas, una trágica noticia irrumpió en el móvil de Melania. Le avisaron de la esperada pero siempre repentina muerte de su padre. Ella y Clara se fueron inmediatamente para México para asistir al sepelio. Parecía una visita corta, pero se alargó en el tiempo y ninguna de las dos volvió

a Madrid excepto para recoger algunas pertenencias y documentos importantes. Se instalaron en casa de su madre, Lucilda, a quien Melania, desde entonces, cuida con esmero profesional.

—¿Y Clara? —se interesó Ana.

—Clara ingresó en la Facultad de Medicina de la UNAM, igual que su madre. Bueno, ya conoces el bache de mi vida, y Melania sigue sin contestar mi llamada —aventó el teléfono móvil sobre una mesa al tiempo que sonaba el timbre de la puerta.

♠

—¿Quién es? —indagó Ezequiel a través del telefonillo.

—Buenas noches, señor Linares, ¿se acuerda de mí? Soy el Inspector Aurelio Raso, de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Esta mañana estuve por aquí haciéndole unas preguntas. ¿Puedo pasar?

—¡Ah sí! Le abro. Acuérdese del perro.

—¿Quién es? —se incomodó Ana.

—El inspector de policía, Aurelio Raso, que vino esta mañana a preguntar por ti.

—¿Por mí?

—Sí, tú estabas dormida. Pero, me parece bien que haya venido ahora para aclarar, de una vez, este asunto.

—¡No! Que no pase, por favor. Viene a buscarme —exclamó Ana al tiempo que intentaba escapar por una ventana—, seguro que es uno de los que me persiguen. Dígale que no estoy, que no me ha visto en todo el día.

—¡Ana! ¡Espera! ¡Tranquilízate! No te va a pasar nada.

—Ezequiel, si de por sí ya me quedaba muy poco tiempo, con esta visita va a ser imposible que se lo explique. ¡Escúcheme bien!, si no nos volvemos a ver prométame que me buscará en lo más profundo, en lo más interior de lo que yo represento. ¿Me ha entendido?

—¿Pues no… qué quieres decirme exactamente? —interrogó desconcertado Ezequiel mientras abría la puerta—. Inspector, me alegro de verlo.

—Buenas noches, pasaba por aquí y me preguntaba si sabría algo más sobre la joven. ¿Cómo se llamaba? —revisó su libreta—, ¡ah, sí! Ana Barberena —dirigiéndose a ella—, y por lo visto la ladrona vuelve al escenario del delito. Sabía que estarías aquí esta noche.

—¡Por favor, no creas nada de lo que dice este hombre! Es uno de los que me persiguen, de los que quieren que vuelva a ese espantoso lugar. ¡Ayúdeme! —se refugió en Ezequiel, abrazándolo por la espalda.

—Señor inspector —intervino Ezequiel—, creo que está incurriendo en un grave error. Ana no ha robado nada, se lo puedo asegurar.

—Tenemos pruebas —corrigió el inspector—, denuncias, fotografías, reconocimientos oculares, una pistola con sus huellas dactilares. Lo siento, pero me tiene que acompañar a comisaría para tomarle declaración.

Ana insistía en la falsedad de la situación, argumentaba que no era un policía de verdad, sino un policía de ficción. Decía que bastaba con verle la expresión para darse cuenta de que no era del mundo de las personas sino del mundo de los personajes. Ezequiel miró fijamente a los ojos del inspector y no encontró nada raro, más bien sintió vergüenza, comprendió mejor el desagradable compromiso en el que había colocado a su exmujer al intentar convencerla de la existencia real de los seres ficcionados. Ezequiel levantó las manos como reconocimiento de la derrota, para él era necesario aclarar las cosas cuanto antes.

—Ezequiel, ¿no se da cuenta de que es imposible que sea un policía? —insistía Ana, mientras el inspector le apretaba con fuerza el brazo izquierdo para llevársela consigo—, se ha inventado todas las pruebas, le está tendiendo una trampa, pregúntele su número de placa y verá que no lo sabe, llame a la comisaría y verá que nadie lo conoce, pregúntele quién le dijo cuál es mi nombre.

—No hace falta, sabe tu nombre porque yo se lo dije esta mañana. Pero no te preocupes. Lo mejor es resolver este asunto de una vez. Es lo mejor para todos. ¿A dónde la llevan exactamente? —le preguntó al inspector.

—A la comisaría de la Calle de Boix y Morer casi esquina con Cea Bermúdez.

—De acuerdo, iré con ustedes.

—No puede ir en la patrulla con nosotros —aclaró el inspector —, tendrá que desplazarse por su cuenta.

—No te preocupes, todo saldrá bien —le dijo a Ana—, le pediré a un vecino que me acerque en su coche.

Ana opuso resistencia. Intentó escapar cuando salió al jardín, pero dos guardias que acompañaban al inspector la redujeron inmediatamente. A la fuerza la metieron en el coche patrulla, entre los ladridos de Poli y los gritos desesperados de ella que alertaron a los vecinos. Ezequiel vio que el coche arrancaba y alcanzó a distinguir, tras el cristal posterior, que todavía seguían maniatándola entre dos fornidos policías. Para Ezequiel, en esas circunstancias, no fue fácil conseguir que algún vecino lo llevara a la comisaría. Perdió tiempo en esperar al taxi, al que había llamado telefónicamente. Cuando Ezequiel llegó a la comisaría preguntó por

Ana, pero ninguno de los policías presentes pudo darle información concreta sobre ella. Preguntó entonces por el inspector Aurelio Raso y ninguno de los policías presentes en esa comisaría lo conocía. Desesperado, visitó otras dos comisarías cercanas, y ahí tampoco conocían al inspector Raso, ni sabían nada de la detención de Ana.

(23)

Al salir de la última comisaría ya era sábado 21 de septiembre, de madrugada, y llovía a cántaros. Ezequiel se dio cuenta de que no tenía un plan concreto para encontrar a Ana. La única certeza que tenía era descartar las pesquisas pertenecientes al mundo de los mortales y comenzar a pensar en indagaciones más propias de la realidad ficticia. Pero ¿por dónde buscar?, se preguntaba Ezequiel con desesperación, y más aún, ¿qué tenía que buscar exactamente? Por lo pronto, buscó un taxi y, al indicarle al chofer la dirección, pensó que en una hipotética nueva fuga de Ana de sus captores ya no iría a esperarlo a su casa porque sería un lugar muy peligroso para ella. Por eso decidió ir al taller por si acaso lo iba a buscar a ese lugar que, en teoría, sería mucho más seguro para ella. Abrió a medias y con sigilo la persiana de hierro para no despertar sospechas de robo a esas horas de la madrugada. Entró a cuatro patas, se quitó las ropas mojadas y sobre los calzoncillos se puso una bata de trabajo. Fue a buscar una botella de whisky Dic, que tenía estratégicamente escondida en un armario para sosegar sus ansias. Se dejó caer en una silla, se quitó los zapatos y los calcetines con un gesto brusco, luego puso los pies desnudos sobre su escritorio y se dispuso a esperar a que sucediera cualquier cosa. La lluvia no cejaba y el ruido se hacía intenso a ratos hasta que los repiqueteos de los goterones comenzaron a confundirse con el golpeteo del teclado de una máquina de escribir. “Estoy empezando a volverme loco”, pensaba dándole otro trago de pico de botella al whisky. Se dio ánimos y se atrevió a dar una vuelta por todo el taller para cerciorarse de que no había ningún efluvio o ánima en gozo tecleando una historia de susurros. Revisó todas las estanterías de la pequeña bodega y no notó nada extraño. Volvió a su silla y a la botella de whisky escudriñando toda clase de hipótesis para estar alerta sobre cualquier eventualidad. De pronto, recordó la máquina de escribir Royal 10, la joya de la Typewriter Company de New York fabricada en 1914, que le llevó Ana dos días antes y que la había reparado su asistente. “¡Ahí está la clave de todo!”, pensó Ezequiel y se levantó apresurado a buscar aquel armatoste mecánico.

Cuando encontró la máquina se la llevó directamente a su escritorio y le puso un flexo con un halo de luz intenso como si fuera a interrogarla. “A ver qué tenemos aquí”. Dijo, al tiempo que

vio que había una hoja insertada en el rodillo. En ese momento le dio un doloroso pálpito, parecía que el músculo cardiaco se le escapaba por la boca, porque se dio cuenta de que esa, en realidad, era su antigua máquina de escribir, la que le había regalado el camarada Rebollo. Ezequiel la dejó sumida entre borradores, libros y estanterías dieciocho años atrás, justo en el momento de separarse de su mujer. Como se mudó a vivir al cuarto trastero nunca la volvió a ver, es más, siempre pensó que Melania la había tirado a la basura de un punto limpio del Ayuntamiento. No sabía cómo se había hecho Ana con esa máquina de escribir. Comenzó a teclear lo que primero le vino a la mente: "¿Dónde estás? Si recibes este mensaje dime cómo encontrarte…". No sucedió nada extraño o relevante a su alrededor. Se levantó en busca del whisky de producción nacional, bebió directamente de la botella; después se volvió a sentar frente a la máquina y se quedó dormido esperando a que empezara a teclear sola.

♠

Ramiro, el asistente de Ezequiel llegó al taller de reparaciones "Ayérreya", a las nueve, como todos los días. Esa mañana de sábado se encontró con la persiana medio abierta. Se imaginó que habían entrado a robar la noche anterior, pero cuando encontró a su jefe roncando con la cabeza colocada en el escritorio, al lado de una botella semivacía de whisky Dic, descartó la hipótesis del robo. No se atrevió a despertarlo, y mejor se puso a hacer sus tareas como si nada hubiera ocurrido. Cuando Ezequiel abrió los ojos, pasadas las diez de la mañana, tardó en reconocer el lugar en donde estaba y todavía tardó más en recordar todo lo que había hecho la noche anterior. Se limpió las legañas y se masajeó el cuello pensando en Ana, en la comisaría…

—¿Y tú? —regañó Ezequiel al percatarse de la presencia de Ramiro—. ¿Desde cuándo estás ahí mirándome sin decir nada?

—Desde que he llegado…, a las nueve.

—¿Qué hora es? —se buscó un reloj inexistente en su muñeca.

—Las diez y media.

—¡Recórcholis! Perdona, Ramiro, muchacho…, es que anoche…, no te lo vas a creer.

—No, si ya me imagino. No se preocupe.

—No te imagines nada de lo que no tienes ni idea. Y mejor será que te pongas a trabajar y te olvides de todo lo que has visto. ¿De acuerdo?

—Como usted diga, Ezequiel.

—¿Has visto mi ropa, que no la veo por ninguna parte?

—La tendí en el baño, porque estaba húmeda…

—Gracias. Te agradezco el gesto. Voy a vestirme, ahora vuelvo.

Ezequiel se sintió avergonzado por la situación que se había creado, aunque no le molestó del todo la idea de que su asistente pensara que se lo había montado con un ligue esporádico. A veces las apariencias decían más verdad que la propia verdad. Cuando terminó de vestirse se peinó y se introdujo los pelos que se le asomaban por la nariz con el meñique humedecido de saliva. Salió del baño y se fue a desayunar como todos los días, a media mañana, al bar de enfrente.

De vuelta en el taller, Ezequiel no sabía qué hacer. Sabía que tenía que pensar, pero pensar: ¿en qué exactamente? Se puso una bata de trabajo y las gafas. Como no encontró nada que le diera una pista sobre Ana, se volvió a sentar frente a la máquina de escribir y fijó la mirada en los tornillos, en los resortes… Así estuvo todo el día hasta la hora del cierre.

—Me voy a casa —avisó Ramiro.

—De acuerdo —asintió Ezequiel—, yo me quedo un rato más, que tengo mucho que hacer.

—Hasta el lunes —se despidió el ayudante—, no se quede hasta muy tarde.

—Hasta lunes —respondió el jefe.

Ezequiel no tuvo la intención de volver a su casa. Salió a cenar al bar de enfrente un bocadillo de lomo y queso con una caña. Ahí estaba masticando su cena cuando le vino un fogonazo de inspiración:

—¡Pero, si está muy claro! ¡Esa máquina, la susodicha Royal 10 de la Typewriter Company! ¡Claro! Cómo no me había dado cuenta antes —exclamó dando varios golpes en la barra del bar—. ¡Es lo que me dijo! Que buscara en lo más profundo de lo que ella representaba.

—¿Te pasa algo, Ezequiel? —se inquietó el camarero del bar.

—¿Que si me pasa algo? ¡Claro que me pasa algo! ¡Está clarísimo!, ¿no? ¡Me está pasando algo por la cabeza en estos momentos!

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Llamo a una ambulancia?

—¡No! ¡Una ambulancia, no! No llames a nadie. Me voy a trabajar al taller.

—¿Un sábado a las nueve de la noche?

—¡Sí, a estas horas! ¿Qué pasa?

Se encerró en el taller y solo los vecinos escucharon que se la pasó toda la noche del sábado y todo el domingo desescombrando estanterías y removiendo máquinas de un sitio para otro.

♠

Al lunes siguiente, 23 de septiembre, cuando llegó Ramiro, lo recibió Ezequiel con la siguiente frase:

—Llegas dos minutos tarde.

—¡Vaya! ¡Lo siento!

—No importa, lo que pasa es que te estaba esperando desde hace rato.

—¿Qué ha pasado aquí? —interrogó Ramiro al constatar que todo el taller estaba patas arriba, excepto varias mesas que había colocado en el centro del taller—, ¿es que no ha salido del taller en todo el fin de semana?

—No. He estado trabajando.

—¿Y qué ha estado haciendo, exactamente? Todo está revuelto.

—Nada, no te preocupes por el tiradero. Hoy no vamos a recibir a ningún cliente porque me tienes que ayudar a hacer algo muy importante.

Ramiro bajó la persiana de la puerta mientras Ezequiel puso un paño limpio en las mesas, después colocó la máquina Royal 10 en un extremo.

—¿Qué vamos a hacer exactamente?

—Mira, me he pasado todo el domingo desarmando pieza a pieza todas esas máquinas de escribir.

—¿Para qué? No hacía falta…

—Tenía que practicar para desarmar la Royal 10.

—¿Practicar? Usted no necesita practicar para hacer eso.

—Quería que tú me ayudaras a hacerlo.

—Si quería que yo le ayudase podría haberse ido a casa a descansar.

—Ayer intenté irme a casa, pero no pude. Me entró mucho pánico cuando salí a la calle.

—¿Quiere que llame a un médico? No tiene buen aspecto.

—Primero vamos a desarmar esta máquina, pieza a pieza, vamos a "buscar en lo más profundo, en lo más interior" y luego, si podemos, la volvemos a armar, ¿de acuerdo?

—Pero esa máquina ya está arreglada —advirtió Ramiro—, la clienta tiene que venir a recogerla en estos días.

—La clienta que trajo esa máquina, la conozco, se llama Ana, y me temo que ya no va a venir a recogerla. ¡Tú haz lo que yo te diga!, ¡Venga, vamos a desarmarla!

Ezequiel tenía la remota esperanza de que al desmontar la máquina de escribir podría tocar algún engranaje que lo pusiera en contacto con Ana, o que quizá también pudiese ocasionar que se abriese otra rendija entre el mundo de los mortales y el de los personajes por donde pudiese colarse nuevamente. Se puso las gafas, movió los dedos con agilidad y comenzó a desatornillar sin

pausa.

—Quiero que sepas, Ramiro, que hay veces en que las apariencias dicen más que lo que realmente sucede. El otro día, por ejemplo, parecía que hubiese organizado una orgía en este taller por la botella vacía de whisky, porque me encontraste dormido, sin ropa y sin zapatos, pero… muy lejos de eso, esa noche la pasé en varias comisarías y, como estaba chaparreando me quité la ropa esperando a que alguien viniera a verme. ¿Y sabes una cosa? A veces no vale la pena explicar nada, porque nadie te cree.

—Ezequiel —señaló Ramiro—, yo creo que deberíamos ir a dar un paseo, a que le dé un poco el aire. Lleva ya varios días aquí encerrado.

—¡Deja eso! Aunque no me creas, ahora me siento estupendamente. ¿Y sabes por qué? Porque hoy cumplo 50 años.

—¿Ah, ¿sí? No lo sabía. Pues, muchas felicidades, jefe.

—Venga, vamos a seguir desarmando este armatoste que me está viniendo fenomenal.

(24)

Después de ocho horas de trabajo ininterrumpido terminaron de desarmar la máquina de escribir. Todas las piezas estaban gráficamente colocadas encima de la mesa más grande del taller.

—¿Ves algo raro? —preguntó Ezequiel con ansiedad.

—No, casi todos los componentes son originales, excepto…

—¿Cuáles no son originales?

—Supongo que estos resortes y tornillos que no coinciden con el resto. Pero aparte de eso, yo no veo nada raro.

—Sigue mirando que se nos terminan las oportunidades…

—Lo siento, Ezequiel, no sé muy bien lo que estamos buscando pero no hemos encontrado nada. Además, hoy no hemos salido a comer y tengo mucha hambre.

—Tienes razón, lo siento. Ya he perdido hasta la noción del tiempo.

—¿Por qué no lo dejamos de una vez? Esto es absurdo.

—¿Qué es eso? —señaló un pequeño cilindro de cartón.

—¿Esto? —atendió Ramiro—, no sé muy bien, podría ser un tope para parar el desplazamiento del carro.

—¿Un tope de cartón? —cuestionó Ezequiel—, lo más lógico sería que fuera de goma o plástico duro.

—No lo crea, a veces este tipo de cartón puede servir para esos efectos.

Ezequiel lo inspeccionó con detalle y se dio cuenta de que el cilindro de cartón podría abrirse con facilidad. Se puso las gafas y se ayudó con unas pinzas alargadas. Al abrirlo se dio cuenta de que en su interior había un texto escrito a mano: “anadesdehacetiempo@gmail.com” y “nonoalco”.

—Pero, ¿qué es esto?

—Parece la dirección de un correo electrónico ¿no?, y eso otro creo que es una contraseña —sugirió Ramiro.

—No me lo puedo creer, jamás habría pensado que fuera así de fácil…

Ezequiel se apresuró a conectarse a Gmail. Escribió el nombre del usuario y la contraseña y entró en una cuenta de correo electrónico on-line que solo tenía un mensaje en la bandeja de entrada.

—Bueno, parece que ya hemos encontrado “algo”. ¿No es así?

—Efectivamente —respondió Ezequiel clavando la mirada en la

pantalla de su ordenador.

—Mañana vengo temprano, como siempre, y le ayudo a montar la máquina de nuevo —ofreció Ramiro.

—No te preocupes, ya la monto yo solo esta noche, porque no sé hasta qué horas estaré aquí.

—Tendría que irse a su casa a descansar un poco. Váyase a celebrar su cumpleaños que no todos los días se cumple medio siglo. Es que si no para un momento, se va a enfermar. Si quiere yo lo acompaño hasta su casa.

—Gracias, Ramiro, pero todavía tengo que hacer algunas cosas. Pero, te prometo que esta noche dormiré en mi casa.

—Eso espero. No quiero que pase más tiempo aquí encerrado.

Ramiro se fue con la misma cara de preocupación que se le puso cuando encontró a su jefe roncando al lado de una botella de whisky semivacía. Ezequiel esperó con impaciencia a que se fuera su asistente. Cuando se aseguró de que Ramiro se había ido y de que no se había quedado espiando del otro lado de la puerta, volvió al ordenador y vio que adjunto al correo había un documento PDF cuyo título era *Ana desde hace tiempo*. Descargó el fichero de más de doscientas páginas y se quedó frente a la pantalla varias horas, sin poder evitar ir al baño a vomitar lo que su estómago revuelto y su capacidad de asombro le permitieron tolerar.



Ezequiel dejó de leer una página antes de llegar al final del texto, para ser más precisos leyó hasta que él mismo decía: “No me lo puedo creer, jamás habría pensado que fuera así de fácil…”. A partir de ese momento le dio pánico seguir leyendo, sin embargo, volvió a empezar desde el principio, y así, una y otra vez hasta que se cansó de leer. Pero, no se atrevió a leer la última página. Ezequiel, al igual que los personajes, comenzó a sentir como si un millón de alfileres se le clavaran por todo su cuerpo y un ruido exageradamente molesto le hiciera perder el equilibrio. Se pellizcaba los brazos para asegurarse de que él era el autor, el de la carne y el tuétano, y ella, Ana o Eva, era el personaje, la protagonista de las acciones literarias, la de los adjetivos, guiones largos y comillas. Buscó la botella de whisky para pensar mejor lo que tenía que hacer. Sabía que si se iba a su casa todo lo que hiciera de ahí en adelante ya estaría escrito en el texto y le acongojaba ver que le quedaba una página al relato. Le corroía la incertidumbre de saber cómo sería el final. Por otra parte, también sabía que si terminaba de leer el texto quizá ya no podría salir de su taller, tenía la impresión de que esa página se podía equiparar con el salto al vacío de quien tiene una cuerda atada al cuello, también se podrían

comparar con la obediencia de un dedo índice “autómata” para tirar del gatillo cuando el mando cerebral ya no fuese capaz de dar órdenes en sentido contrario. A Ezequiel no le apetecía quedarse ahí sentado a leer su muerte. Bebió las últimas gotas que le quedaba a la botella de whisky, imprimió la hoja que le quedaba por leer. La retiró de la impresora, la dobló y se la guardó en el bolsillo de la camisa. No quería ninguna sorpresa y, por si acaso las cosas se ponían feas, siempre le quedaría el recurso de leer rápido la última página del relato. Imaginar que, por lo menos, tenía el dominio de la situación. Antes de salir del taller metió todas las piezas de la máquina de escribir en varias bolsas de plástico para llevarlas, al día siguiente, al contenedor de un punto limpio del Ayuntamiento. No se fijó y se puso dos zapatos del mismo estilo, pero de diferente color. Apagó el ordenador, las luces del taller, cerró la persiana y volvió a casa en el último tren, tomando conciencia de que aún controlaba sus propias acciones en la realidad. Volvió sintiendo un continuo escalofrío debido a que todo lo que veía ya lo conocía, lo había visto antes, nada era diferente de lo que él conocía o podría prever. En ese momento deseaba que algo extraordinario sucediera, desde un descarrilamiento del tren de Cercanías por la Casa de Campo hasta que Joaquín Sabina apareciera en el pasillo, guitarra en mano, cantando: “Lo que yo quiero, corazón cobarde, es que mueras por mí”. Desde ese mismo instante tuvo el arrebato de formar parte del infinito. Pensaba que llegar sin pena ni gloria a la medianía de la centuria era como alcanzar la respetada edad en la que los excesos ya no se medían por la lujuria sino por la gula. Cumplir diez lustros era como conseguir el honorable estatus social en el que nadie se veía obligado a rescatar personas de un edificio derrumbado por un terremoto. Abrió la puerta de su casa después de probar con varias llaves. Bien sabía que cuando estaba más nervioso era incapaz de recordar cuál era la llave a elegir, por eso tenía que utilizar todo el llavero. Cruzó el jardín y escuchó los ladridos que Poli le lanzaba a modo de saludo de bienvenida. Ezequiel, antes de entrar en casa, le dio un achuchón a su fiel acompañante. No sabía exactamente lo que le estaba pasando esa noche, si era algo plácido y natural o, por el contrario, era un recorrido lento y angustioso. No sabía si se trataba de la escena de su defunción, de una extrapolación de los planos de su conciencia o de un simple trastorno de ansiedad. El caso fue que en ese cumpleaños llegó a su casa poco antes de las once de la noche, deseando que las personas más cercanas estuvieran ahí organizando una fiesta sorpresa con un pastel de chocolate y velas encendidas, con una botella de anís y cantando el prescriptivo “cumpleaños feliz”. Cuando entró se percató de que el chalé estaba

ostensiblemente vacío y, más aún, estaba más frío que esa noche lluviosa de septiembre. Encendió la tele, como un acto reflejo; con la iluminación de la pantalla no reconoció dónde estaba, se vio en otra parte a pesar de que estaba en el salón de su casa. Antes había intentado encender las luces, pero el interruptor no le hizo caso: ¿desde cuándo no funcionaba la bombilla? Por eso fue que encendió la tele y con esa luz blanquecina, cambiante y deformadora decidió ir a la cocina. Allí, en un cajón de la despensa, encontró un paquete empezado de galletas María. Abrió la nevera y apuró las últimas gotas de un brick de leche semidesnatada. En aquella noche Ezequiel no era capaz de recordar ningún detalle de su vida presente. Lo único que sacaba en claro fue que quizá ya no quería seguir existiendo. Probablemente, antes de quedarse dormido con la tele encendida habría querido ir a buscar una pistola que sabía que tenía guardada en el fondo del cajón derecho de su escritorio. Un artilugio exterminador que había heredado de Juan a secas "para recordar que había historias que no podían volver a repetirse". Ezequiel nunca había tenido la oportunidad de comprobar que todas las balas fueran de salva o de verdad, pensó que esa noche podría probar que al menos una lo podría llevar de viaje a ese lado de la vida que algunos llamarían "posteridad". Esa noche no estaba seguro de haber cogido el arma, nunca antes lo había hecho. Es cierto que había visto muchas escenas de suicidas, pero jamás se había visto a sí mismo tirando del gatillo. En las películas los actores solían meterse el cañón por la boca, pero en su particular escena no había una cámara que mediara los efectos secundarios. A Ezequiel le daba mucha vergüenza verse tirado en el suelo después de destrozarse la sesera, con las paredes manchadas de sangre, con los lóbulos cerebrales esparcidos por las cortinas y el sofá. ¿Cuántos disparos se pueden dar antes de destrozarse la cabeza?, ¿cuánto tiempo sigue obedeciendo un dedo índice "autómata" cuando el mando cerebral ya no es capaz de dar órdenes? Al parecer, esa noche, Ezequiel pudo haber dejado de existir, aunque él, en ese momento, no era capaz de precisar si lo consiguió o no. Antes de tirar de un supuesto gatillo le dio tiempo a pensar, panorámicamente, en algunas escenas de su vida. Entró en ese famoso lapso de aliento, de suspiro agonizante o instante de lucidez que parece que ayuda a rememorar algunas historias, o cronologías de pasos andados, o periodización de dudosas palpitaciones. Un tris temporal pero suficientemente amplio y espaciado para volver a pasar por lo vivido a pesar de batirse la existencia a corazón abierto con la tele encendida. Se encontró con la tarjeta del inspector Raso y se fijó en que no tenía anotado ningún teléfono. "¿Con qué número iba a localizarlo?" —pensó Ezequiel—, "¿cómo no me di

cuenta en ese momento?”. Vio que la fotografía, que le había regalado Ana, ahora estaba pegada en la pared con una chincheta. No recordaba haberla colocado en ese lugar. La cogió apresurado para verla más de cerca. Perdió la mirada en esa escena, en ese recuerdo lejano, hasta que se le nubló la vista con lágrimas francas. No recordaba con exactitud cuándo había sido la última vez que había llorado así. Tan solo pensó en Melania y Clara y quizá por eso se dio cuenta de que había un texto escrito en la parte posterior de la fotografía.

“*Gracias por darme vida y dejar abierto el final de la obra de teatro, ofreciéndome así la libertad que he aprovechado al máximo. Es verdad, aprendí a escribir por mí misma y me atreví con todo, hasta con usted, mi propio autor. Reconozco que he tenido mucha culpa de su mala suerte, pero no he querido quedarme con los brazos cruzados si podía hacer algo por usted. Por eso me arriesgué a entrar en contacto a pesar de que mis perseguidores me rondaban muy de cerca. No sé si volveremos a vernos. Gracias por haberme dado la opción de saber disfrutar, incluso, mientras dure un instante. Un abrazo fraternal y hasta siempre, o mejor, hasta vernos en un lugar de agua muda, allí donde las cascadas no se oyen caer. Ana*”.

Dejó de leer con la convicción de que todo lo que le estaba pasando ya le había pasado o que Ana, desde hace tiempo, ya lo habría escrito. ¿Qué pasaría a continuación? Sacó el papel doblado que se había guardado en la bolsa de la camisa. Era la última página del relato. Tragó saliva y constató que el final de la novela terminaba exactamente igual que el texto de la fotografía: “allí donde las cascadas no se oyen caer”. Fue a buscar la pistola que guardaba en un cajón de su escritorio para tener al menos la seguridad de que apretando el gatillo él sería el auténtico autor de sus propios actos, pero no la encontró, no estaba por ninguna parte. La buscó con ahínco y recordó que Ana se había llevado la pistola y la había tirado al cubo de la basura. Se acordó de que el supuesto inspector Raso la encontró, la metió en una bolsa de plástico y se la llevó como prueba de cargo. Le entraron unas enormes ganas de orinar cuando escuchó el timbre de su casa. Adormilado, se frotó los ojos y por el telefonillo preguntó quién era, pero nadie le respondió. Comenzaron a tocar con la mano la puerta que daba a la calle y Poli, muy inquieto, comenzó a ladrar. Ezequiel salió al jardín pensando en que Ana habría podido escapar nuevamente de sus raptores. Abrió la puerta al tiempo que Clara y Melania lo sorprendieron con un pastel de chocolate y velas encendidas, con una botella de tequila y cantando el prescriptivo “cumpleaños feliz”.